

Josué
Estudio sobre el libro de
Autor: H. Rossier

El libro de Josué nos presenta en figura el tema que desarrolla el Espíritu Santo en la epístola a los Efesios, a saber, los resultados gloriosos de la obra redentora de la cruz y la posición celestial de la Iglesia en Cristo, su Cabeza.

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

Introducción	5
Capítulo 1.....	7
El conductor	7
El país y sus límites	8
Cualidades morales necesarias para entrar en Canaán.....	10
Los que entran en Canaán.....	12
Capítulo 2	15
Rahab	15
Capítulo 3	19
El Jordán.....	19
Capítulo 4	27
Las doce piedras en Gilgal.....	27
Las doce piedras en el fondo del Jordán	28
Capítulo 5	32
La circuncisión	32
Gilgal.....	35
El alimento de Canaán.....	37
El jefe del ejército del Señor	41
Capítulo 6	45
Jericó	45
Capítulo 7	54
Hai y el anatema.....	54
Capítulo 8	63
Medios y procedimientos para la restauración	63
Resultados de la disciplina	70
Capítulo 9	74
El ardid de Gabaón	74
Capítulo 10.....	81
La victoria de Gabaón.....	81
Capítulo 11.....	85
La victoria de Hazor	85
Los anaceos	88
Capítulo 12	90
Reyes vencidos	90

Capítulos 13-19	93
Repartición de la tierra.....	93
La porción de la tribu de Leví.....	95
Capítulo 14	97
La perseverancia de Caleb.....	97
Capítulos 20-21.....	106
Las ciudades de refugio	106
Capítulo 22.....	113
El altar de Ed.....	113
Capítulo 23.....	119
Últimas instrucciones de Josué	119
Capítulo 24.....	123
La gracia opuesta a la ley.....	123

Introducción

El libro de Josué nos presenta en figura el tema que desarrolla el Espíritu Santo en la epístola a los Efesios, a saber, los resultados gloriosos de la obra redentora de la cruz y la posición celestial de la Iglesia en Cristo, su Cabeza.

El pueblo de Israel estaba a punto de terminar sus numerosas y largas jornadas a través del desierto: unos cuarenta años había tardado el viaje, el que en once días hubiera podido realizarse: “Once jornadas hay desde Horeb, camino del monte de Seir, hasta Cades-barnea” (Deuteronomio 1:2). ¿Por qué tanta demora? Moisés ya había muerto. La congregación de Israel debía pasar el río Jordán bajo la dirección de un nuevo guía; luego debía tomar posesión del país que Dios les había prometido, destruyendo a sus enemigos, los pueblos idólatras que lo ocupaban. La cuarta generación del patriarca Abraham había vuelto de Egipto y, por otra parte, la maldad del amorreo había llegado a su colmo: el juicio de Dios estaba en vísperas de caer sobre Canaán (véase Génesis 15:16).

En cuanto a lo que nos concierne a nosotros los cristianos, nuestra Canaán son los lugares celestiales, donde ya entramos mediante el poder del Espíritu Santo que nos ha unido a un Cristo muerto y resucitado, quien nos hizo sentar en él, en su gloria, gozando anticipadamente de esta gloria en la cual nos introducirá pronto con él. Para lograr tal propósito, debemos luchar librando el combate de la fe contra los poderes espirituales de maldad que nos disputan el libre goce de estos bienes celestiales que son nuestros a través de Cristo (Efesios 1:3; 6:12).

A esta lucha se refería el apóstol Pablo cuando escribió:

“ No tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes (Efesios 6:12).

Bajo ese poder estábamos esclavizados antes de convertirnos a Cristo, siguiendo la corriente de este mundo. Ahora debemos luchar contra ella y, a la vez, apropiarnos de cada pulgada del terreno espiritual que Dios nos ha dado en herencia. Para concretar, recordemos el ejemplo del apóstol ya citado, quien con “el poder del Espíritu de Dios” no solo ganaba almas para Cristo, llenándolo todo “del Evangelio de Cristo” (Romanos 15:19), sino que las guiaba en el pleno goce de las bendiciones divinas mediante sus escritos y predicaciones (Colosenses 1:27-29).

La diferencia entre la figura y la realidad es que Israel terminó su marcha en el desierto cuando entró en Canaán; mientras que para nosotros, los cristianos, el desierto y Canaán subsisten juntos. La bendición es más amplia. El provecho que sacamos de nuestra doble posición –a la que se refieren las epístolas a los Filipenses en cuanto al desierto, y a los Efesios en cuanto a Canaán– es extenso: el desierto nos enseña que necesitamos ser humillados y probados para conocer lo que hay en nuestros corazones (Deuteronomio 8:2). Para superar estas pruebas, tenemos el privilegio de poseer los recursos divinos en medio de esta tierra árida y seca: Dios abriendo su mano para nutrirnos del maná, haciendo correr aguas abundantes de la “Roca” a fin de saciar nuestra sed y hacernos gustar las fuentes infinitas de su gracia, pues nada ha faltado a su pueblo. “Tu vestido nunca se envejeció sobre ti, ni tu pie se te ha hinchado en estos cuarenta años” (Deuteronomio 8:4). Pero también nos encontramos, al mismo tiempo, en los verdes pastos y en las aguas apacibles de nuestra Canaán, un rico lugar donde gustamos las primicias celestiales, sentándonos en paz a la mesa aderezada al otro lado del río Jordán, con un Cristo celestial sentado en la gloria, a la diestra de Dios.

Capítulo 1

El conductor

En el momento en que empezaba esa nueva etapa de la historia de Israel, Josué fue llamado a tomar la conducción del pueblo. Este hombre digno de nuestra atención aparece por primera vez en Éxodo 17, en ocasión al combate contra Amalec; en esta oportunidad, su aparición como jefe de los ejércitos de Israel nos da la clave de su carácter típico. Mientras Moisés (en esta circunstancia, tipo de la autoridad divina íntimamente asociada al sacerdocio celestial y a la justicia de Cristo, representados en las personas de Aarón y Hur) estaba en la cumbre del monte alzando sus manos a favor de Israel que luchaba en el campo de batalla abajo, había un hombre asociado al pueblo que encabezaba, dirigiendo la batalla de Jehová, un hombre en quien estaba el Espíritu (Números 27:18, V. M.); este hombre era Josué. Para nosotros los cristianos, ese Josué es Cristo, Cristo en nosotros o en medio de nosotros, en el poder del Espíritu Santo.

Como Moisés había sido el conductor inseparable de Israel en el desierto, así sería también Josué, conductor inseparable de Israel en Canaán. “Nombre Jehová, el Dios de los espíritus de toda carne –había pedido Moisés– un hombre que esté sobre la congregación, que salga delante de ellos, y que entre delante de ellos, y que los haga a ellos salir y entrar; para que no sea la congregación de Jehová como ovejas que no tienen pastor. Por lo cual Jehová dijo a Moisés: Toma contigo a Josué hijo de Nun, hombre en quien está el Espíritu, y pon tu mano sobre él. Luego le presentarás delante de Eleazar sumo sacerdote, y delante de toda la congregación” (Números 27:16-19, V. M.). La autoridad sacerdotal de Cristo y su poder como jefe de su pueblo están representados aquí: Eleazar y Josué, íntimamente unidos para el bien de su pueblo; pero el segundo depende de la primera: Josué “se pondrá delante del sacerdote Eleazar, y le consultará por el juicio del Urim delante de Jehová; por el dicho de él saldrán, y por el dicho de él entrarán, él y todos los hijos de Israel con él” (v. 21).

Josué, al igual que el nombre de Jesús, significa Jehová-Salvador. Veamos en qué momento de su actuación Josué manifestó el carácter que llevaba su nombre. Precisamente en la extraordinaria obra de la conducción de Israel desde las orillas del río Jordán, pasando a través de sus profundidades, y luego en las victorias que aseguraron al pueblo la plena posesión del país de la promesa. En este sentido Jesús es nuestro Salvador: “Puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios” (Hebreos 7:25). Es igualmente en ese carácter de Salvador que vendrá para

introducir a los suyos en el cielo: “Nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo”. “Y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan” (Filipenses 3:20; Hebreos 9:28).

El país y sus límites

“ Levántate y pasa este Jordán, tú y todo este pueblo, a la tierra que yo les doy a los hijos de Israel (Josué 1:2).

Orden terminante que no solo encierra una gran responsabilidad, sino que también es un imposible a la vista humana: debían cruzar el Jordán, una barrera infranqueable que separaba al pueblo de Israel de la tierra prometida. ¿Para qué habría dado Dios esta orden si no se podía cumplir? En realidad, también había dado el hombre bajo cuyo mando se podía cruzar el río: Josué, solo él; otro hombre no hubiera podido realizarlo, pues solo él había sido indicado para ello. Además, la heredad de Canaán era un puro don de la gracia de Dios: “La tierra que yo les doy a los hijos de Israel”. Les pertenecía por promesa directa del Señor; y como Dios les había dado el país, también había dado el hombre que los conduciría a poseerlo. No se trataba solamente de tener la promesa, sino de entrar en posesión de la tierra prometida: “Yo os he entregado... todo lugar que pisare la planta de vuestro pie” (v. 3).

Ahora bien, en el sentido espiritual tenemos todas estas cosas: la pura gracia de Dios nos ha dado el cielo, nuestra Canaán, pero no podemos entrar allí sin haber pasado a través de nuestro Jordán, es decir, la muerte y la resurrección con Cristo –nuestro Josué–, por el poder del Espíritu Santo. Para vivir una vida feliz, el cristiano debe apropiarse de sus bendiciones celestiales, de lo contrario se asemejaría a un pobre rey inválido, viviendo en el extranjero, y que nunca ha transitado en sus propios dominios.

Sin embargo, en Canaán había enemigos; este hecho importante caracterizaba al país: había obstáculos, y por doquiera pusieran el pie surgiría un adversario. Pero Dios les dio una magnífica promesa: “Nadie te podrá hacer frente en todos los días de tu vida”, es decir, hasta que hayas establecido al pueblo en posesión definitiva del país, dijo el Señor a Josué. Aquí vemos, como se ha observado frecuentemente, que Canaán no es el cielo como lo encontraremos por la muerte corporal; nuestra Canaán actual forma el conjunto de las bendiciones espirituales en las cuales entramos por medio de la Palabra de Dios y de su Espíritu de una manera inteligente y personal, pero con Cristo. En este sentido nosotros también encontramos obstáculos y enemigos que nos

impiden el libre goce de nuestra Canaán; y bajo este punto de vista, el cielo constituye la actual esfera del combate cristiano. Mas, ¡preciosa promesa, la misma que fue dada a Josué: nadie te podrá hacer frente en todos los días de tu vida! Lector, ¿comprende el alcance de tal promesa? Nuestro Dios nos asegura la victoria no solamente por un día, sino por todos los días de nuestra vida. Nuestro divino Josué está con nosotros “todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:20) ¡Qué seguridad la nuestra! Sabemos que ningún obstáculo pudo hacer frente a Jesús en todo el tiempo de su andar terrenal; y la mayor de sus victorias fue sobre la muerte misma; su triunfo es también nuestro triunfo.

Dios dice: Apenas encuentres al enemigo en tu camino, él se dispersará. ¡Victoria!, hubiera podido exclamar Israel, ¡el enemigo no nos puede hacer frente! Mas, pobre Israel, pronto lo veremos ante la ciudad de Hai: no era más que un juguete en las manos de Satanás, no tenía fuerza en sí mismo y tendría que aprenderlo por experiencia. Nuestra fuerza está en Cristo. “Nadie te podrá hacer frente” (v. 5), dijo Dios a Josué.

Después de estas promesas, el Dios de Israel dio la descripción exacta de los límites de Canaán, pues este país tiene sus fronteras. ¿Cuáles son? ¿Dónde están? Más extensas de lo que Israel hubiera imaginado. En su historia pasada nunca las alcanzó; solo en la gloria del reino milenial heredará la totalidad de su tierra por medio de Cristo, a quien una vez rechazó. Para nosotros, como ya lo hemos dicho, los lugares celestiales son nuestra conquista actual, por dondequiera nuestro pie se pose; pero ¿alcanzamos a medir la extensión de nuestra herencia? Como Israel, la conocemos en parte. Mas llegará el día “cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará... Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido” (1 Corintios 13:10-12).

Los límites del país de la promesa consistían en un gran desierto, una gran montaña, un gran río (el Éufrates en este caso) y un gran mar. He aquí lo que se hallaba fuera de ese fértil país, aquello sobre lo cual el pueblo no podía ni debía poner su pie. ¿No descubrimos allí al mundo con todos sus caracteres morales? Su aridez: el desierto; su poder: la montaña; su prosperidad: el río; su agitación: el mar. En cuanto a la aridez del desierto, Israel acababa de atravesarla, pero para experimentar que allí no había ningún recurso para él, y que solo el pan del cielo –el maná– y el agua de la roca lo habían sostenido a través de esas soledades. Tales son, amados lectores, los caracteres de las cosas que no nos pertenecen: la aridez del mundo, su poder, su prosperidad y su agitación no pueden satisfacer nuestras almas. Pero Canaán, el cielo, sí nos pertenece; Canaán

con sus combates, sin duda, pero también con sus victorias: Canaán con nuestro “Josué”, Jesús, y el goce apacible de posesiones infinitas, resumiéndose y concentrándose todas alrededor y en la persona del Cristo resucitado, sentado en la gloria.

Cualidades morales necesarias para entrar en Canaán

“Esfuézate y sé valiente; porque tú repartirás a este pueblo por heredad la tierra (v. 6).

Aquí hallamos la energía espiritual, lo que el apóstol Pedro llama “virtud”, una de las primeras cualidades para la conquista. “Añadid a vuestra fe virtud”. La fe les daba la seguridad para posar la planta de su pie en la tierra prometida, pero la virtud debía serle añadida para tomar posesión de dicha heredad. Notemos que esta virtud no tiene su fuente en nosotros, como tampoco estaba en Israel, sino en Josué, y para nosotros está en Cristo. “Esfuézate y sé valiente; porque tú repartirás a este pueblo por heredad la tierra de la cual juré a sus padres que la daría a ellos”. “Bienaventurado el hombre que tiene en ti sus fuerzas... Irán de poder en poder; verán a Dios en Sión” (Salmo 84:5-7).

Este principio es de suma importancia. Muchos cristianos tratan de hallar la fuerza espiritual en sí mismos, creyéndose fuertes para el combate espiritual. Su búsqueda, si no los conduce al desaliento, termina en el contentamiento de sí mismos. La fuerza para la conquista no está en nuestra capacidad carnal sino en Cristo, en Cristo por nosotros. ¿Y para qué nos la quiere dar? ¿Para engrandecernos a nuestros propios ojos, para gloriarnos? Lejos de ello. Es para introducirnos en el camino de la obediencia. “Para cuidar de hacer conforme a la ley que mi siervo Moisés te mandó; no te apartes de ella ni a diestra ni a siniestra” (v. 7). La obediencia hace al hombre humilde, le otorga el carácter de aquellos que son los modelos para entrar en el reino de Dios, es decir, los niños. La fortaleza que proviene de Dios nos vuelve pequeños, hace al hombre nulo para que el poder de Cristo sea ensalzado. De esta verdad tenemos un hermoso ejemplo en la persona de Gedeón: “El ángel de Jehová se le apareció, y le dijo: Jehová está contigo, varón esforzado y valiente”. E inmediatamente Gedeón, mirándose a sí mismo (en lugar de mirar a Dios), tuvo conciencia de su flaqueza, y respondió: “He aquí que mi familia es pobre en Manasés, y yo el menor en la casa de mi padre. Jehová le dijo: Ciertamente yo estaré contigo” (Jueces 6:12-16). La presencia de Dios y su fortaleza están íntimamente unidas, y teniendo la presencia divina consigo, su fortaleza vino a ser la de Gedeón. Tal era también la experiencia del apóstol Pablo: “No temas, sino habla, y no calles; porque yo estoy contigo, y ninguno pondrá sobre ti la mano para

hacerte mal, porque yo tengo mucho pueblo en esta ciudad” (Hechos 18:9-10). En nuestro caso podemos hacer la misma experiencia: “Tenemos este tesoro –Cristo en nosotros– en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros” (2 Corintios 4:7).

La obediencia siempre se guía por la Palabra de Dios. Allí está el secreto del poder. Dios dio la fuerza a Josué para “hacer conforme a toda la ley que mi siervo Moisés te mandó” (v. 7). Pero, además de la energía espiritual necesaria para obedecer, se requiere otra cosa, y el Señor agrega: “Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él, para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito” (v. 8). Asimismo Pablo aconsejó a Timoteo: “Ocúpate en la lectura” (1 Timoteo 4:13). Junto con la energía divina, es necesario un cuidado diligente para apropiarnos de los pensamientos de Dios a través de su Palabra; conociendo estos, podremos andar en el camino de la obediencia: “Para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito”. A menudo leemos la Palabra de Dios para instruirnos y enseñar a los demás, cosa excelente sin duda; pero, ¿la leemos también con el fin de obedecerla diligentemente? Si así fuera, ¿cómo cambiaría el curso de nuestra vida cristiana! Nuestro texto dice: “De día y de noche meditarás en él”. Hay cristianos que leen un capítulo (o quizás un versículo) de la Biblia cada mañana, como una especie de amuleto que debe guardarlos durante el día. ¿Es esto meditar la Palabra de Dios día y noche? ¿Y nuestras ocupaciones?, dirá usted. Pero, le preguntamos: ¿Se nutre de la porción de Dios a través de sus ocupaciones diarias, para el gozo de su alma y la guía en el camino de Cristo? Este es el secreto para realizar la extraordinaria promesa que se nos da a continuación: “Harás prosperar tu camino, y todo te saldrá bien”. ¡Poderosa seguridad!

El versículo 9 nos proporciona otra regla de conducta: “No temas ni desmayes, porque Jehová tu Dios estará contigo en donde quiera que vayas”. ¡Qué poder otorga la certeza de la presencia de Dios con nosotros! Como ya lo hemos visto, toda indecisión en la marcha, todo sobresalto y todo temor delante del enemigo desaparecen. Se goza de la presencia de Dios en cualquier lugar, porque se está conducido por su Palabra. La presencia de Dios, el Libro de su ley y una santa vigilancia para obrar conforme a la voluntad divina, son los factores que deben gobernar el corazón para librar los combates de Dios y gozar de los bienes celestiales. Así, pues, antes de que Israel diera un solo paso en la tierra prometida, Dios estableció los principios de su lucha en el comienzo del libro de Josué, entregando a los luchadores bruñidas armas con las que obtendrían la victoria.

Los que entran en Canaán

Después de haber presentado al conductor de Israel, el país de la promesa y las cualidades morales para entrar en Canaán, la Palabra nos habla de los que fueron llamados a tomar posesión del país: el pueblo de Israel, pero dividido en dos bandos. Nueve tribus y media entraron, pues las de Rubén, Gad, y la media tribu de Manasés habían elegido su posesión cerca del desierto que acababan de cruzar; la heredad de estos no estaba en Canaán.

Estas dos tribus y media, a diferencia de la generación precedente —cuando los espías enviados por Moisés hicieron desmayar el corazón del pueblo—, no rehusaron entrar en el país de la promesa (Números 13 y 14). Los combatientes de Rubén, Gad, y la mitad de Manasés se asociaron a sus hermanos que iban a cruzar el río Jordán, y se pusieron en las primeras filas para combatir, pero no para entrar en posesión del país. El territorio que habían elegido, ubicado entre el desierto y el Jordán, les pareció el lugar apropiado para su ganadería, pues tenían mucho ganado. Las circunstancias y las ventajas materiales de esos lugares habían orientado su elección (Números 32:1). Ahora bien, podríamos comparar la posición de estas dos tribus y media con la de una multitud de verdaderos cristianos; se podría decir que hoy en día abunda más el tipo de cristianos que han elegido sus dominios de este lado del Jordán. Su cristianismo no es mundano, sino terrenal; no poseen el país de la promesa, el celestial, como razón de su vida. Las circunstancias y las necesidades de cada día, la abundancia o la escasez, las majadas para sus rebaños o las ciudades para sus negocios constituyen el principal objetivo y motivación de su vida cristiana. Esas dos tribus y media tipifican a los que rebajan el cristianismo a una vida de fe para las circunstancias terrenales que atraviesan, experimentan la bendición material que Dios les concede, pero limitan los ejercicios de esa fe ya sea a sus negocios o a sus campos.

Cuando Israel rehusó seguir adelante, prefiriendo volver a Egipto en lugar de subir a la conquista de Canaán cuarenta años antes, diciendo: “Designemos un capitán, y volvámonos a Egipto” (Números 14:4), ofrece el tipo de un cristianismo mundano, casi apóstata; mientras que, en la circunstancia que nos ocupa, Rubén, Gad y Manasés simbolizan a los cristianos que limitan sus experiencias con el Señor a las circunstancias terrenales de su vida. Amados lectores, esta tendencia a rebajar nuestra vocación celestial a un nivel meramente terrenal se manifiesta con frecuencia. Aunque se pretenda poseer un poder espiritual, poco se conoce más allá de un Cristo en quien se confía para los detalles pequeños o grandes de la vida diaria. Ahora bien, si el Señor nos conduce a través de este mundo, no es para hacernos reposar aquí. Los “delicados pastos” y “las aguas de reposo” del Salmo 23 no son la hierba, ni las majadas, ni las ciudades de este mundo,

sino los abundantes pastos del país de la promesa, nuestra Canaán celestial. Es de suma importancia confiar en Cristo y depender de él para todos los detalles de nuestra vida. ¡Que Dios nos guarde de rebajar esta confianza! Debemos recordar que nuestro llamamiento es celestial y en consecuencia gustar desde ahora la felicidad de entrar allí donde se halla Cristo glorificado, de ser sacados de la influencia del mundo que nos rodea, arrancados de esta escena para ser introducidos, como muertos al mundo y resucitados con Cristo, en la Canaán celestial. A esta altura, la “inmensa muchedumbre de ganado” no es el motivo de la marcha, ni el arreglar su vida más o menos fielmente según lo que se posee, sino que, como dice el apóstol Pablo: “Ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo” (Filipenses 3:8). Y quiere que todos sigan su ejemplo:

“ Ninguno que milita se enreda en los negocios de la vida, a fin de agradar a aquel que lo tomó por soldado (2 Timoteo 2.4).

Notemos que en el caso de las dos tribus y media, de buen o mal grado todos los soldados debieron cruzar el Jordán. Para muchos cristianos verdaderos sucede lo mismo: combaten contra la incredulidad, contra el poder de Satanás, anuncian las buenas nuevas de la salvación en Cristo muerto y resucitado, pero la posición celestial adonde esta misma muerte y resurrección los ha llevado les es totalmente desconocida. Entremos, pues, con resolución en las aguas de nuestro Jordán, el cual tiene la virtud de desembarazarnos de todos nuestros impedimentos, de nuestro «yo», para luego tomar posesión de nuestras bendiciones en Cristo, gozándolas por la fe y el poder del Espíritu Santo. Esta es la enseñanza que nos presentan los capítulos 6 y 7 de la epístola a los Romanos, y a la vez el camino para llegar a los bienes del capítulo 8. Notemos, además, que los que se quedaron en las poblaciones construidas entre el desierto y el Jordán no pudieron experimentar realmente las profundidades de las aguas que los separaban para siempre de las soledades que acababan de recorrer durante cuarenta años. Sin embargo, aunque les faltó la experiencia, todos se hallaban representados en las doce piedras colocadas en el fondo del río, como también en aquellas que fueron levantadas en el país de la promesa. ¡Cuán aleccionador es todo esto!

Querido hermano, ¿realiza usted en la práctica su muerte con Cristo y su posición celestial en él? ¿Se halla del otro lado del río de la muerte, o solo le basta con leerlo en la Biblia? Sepa que está en Cristo, que no es miembro de una secta sino del cuerpo de Cristo, cuya expresión es ese un solo “pan” en la mesa del Señor que cada primer día de la semana se parte en la Cena para recordar su muerte, y donde está su lugar.

Capítulo 2

Rahab

En la segunda parte del primer capítulo vimos dos clases de personas llamadas a cruzar el río Jordán para entrar en el país de la promesa, tipo de los lugares celestiales: la primera, el pueblo de Israel, los que no dejaron nada del otro lado del río; la segunda, las dos tribus y media, los que como soldados fueron a la lucha para ayudar a sus hermanos, pero todos sus bienes estaban del otro lado del río. Allí volverían después de terminada la conquista. El carácter moral de estos últimos, como ya lo vimos, no estuvo a la altura de su llamamiento.

El capítulo 2 nos presenta una tercera clase de personas: los gentiles, personificados en Rahab la ramera, quienes por la fe participan del goce de las promesas hechas a Israel, el antiguo pueblo de Dios. Rahab era pagana. Por nacimiento pertenecía a esa vasta clase de personas a las cuales se refiere la epístola a los Efesios en estos términos: “Acordaos de que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne... estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Efesios 2:11-12). Además, entre estos mismos paganos, Rahab era una mujer de mala vida. Si la epístola a los Efesios presenta la posición gentil en contraste con Israel, la epístola a los Romanos detalla su espantoso estado moral. “Estando atestados de toda injusticia, fornicación, perversidad, avaricia, maldad; llenos de envidia, homicidios, contiendas, engaños y malignidades” (cap. 1:29-31). A lo que la epístola a los Colosenses agrega: “muertos en pecados” (cap. 2:13). Esta es la situación que personifica Rahab. Pero después de haber recibido la gracia y sus efectos, vienen a ser de aquellos que alaban al Señor con su pueblo:

“ Alabad al Señor todos los gentiles, y magnificadle todos los pueblos
(Romanos 15:11).

Y para recordar una verdad más importante aún, son hechos “coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús” (Efesios 3:6).

En efecto, el poder de la gracia no se detiene ante ningún obstáculo; pero para ella es mucho más difícil vencer una obstinada incredulidad –incluso la que tiene apariencia de piedad– que la miseria manifiesta de una ramera o de un ladrón. ¿Quiénes fueron los primeros en arrepentirse al oír la predicación de Juan el Bautista? “De cierto os digo, que los publicanos y las ramera van delante de vosotros al reino de Dios. Porque vino a vosotros Juan en camino de justicia, y no le

creísteis; pero los publicanos y las ramera le creyeron; y vosotros, viendo esto, no os arrepentisteis después para creerle”, dijo el Señor a los religiosos y doctores de la ley (Mateo 21:31-32). La gracia divina tenía un mensaje a favor de Jericó, y sus portadores sabían adónde había que llevarlo. La misericordia de Dios no se equivoca de lugar ni de señas, porque si Rahab era una pecadora, era una pecadora que había oído. En efecto, la Palabra de Dios había llegado a ella: “hemos oído”, dijo a los espías. Las noticias oídas encerraban el juicio para los incrédulos, pero traían la gracia y la salvación para los que creían. La fe en este mensaje, oído antes de que los espías llegasen a su puerta, puso inmediatamente la conciencia de Rahab bajo el peso del juicio: “Oyendo esto, ha desmayado nuestro corazón; ni ha quedado más aliento en hombre alguno” (v. 11). Como su pueblo, ella también estaba atemorizada; pero mientras en los incrédulos no había más aliento, para ella este temor había llegado a ser el principio de la sabiduría, porque era el temor de Señor, el cual la hizo mirar a Dios, e inmediatamente adquirió una convicción: “Sé que Jehová os ha dado esta tierra” (v. 9).

Si bien los espías eran la señal del juicio que se cernía sobre la ciudad, también llevaban la gracia y la salvación para los que se sometían a la voluntad de Dios y recibían su mensaje. El Evangelio también presenta estos dos aspectos: otorga una certidumbre a los que después de haber oído, se arrepienten y creen con temor reverente; les hace saber que Cristo ha vencido a Satanás y, por consiguiente, sería inútil permanecer en las filas de un jefe vencido. También les muestra que Dios ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, y que su ira está a la puerta. ¿Qué hacer entonces? Rechazar el mensaje sería inútil. Aunque Dios ejercerá el juicio, también obra en gracia y ofrece esta al que oye, cree y tiembla ante su Palabra. Rahab buscó su refugio en ese mismo Dios, el único recurso para el pecador expuesto al juicio eterno.

La fe no es una imaginación humana que hace deducciones o que ve las cosas bajo las formas y colores que se le antojen; no arguye sus conclusiones sobre posibilidades o probabilidades. Ella dice: “Sé”, porque he oído lo que Dios ha hecho; tal es nuestra fe. Los hechos en que la fe de Rahab se apoyaba databan de unos cuarenta años atrás: “Hemos oído que Jehová hizo secar las aguas del Mar Rojo delante de vosotros cuando salisteis de Egipto”. Pero la fe también tiene el recuerdo de hechos recientes: “Y lo que habéis hecho a los dos reyes de los amorreos que estaban al otro lado del Jordán, a Sehón y a Og, a los cuales habéis destruido” (v. 10). Nuestra fe recuerda y hace suyos hechos antiguos que datan de dos mil años atrás y aún más, los que la Palabra de Dios ha revelado a la fe; para esta, lo pasado siempre es actual, y lo que parece lejano está a la puerta.

Otra cosa caracterizaba a Rahab; los espías se presentaron a su puerta, ¿cómo los recibió? Ella era enemiga de Dios por sus malas obras, era una pobre gentil que no poseía ningún derecho a su favor, y su moralidad era dudosa, sin embargo se puso del lado de Dios. Recibió a los mensajeros en paz; así lo testifica Dios: “Por la fe Rahab la ramera no pereció juntamente con los desobedientes, habiendo recibido a los espías en paz” (Hebreos 11:31). Se reconcilió pronto con el adversario, mientras este estaba por llegar. Cualquier demora hubiera sido fatal: “Antes que ellos se durmiesen, ella subió al terrado” (v. 8). Entregarse al sueño esa noche hubiera significado su destrucción. Ahora Rahab no corría peligro solamente por los ejércitos invasores, sino porque el pueblo que la rodeaba, su propio pueblo, se había constituido enemigo de Dios, mientras ella se había reconciliado con él. El rey de Jericó buscó a los mensajeros de Josué para matarlos y así desembarazarse del testimonio de Dios. Rahab los protegió, los puso a salvo porque sabía que ellos eran el medio empleado por Dios para escapar de tal juicio: de la conservación de este testimonio dependía su salvación. Notemos que la fe de Rahab no necesitó ver a Jericó rodeada del ejército de Dios para estar segura de su destrucción. Esto no hubiera sido fe, porque la fe es la seguridad que se tiene de cosas esperadas, la convicción que hay de cosas que aún no se ven. “Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (Hebreos 11:1). La respuesta que Rahab recibió fue tan inmediata como completa: no solamente obtuvo la salvación del Dios de Israel, sino que, como alguien lo ha dicho, Rahab se identificó con el Israel de Dios. “Os ruego pues, ahora, que me juréis por Jehová... que libraréis nuestras vidas de la muerte”, dijo a los mensajeros de Josué (v. 12-13). ¿Cuál fue la respuesta? “Nuestra vida responderá por la vuestra”, contestaron ellos. Esto era digno de Dios; la fe de Rahab halló en otros (y nosotros en Cristo) la garantía, por sustitución, de que la muerte y el juicio de Dios no la alcanzarían. Rahab y los suyos se identificaron de tal manera con el pueblo de Israel, que aquellos a quienes recibió bajo su techo estaban dispuestos a poner sus propias vidas por ellos: morirían en su lugar si alguien los tocaba. ¿No es lo que nosotros hemos hallado en Cristo de una manera mucho más excelente?

“ ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió
(Romanos 8:34).

Esto no es todo: un cordón de grana, símbolo de la sangre de aquel que pudo decir: “Mas yo soy gusano, y no hombre” (Salmo 22:6), bastó como garantía visible a la fe de Rahab. Y como la sangre del cordero pascual pintó de rojo el dintel y los postes de las casas israelitas en Egipto, alejando el juicio del ángel exterminador, así este cordón de grana atado en la ventana de una casa

que estaba “en el muro” protegería a todos los que allí estuvieran cuando el mismo muro se desplomara al sonido de las trompetas del Señor. Agreguemos todavía que los dos mensajeros de Josué eran los fiadores vivos a favor de Rahab. Lo mismo sucede con nosotros: Cristo, después de haber sido resucitado y glorificado, es nuestro fiador delante de Dios según la eficacia perfecta de su sangre vertida en la cruz por nosotros: “No por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención” (Hebreos 9:12). “Por tanto, Jesús es hecho fiador de un mejor pacto... Por cuanto permanece para siempre... puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (Hebreos 7:22-25) La fe de Rahab no esperó que Israel hubiera cruzado el Jordán, ni hasta el último día antes de que se desplomasen las murallas de Jericó, para atar el cordón de grana. Apenas se fueron los espías, sin perder un instante, Rahab ató a la ventana la preciosa prenda de su salvación y la de toda su casa. Su fe fue diligente y no se escondió: se manifestó altivamente. Desde su ventana proclamó a Cristo –en figura– y la eficacia de su sangre para salvar a la más miserable de las pecadoras y a todos los que se acogieran bajo su misma señal.

En fin, Rahab no es solamente un ejemplo de fe, sino de las obras de la fe. “Asimismo también Rahab la ramera, ¿no fue justificada por obras, cuando recibió a los mensajeros y los envió por otro camino?” (Santiago 2:25). Sabemos que hay obras muertas, las que no son producto de la fe; y hay una fe muerta, aquella que no produce obras. En su epístola, Santiago hace resaltar que la fe sin obras es muerta, y para apoyar su declaración presenta dos ejemplos: el de Abraham y el de Rahab; ejemplos que nadie hubiera buscado, pues sus actos de fe son reprobados por el mundo. En efecto: ofrecer a su hijo en holocausto, como lo hizo Abraham; traicionar su patria, como Rahab, o quebrar un vaso de alabastro para dilapidar su único bien, un perfume de gran precio, como lo hizo María, son actos que el sentido humano condena, que el mundo censura y castiga a sus autores. Mas Dios los aprueba, porque el móvil de ellos ha sido la fe, una fe inteligente que pesa las cosas en la balanza de Dios. Así, pues, Rahab halló su recompensa: su nombre está escrito en la portada del Nuevo Testamento, y unidos en un mismo vínculo encontramos también el de Rut, Tamar y Betsabé en la genealogía del Mesías, en quien pusieron su esperanza.

Capítulo 3

El Jordán

Los dos capítulos anteriores, que podríamos llamar preliminares, nos han llevado a la parte principal del relato; para entrar en el país de la promesa, Israel debía cruzar el río Jordán, ¿qué es, pues, el Jordán?

Hasta el punto donde hemos llegado con nuestro relato, la salvación de Israel había estado caracterizada por dos eventos de suma importancia: la pascua y el mar Rojo. Para comprender el alcance espiritual del tercer evento, es decir, el paso del Jordán, es necesario comprender el de los dos primeros. Cada uno de estos tres hechos nos presenta un aspecto de la cruz de Cristo. Pero para nosotros la cruz encierra una riqueza infinita, pues todos los símbolos y figuras del Antiguo Testamento no alcanzan a representar toda su profundidad y extensión.

Sin embargo, entremos en unos detalles: en la pascua hallamos la cruz de Cristo cual abrigo para el pecador: “Tómese cada uno un cordero... y lo inmolará toda la congregación... y tomarán de la sangre, y la pondrán en los dos postes y en el dintel de las casas... Pues yo pasaré aquella noche por la tierra de Egipto, y heriré a todo primogénito en la tierra de Egipto... y veré la sangre y pasaré de vosotros” (Éxodo 12:3-13). La misma necesidad que Israel tenía de un sacrificio comprobaba que se hallaba bajo peligro de muerte tanto como los egipcios. Y solo bajo esa sangre se hallaba al abrigo. El castigo debía caer sobre todos, mas Dios dio a Israel este medio de salvación, y no porque el pueblo lo mereciera. El amor de Dios proveyó el sacrificio que alejó el juicio divino: tal es el Señor Jesús para nosotros. Su sangre derramada detiene el castigo del Dios santo y justo, castigo que debía caer sobre el pecador. Esto es la expiación; mantiene a Dios fuera, por así decirlo, al mismo tiempo que protege y da seguridad, adentro, a los que hemos obedecido por la fe: “Veré la sangre y pasaré de vosotros”. No olvidemos que el amor de Dios ha provisto en la persona de Jesús la única víctima capaz de enfrentar su propio juicio, el que jamás hubiéramos podido evitar.

La pascua, además, nos enseña otra verdad: la sangre derramada era la de un cordero cuya carne debía ser asada al fuego. “Ninguna cosa comeréis de él cruda, ni cocida en agua, sino asada al fuego; su cabeza con sus pies y sus entrañas” (Éxodo 12:9). Cristo nuestra pascua ha sido sacrificada, escribe el apóstol (1 Corintios 5:7). Él padeció en nuestro lugar el juicio de Dios, y de la manera más completa tanto exteriormente como en las profundidades infinitas de su alma. Mientras la sangre protege al que se cobija bajo su eficacia, el cordero es el alimento para su corazón:

“Mi carne es verdadera comida” (Juan 6:55). Además, la comida pascual debía ser acompañada con hierbas amargas. ¡Ah!, amado lector, si el alimento que Cristo nos da, su propia carne, es de sabor agradable al paladar espiritual, no debemos olvidar los amargos y profundos sufrimientos que le causaron nuestros pecados, pecados que están absolutamente expiados por medio de él. “Se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado” (Hebreos 9:26). Fue en “Moriah”, que significa amargura del Señor, donde el Hijo bebió hasta vaciar la copa que el Padre le dio, mezclada con la hiel de nuestro juicio.

Si en la pascua hemos hallado el abrigo y la expiación, el primer aspecto de la cruz de Cristo, en el mar Rojo hallamos un segundo aspecto: la redención. En efecto, si el cordero pascual detuvo el cuchillo del juicio alzado contra Israel en Egipto, recibiendo él su golpe, en el mar Rojo Dios intervino como Salvador a favor de los suyos perseguidos por Satanás. El momento era crítico; la situación terrible. ¡Perseguiré, alcanzaré!, dijo el enemigo, pues quería recobrar su presa. Faraón y su ejército pensaban aniquilar a Israel, acorralado entre su espada y el mar. El pueblo de Dios se hallaba sin recurso frente a la destrucción, y era incapaz de combatir. Mas, en ese momento Dios intervino.

“ No temáis; estad firmes, y ved la salvación que Jehová hará hoy con vosotros... Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos (Éxodo 14:13-14).

Dios intervino a favor de Israel peleando contra los enemigos de su pueblo. Así es para el pecador, el poder de Satanás lo empuja hacia la muerte, la muerte como juicio de Dios. “Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio” (Hebreos 9:27). Ahora bien, es necesario que tarde o temprano el alma tenga que vérselas con este último; directa y personalmente debe enfrentarse con la muerte, cual expresión del juicio de Dios. El pecador no tiene medios para escapar; es incapaz de luchar contra Satanás, carece de recursos frente al poder de la muerte. Mas en esta situación extrema es que Dios interviene, la vara de su autoridad judicial se extiende, no contra el pecador, sino a su favor, sobre el poder de la muerte, el mar, que hubiera debido ser su sepulcro. “Alza tu vara, y extiende tu mano sobre el mar, y divídelo, y entren los hijos de Israel por en medio del mar, en seco” (Éxodo 14:16). En vez de ser un abismo, el mar se tornó en un camino seguro que llevó a la orilla opuesta a los que entraron allí por el poder de la fe (Hebreos 11:29).

¡Horas solemnes cuando todo un pueblo en las tinieblas de la noche, alumbrado por la columna de la gloria de Dios que lo conducía, pasó entre esas murallas líquidas alzadas por la poderosa acción de un “recio viento oriental” (el viento que sopló sobre Otro en la tormenta del Gólgota), murallas que en lugar de engullirlo le fueron una protección! La solemnidad de esas horas permaneció grabada por siempre en el recuerdo de todo Israel, mientras que su horror desapareció por la eternidad. Ahora bien, en toda esta escena hallamos algo que conmueve a todo creyente: un tipo de la muerte y el juicio sufrido por otro, el Señor Jesús. Él se presentó por nosotros. “¿Por qué clamas a mí?”, dijo el Señor a Moisés. Y en el huerto de Getsemaní oímos a Aquel cuya frente se cubrió de sudor de sangre, quien con ruegos y súplicas pidió ser librado de la muerte. “Di a los hijos de Israel que marchen... y entren los hijos de Israel por en medio del mar” (Éxodo 14:15). “Las aguas han entrado hasta el alma. Estoy hundido en cieno profundo, donde no puedo hacer pie; he venido a abismos de aguas, y la corriente me ha anegado”, dijo el Señor (Salmo 69:1-2; Jonás 2:4-6). En las tres últimas y tenebrosas horas de la cruz, Cristo llevó el justo castigo de Dios contra del pecado. Abandonado por Dios, Cristo sufrió todo el horror de la muerte, y lo sintió en las profundidades infinitas de su alma santa, a fin de abrimos el camino hacia el cielo.

Si el pueblo atravesó el mar en seco, significa que el juicio divino no halló nada que juzgar en él. Pudo subir sano y salvo a la orilla opuesta, donde en figura hallaba su resurrección. Igualmente para nosotros, pues todo el juicio se desató sobre la Víctima en la cruz. Esta es la enseñanza que presenta el mar Rojo. El pueblo redimido prorrumpió en alegrías del otro lado: fue salvo. El ejército adversario halló su destrucción y su tumba donde los rescatados hallaron un camino. Todo espanto había pasado, no quedaba ningún enemigo. Para nosotros esto corresponde a la hermosa expresión de la epístola: “Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre” (Hebreos 2:14-15).

Pero lo que nos hace partícipes de esta victoria es la fe: “Por la fe pasaron el mar Rojo como por tierra seca; e intentando los egipcios hacer lo mismo, fueron ahogados” (Hebreos 11:29). Mientras la fe atraviesa la muerte, el mundo que intenta hacer lo mismo por su propio poder encuentra el juicio divino y las enfurecidas aguas del “rey de los espantos” (Job 18:14). Los egipcios probaron el camino por donde entró Israel; el mundo de hoy con su religión se mezcla a los salvados,

crea en el mismo Dios, predica al mismo Jesús y tiene la misma Biblia, pero le falta el poder de la salvación que procede de una fe viva en la muerte y resurrección de Jesús. La muerte cual juicio de Dios será el sello de su perdición.

Después de haber subido del mar Rojo, como tipo de la muerte y resurrección de Cristo, preguntémosnos cuál es la extensión de la liberación operada a nuestro favor. Esa liberación se llama salvación. Palabra sencilla, pero para nuestro corazón tiene una importancia inigualable que toca el mismo cielo. En la salvación hay un lado negativo y otro positivo. El primero es la destrucción del enemigo, de todo su poder y de las consecuencias de ese poder. “Condujiste en tu misericordia a este pueblo que redimiste; lo llevaste con tu poder a tu santa morada”. “Vosotros visteis lo que hice a los egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águilas, y os he traído a mí” (Éxodo 15:13; 19:4). “Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios” (1 Pedro 3:18). “Habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos” (Hebreos 2:10). “Por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre” (Efesios 2:18). Bendición infinita para un pueblo librado de la muerte, salvado de la esclavitud, llevado por un camino nuevo y vivo a la presencia misma de Dios, quien para nosotros los cristianos es el Padre. “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios” (1 Juan 3:1).

En toda esta obra, ¿cuál era la actuación de Israel y cuál es la nuestra? Absolutamente ninguna. La salvación nos es traída por la libre gracia de un Dios que no nos exige nada, pues se lo reclamó todo a Cristo en la cruz, pero que halla su satisfacción en ser un dador soberano, un dador eterno. “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios” (Efesios 2:8). Notemos aquí que, en la pascua como en el mar Rojo, la magnífica ostentación del poder de Dios está atribuida a la fe. “Por la fe celebró la pascua... Por la fe pasaron el Mar Rojo” (Hebreos 11:28-29). ¿No es una maravilla de la gracia de Dios, quien todo lo hace y lo atribuye luego a los que le obedecen?

Volvamos al Jordán. La expiación fue realizada en la pascua, la redención en el Mar Rojo. Aquí, en el Jordán, se adquiere el estado propicio para entrar en posesión del país prometido. Entre el mar Rojo y el Jordán, Israel había atravesado el desierto. Esta distancia consta de dos partes: en la primera, hasta el monte Sinaí, la gracia condujo al pueblo, la misma gracia que lo había rescatado de Egipto, comprobando por ella los recursos de Cristo a través de todas las flaquezas de los que protegía. “Todos comieron el mismo alimento espiritual, y todos bebieron la misma bebida espiritual; porque bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo” (1 Corin-

tios 10:3-4). En la segunda parte del viaje, después del Sinaí, Israel se halló bajo el régimen de la ley, el cual deliberadamente escogió; entonces el pueblo fue probado para que conociera lo que había en su corazón: experiencia que era indispensable. La prueba demostró el estado carnal de Israel: vendido al pecado, no teniendo en él ninguna fuerza. Hasta su propia voluntad era enemiga de Dios; rehusó obedecer la ley, se rebeló incluso cuando se trató de ocupar el monte de los amorreos para entrar en posesión de las promesas (Números 14).

El estado moral de Israel constituía, pues, un obstáculo absoluto que le cerraba el paso hacia Canaán. Y cuando llegó al fin de sus experiencias en el desierto, he aquí el Jordán, un río desbordante que se oponía con justicia al avance del pueblo. El mar Rojo les había obstruido el paso en su salida de Egipto, el Jordán les impedía entrar en el país prometido. Como frente al mar Rojo, Israel carecía de recursos propios para cruzar el río; intentar hacerlo hubiera sido el fin del pueblo, ser tragado por el río. Necesitaban alguien que les abriera el camino. Aquí encontramos, en las aguas del Jordán, un nuevo tipo de la muerte. Vencer este obstáculo significaba la victoria del pueblo de Israel sobre sí mismo, el fin del hombre en la carne, y al mismo tiempo la victoria sobre el poder que Satanás tenía sobre nosotros por la “carne”. Pero, ¿cómo salvar estos obstáculos? En nosotros mismos no tenemos fuerzas para ello; la corriente del juicio de Dios en contra del “viejo hombre” nos separa del goce de las promesas. “¡Miserable de mí!”, exclama Pablo, “¿quién me librerá de este cuerpo de muerte?” (Romanos 7:24).

Pero aquí también la gracia de Dios ha provisto todo.



El arca condujo al pueblo; no solamente le hizo conocer el camino por el cual debía andar –pues jamás había pasado por esos lugares– sino que también se asoció al pueblo para cruzar el río de la muerte y dejar en su lecho lo que no podía pasar a la otra orilla (v. 3-4).

Los sacerdotes, representantes del pueblo, debían cargar el arca del pacto sobre sus hombros y pasar delante de Israel (v. 6). Ella era la expresión de la presencia del “Señor de toda la tierra” y debía pasar por en medio del Jordán delante del pueblo, pero no sin él. Conservaba su preeminencia: “Entre vosotros y ella haya distancia como de dos mil codos, algo más de un kilómetro (v. 4); los ojos del pueblo, fijos en ella, verían al mismo tiempo a los sacerdotes que la llevaban. Cuando los pies de estos tocaran las aguas del río, estas se dividirían y su curso se suspendería. Entonces el pueblo marcharía en pos de ella. “No me puedes seguir ahora; mas me seguirás después” (Juan 13:36), dijo el Señor a Pedro, después de que los pies del vencedor de la muerte hu-

biesen sido marcados por ella: “Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy” (Lucas 24:39). Un poder victorioso sobre el poder de la muerte se encontraba aquí asociando a Israel a Su victoria.

Querido lector, quedémonos aquí unos instantes, reposemos en la ribera del Jordán. Tres días de descanso habían sido ordenados antes de pasar (v. 1-2). Consideremos lo que ello significa. Si Israel debía meditar allí, con cuánta más razón nosotros debemos detenernos frente a la cruz. Todo lo que éramos en la carne halló su fin en la cruz. Cristo entró en la muerte y nosotros con él. Ahora cada creyente puede decir: Estoy muerto al pecado, muerto a la ley, crucificado con Cristo, sepultado con él. Mis ojos fijos en Cristo ven terminar allí, en medio del río del juicio, mi personalidad como hijo de Adán; pero en él también un poder victorioso que igualmente ha llegado a ser mío me introduce en su vida de resurrección, más allá de la muerte, en el pleno goce de la victoria. “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Gálatas 2:20).

Sin duda, la muerte todavía no está del todo “sorbida en victoria”, como lo muestra nuestro texto: “Y aconteció que cuando los sacerdotes que llevaban el arca del pacto de Jehová subieron de en medio del Jordán... las aguas del Jordán se volvieron a su lugar, corriendo como antes sobre todos sus bordes” (Josué 4:18). Mas, “cuando... esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria” (1 Corintios 15:54). Porque en esperanza somos salvos, y esperamos, aguardando la adopción, es decir, la redención de nuestro cuerpo (Romanos 8:23-24). Entonces el lugar donde está nuestro Precursor, más allá de todo lo que puede retenernos de este lado del cielo, vendrá a ser el nuestro también: “Los muertos (en Cristo) serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados” (1 Corintios 15:52). Mientras tanto, por la fe podemos hacer nuestra la exclamación del apóstol:

“ Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria (no dice: que nos dará) por medio de nuestro Señor Jesucristo (1 Corintios 15:57).

En el Jordán hallamos, pues, la muerte a lo que somos por naturaleza adámica, y el comienzo de un nuevo estado en el poder de la vida de resurrección con Cristo; esta muerte y resurrección nos introduce en nuestra Canaán, es decir, en todas las bendiciones celestiales. En estas últimas líneas hemos visto que la fe en Cristo, tal como nos es revelado en el Jordán, nos otorgó la liberación de nuestro viejo hombre y la posesión de una nueva naturaleza. El creyente, después de largas experiencias, experiencias que podríamos comparar con las que hizo Israel durante los cuarenta años en el desierto, comprende –y es Dios quien se lo revela– que nada pudo hacer para

lograr su liberación del “viejo hombre”. Para saberlo tuvo que llegar por fe al goce de un hecho, no por realizar sino ya realizado a su favor, cuando Cristo murió en la cruz. “Sabendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido”. “¿O no sabéis”, pregunta el apóstol, “que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva” (Romanos 6:3-6). Durante mucho tiempo he admirado la extrema sencillez con que Pablo expresa el descubrimiento de este hecho principal acompañado, por cierto, de una gran felicidad, mientras que para llegar a este descubrimiento fue necesario todo el capítulo 7 de Romanos, donde describe las amargas experiencias del alma de un creyente antes de poseer esta liberación, agregando un grito desesperado al encontrarse en una situación espantosa y sin salida: “¿Quién me librá de este cuerpo de muerte?”. Y sin transición alguna este grito da lugar a uno de gratitud y alegría: ¡“Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro”! (Romanos 7:25). La razón de esa sencillez me parece ahora muy clara: el alma ha descubierto que la liberación –que con tanto afán trataba de lograr– era un hecho que Dios había cumplido desde hacía mucho tiempo, cuando Cristo murió en la cruz y fue sepultado. Entonces en la calma y la paz que inundan su alma, el creyente puede decir: “Yo por la ley (o a causa de la ley) soy muerto para la ley (en la muerte de Cristo), a fin de vivir para Dios. Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Gálatas 2:19-20; Romanos 6:4, 10; Colosenses 2:20).

Esta verdad no pertenece al dominio de la inteligencia, el razonamiento no la explica, y a menudo la memoria no la recuerda. ¡Cuántas veces he visto almas angustiadas tratando de apoderarse, por así decirlo, de esa liberación mediante grandes esfuerzos humanos! Tras un largo trabajo de espíritu, creían haber alcanzado el significado de esta obra, ¿pero qué resultado obtuvieron? Bastaron unas pocas horas para disipar lo que creían haber logrado por sus esfuerzos, como sucede con las hojas muertas que un soplo barre de la noche a la mañana. ¡Ah!, la liberación no se adquiere de un salto, no la gozamos sino después de una larga experiencia que enseña lo que es el “viejo hombre”, “la carne”. Y sin esta experiencia, la liberación no se puede disfrutar, como tampoco podía existir el Jordán para Israel antes de haber cruzado el desierto. Para hablar más claramente, la liberación no es una experiencia, sino un estado en el que el creyente se halla por la fe, cual una obra cumplida para él y fuera de él, tal como sucede en cuanto a la redención. Solo es experimental cuando el cristiano la posee por la fe y goza de sus benditos efectos: la santificación práctica.

Lo que acabamos de decir nos explica el porqué en las orillas del Jordán no encontramos ningún enemigo acosando a Israel, como los había habido antes de pasar el mar Rojo. Y si los había, era el mismo Israel en “la carne”, como la nuestra, pero sepultada en el Jordán. Esto también nos explica el porqué no se oye prorrumpir en cantos de alegría como después de cruzar el mar Rojo. ¿Cómo cantar cuando sabemos que hemos necesitado ser sepultados con Cristo?

Ahora se disponían a entrar en una serie de experiencias nuevas en Canaán. Pero recordemos las pasadas. La del desierto de Sinaí fue la experiencia del “viejo hombre”, del pecado en la carne; luego viene en figura el Jordán, el conocimiento adquirido por la fe; hemos sido transportados de nuestra asociación adámica a una relación nueva con Cristo muerto y resucitado. En Canaán hallamos las experiencias del nuevo hombre, no sin debilidades ni caídas, si no somos vigilantes, pero con un poder a nuestra disposición, el cual podemos emplear siempre para ser fortalecidos en la “batalla” o para mantenernos “firmes contra las asechanzas del diablo” (Efesios 6:11).

Capítulo 4

Las doce piedras en Gilgal

Tal es el significado del río Jordán para nosotros. Dios quiere que tengamos constantemente bajo nuestros ojos el memorial de esta victoria. “Tomad de aquí de en medio del Jordán, del lugar donde están firmes los pies de los sacerdotes, doce piedras, las cuales pasaréis con vosotros, y levantadlas en el lugar donde habéis de pasar la noche”, ordenó Dios a Josué (v. 3). Y este lugar fue Gilgal. ¿Qué significan estas doce piedras? Representan a las doce tribus de Israel, el pueblo arrancado de la muerte por medio del arca que estuvo allí en el mismo lugar del cual el pueblo debía ser liberado, y que había detenido el curso de las impetuosas aguas para que Israel cruzara el río. Tal es el doble aspecto de la obra de Cristo a nuestro favor: arrancados de la muerte, la atravesamos también llevados sobre “alas de águilas” para penetrar en nuestra Canaán celestial. Estas piedras fueron alzadas como un monumento a la entrada de la tierra prometida, en Gilgal, adonde el pueblo tendría que volver siempre, como señal que recordaría a las generaciones futuras el paso del río Jordán:

“ Estas piedras servirán de monumento conmemorativo a los hijos de Israel para siempre (v. 7). ”

Como Israel otrora, nosotros somos ese trofeo de la victoria obtenida sobre las impetuosas aguas del río. Cristo descendió a la muerte, porque nosotros estábamos muertos: “Si uno murió por todos, luego todos murieron” (2 Corintios 5:14); y como estas piedras, fuimos arrancados de allí y traídos a una vida nueva por su propia resurrección: “Aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó”. En él hemos atravesado la muerte: “Y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús” (Efesios 2:5-6). Además, si las piedras de Gilgal a la entrada de Canaán constituían un memorial para Israel, para nosotros ese monumento es Cristo, “el primogénito de entre los muertos”, resucitado y sentado en lugares celestiales. Pero un Cristo que nos representa allá y nos asocia a él, como él se asoció a nosotros en la muerte. Estamos unidos a él, como las doce tribus de Israel formaban un solo monumento en Gilgal: “Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo” (1 Corintios 10:17). “Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos” (Hebreos 2:11).

Ahora bien, Dios quiere que este memorial produzca en nosotros el efecto moral correspondiente; en efecto, el creyente resucitado con Cristo lleva sobre sí mismo tanto el carácter imborrable de su muerte como el de su resurrección. “Sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él” (Colosenses 2:12). Y si su muerte es mi lugar, ¿puedo vivir todavía en las cosas que he abandonado, con las que por gracia Cristo cargó y dejó en el fondo del Jordán? “Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive. Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Romanos 6:10-11). He aquí, pues, el efecto moral que debemos realizar en nuestra vida al contemplar el memorial de la muerte y resurrección del Señor.

Si el Jordán significa nuestra muerte y resurrección con Cristo, las doce piedras en Gilgal representan el memorial de esta muerte y resurrección vistas en Cristo resucitado y entrado en la gloria. Pero se necesita el poder del Espíritu de Dios para su realización práctica diaria aquí abajo. Todo el pueblo había pasado las aguas del río, pero quizá muchos de ellos eran indiferentes –como lo son hoy día muchos cristianos– para inquirir en el significado del monumento de Gilgal, de estas doce piedras que decían claramente a Israel: “Consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Romanos 6:11). Allí encontramos los dos lados de la vida del cristiano: un lado negativo: muerto al pecado y al mundo, y otro positivo: vivo para Dios. Permanezcamos siempre de este lado, como “piedras vivas”, donde “todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza” forma la vida normal del cristiano y brinda los frutos para Dios, quien también los ha producido (Filipenses 4:8).

Las doce piedras en el fondo del Jordán

Si las doce piedras en Gilgal hablaban a la conciencia de Israel, otro monumento alzado en medio del Jordán hablaba seriamente a su corazón: “Josué también levantó doce piedras en medio del Jordán, en el lugar donde estuvieron los pies de los sacerdotes que llevaban el arca del pacto; y han estado allí hasta hoy” (v. 9). ¿Qué ojos podrían ver estas piedras, si las aguas corrían por sobre todas sus riberas, cubriéndolas? Ellas solo podían ser conocidas por la fe. Y no eran el símbolo de una vida de resurrección, que había atravesado la muerte y llevaba su carácter. Estas piedras eran esencialmente el monumento de la muerte. Las de Gilgal, en Canaán, son el monumento de la introducción, a través de Cristo, en nuestros privilegios celestiales, en los cuales solo entramos después de haber pasado por la muerte con él. Mientras que las que están en el

fondo del Jordán son las de un Cristo descendido a la muerte. “Y eso de que subió, ¿qué es, sino que también había descendido primero a las partes más bajas de la tierra? El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo” (Efesios 4:9-10).

En efecto, cuando pienso en las piedras en el fondo del Jordán, mi corazón entra en comunión con Cristo en su muerte. Vuelvo a la ribera del río Jordán, por así decirlo, me siento frente a esas aguas profundas, y digo: He aquí mi lugar; allí estaba yo, allí entró él por mí. Me libró del pecado, de mi “viejo hombre”, lo dejó con su vida en el fondo del río de la muerte; las aguas me han sepultado en su persona bendita; lo oigo como si desde allí hablara:

“ Estoy hundido en cieno profundo, donde no puedo hacer pie; he venido a abismos de aguas, y la corriente me ha anegado (Salmo 69:2).

¿Qué te ha obligado, oh Salvador amado, a tomar este lugar? Tú eras el único que no estaba obligado a ocuparlo, mas tu amor por mí te ha hecho descender allí. Solo tú, habiendo dejado tu vida, tenías el derecho de volverla a tomar, pero no quisiste volverla a tomar sin mí. Ningún otro motivo, a no ser el de la gloria de Dios a quien yo había deshonrado, hubiera podido hacerte descender a la muerte. Y no solamente detuviste victoriosamente las aguas del Jordán para mí, librando solo el combate “hasta que se hizo todo lo que Jehová había mandado” (v. 10) y que todo tu pueblo pasó, sino que las mismas aguas pasaron sobre ti. En ese monumento sumergido veo lo que la muerte fue para tu alma santa. “Un abismo llama a otro a la voz de tus cascadas; todas tus ondas y tus olas han pasado sobre mí”, clamaste (Salmo 42:7). Aquí vuelvo a encontrar el recuerdo de la amargura que solo tú probaste, de esa copa que solo tú podías apurar por mí. Las doce piedras “han estado allí hasta hoy” (v. 9), el monumento permanece, como también permanece la cruz cual testigo eterno de un amor que aprendí a conocer allá en el Gólgota, donde mi corazón ahora puede contestar a la voz de tu clamor: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mateo 27:46). Testimonio también del único lugar donde Dios pudo poner fin a todo lo que es de nuestro viejo hombre.

En el marco de este cuadro, veamos aún lo que nos dice el versículo 18: “Y aconteció que cuando los sacerdotes que llevaban el arca del pacto de Jehová subieron de en medio del Jordán, y las plantas de los pies de los sacerdotes estuvieron en lugar seco, las aguas del Jordán se volvieron a su lugar, corriendo como antes sobre todos sus bordes”. La sentencia fue ejecutada, “el viejo hombre” sepultado, la condena pasada, la muerte vencida; sin embargo, esta aún permanece. Lo que antes era un obstáculo para entrar en Canaán, obstáculo anulado por el arca que nos abrió

el camino, se convirtió en lo que nos separa para siempre no solo del lejano Egipto y del desierto de Sinaí, sino también de nuestro “yo”. Amados lectores, ¿estamos satisfechos de haber terminado con todo lo que pertenece a nuestra personalidad en la carne y en Adán? De lo contrario, no podrá haber gozo duradero en el país de Canaán. Es precisamente lo que se desprende de la posición de los hombres armados de las dos tribus y media cuya posesión estaba del otro lado del Jordán. Pasaron el río para luchar con sus hermanos, pero no llegaron a conocer de una manera duradera dos cosas: el valor del país de la promesa y el significado del río de la muerte. Este no los detuvo cuando volvían para unirse nuevamente a los suyos, a sus ganados y a sus bienes que los esperaban en la orilla del desierto. El país de su elección los atraía, mientras que sus hermanos, gozando del país que Dios les había dado, veían en el Jordán con satisfacción la barrera que los separaba de todo lo que ya no tenía ningún valor a sus ojos, de las tristes experiencias pasadas.

“ En aquel día Jehová engrandeció a Josué a los ojos de todo Israel; y le temieron, como habían temido a Moisés, todos los días de su vida (v. 14).

Tal fue una de las consecuencias del paso del Jordán. Así también engrandeció Dios a Aquel que se humilló hasta la muerte, y muerte de cruz, pero con una gloria mucho mayor. Dios exaltó a Jesús como “Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados” (Hechos 5:31). Pero antes de que esto se realice de una manera mucho más gloriosa en tiempos futuros para este pueblo, Dios lo ensalzó, como en figura lo podemos contemplar en la persona de José a quien Faraón exaltó y delante del cual, en su carro, los egipcios se debían arrodillar. Más tarde sus hermanos también tuvieron que postrarse ante él; pero antes de ser reconocido por ellos, José recibió de Faraón una esposa. Y es lo que para Cristo se verifica plenamente, cual resultado y en virtud de su obra redentora, en el goce actual de la Esposa, don que recibió del Padre mismo. Además, Dios lo dio por “cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo” (Efesios 1:22-23). Tal es su título y honor para siempre. Pero el Señor tiene otras diademas: se sentó en el trono de su Padre, así lo revela Apocalipsis 3:21. Y llegará para él el día, como lo tipifica Salomón, del cual es dicho: “Y se sentó Salomón por rey en el trono de Jehová en lugar de David su padre, y fue prosperado; y le obedeció todo Israel. Y todos los príncipes y poderosos, y todos los hijos del rey David, prestaron homenaje al rey Salomón. Y Jehová engrandeció en extremo a Salomón a ojos de todo Israel, y le dio tal gloria en su

reino, cual ningún rey la tuvo antes de él en Israel” (1 Crónicas 29:23-25). Él reinará, su pueblo Israel se le someterá, e incluso los que él se ha dignado llamar sus hermanos doblarán la rodilla ante él felices y reconociendo con gozo, en su gloria, en su presencia, que él es el Señor.

En la persona del rey Ezequías hallamos otra gloria futura de la exaltación de Cristo: después de la liberación de Israel con el juicio de las naciones, en la persona del asirio, es dicho:

“ Y muchos trajeron a Jerusalén ofrenda a Jehová, y ricos presentes a Ezequías rey de Judá; y fue muy engrandecido delante de todas las naciones (2 Crónicas 32:23).

Todas las naciones se someterán a él. Entonces se realizará la escena gloriosa que nos revela el profeta Daniel. En visión entró en el cielo adonde vio llegar al Hijo del Hombre, a quien le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran. Esta visión es confirmada por el Señor cuando anuncia que él mismo, cual Hijo del Hombre, se sentará en su trono de gloria ante todas las naciones (Mateo 25:31).

Mientras tanto, los que él se digna llamar sus “hermanos”, lo aclamamos como Señor en el tiempo de su rechazo y ausencia. Decimos con el apóstol: “Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Filipenses 2:9-11).

Capítulo 5

La circuncisión

En el primer capítulo hallamos los principios morales requeridos para tomar posesión del país de la promesa; en el segundo vimos que, cuando se trata de los lugares celestiales, Dios traspasa los límites israelitas para introducir allí a todos los que estén fundados sobre el principio de la fe, los gentiles en la persona de Rahab y los suyos. Los capítulos tercero y cuarto nos revelan el camino para entrar en Canaán. El quinto a su vez nos revela el secreto para obtener la victoria.

Desde luego, esta porción del libro de Josué comienza mencionando a los enemigos: “Cuando todos los reyes de los amorreos que estaban al otro lado del Jordán al occidente, y todos los reyes de los cananeos que estaban cerca del mar, oyeron cómo Jehová había secado las aguas del Jordán delante de los hijos de Israel hasta que hubieron pasado, desfalleció su corazón, y no hubo más aliento en ellos delante de los hijos de Israel” (v. 1).

Todos los reyes de Canaán desfilan así ante nuestros ojos, pero el poder de Satanás que ellos poseían ya había sido quebrantado en el río de la muerte. Cuando oyeron que el Señor había secado las aguas del río, “desfalleció su corazón”. Es exactamente lo que tenemos al principio del libro de los Hechos de los apóstoles: la muerte había sido vencida, el Señor Jesús había acabado con el poder de Satanás; sin embargo, a pesar de haber crucificado al Señor, los reyes del mundo, los príncipes y sacerdotes de Israel junto con la ciudad de Jerusalén temblaron frente al poder de la victoria de Jesús. Bastó escuchar a Pablo disertar sobre la justicia, la continencia y el juicio venidero para que el gobernador Félix se espantara (Hechos 24:25). Pero, a pesar del miedo que dominaba al enemigo, este todavía era demasiado fuerte para el pobre Israel. Sin embargo, Dios pondría a su débil pueblo en condiciones de vencer a sus enemigos. ¿Por qué medio? A través de la circuncisión. Extraño, dirá alguien. En efecto, apenas menciona a todos los enemigos, lejanos o cercanos, el relato sigue diciendo:

En el primer capítulo hallamos los principios morales requeridos para tomar posesión del país de la promesa; en el segundo vimos que, cuando se trata de los lugares celestiales, Dios traspasa los límites israelitas para introducir allí a todos los que estén fundados sobre el principio de la fe, los gentiles en la persona de Rahab y los suyos. Los capítulos tercero y cuarto nos revelan el camino para entrar en Canaán. El quinto a su vez nos revela el secreto para obtener la victoria.

Desde luego, esta porción del libro de Josué comienza mencionando a los enemigos: “Cuando todos los reyes de los amorreos que estaban al otro lado del Jordán al occidente, y todos los reyes de los cananeos que estaban cerca del mar, oyeron cómo Jehová había secado las aguas del Jordán delante de los hijos de Israel hasta que hubieron pasado, desfalleció su corazón, y no hubo más aliento en ellos delante de los hijos de Israel” (v. 1).

Todos los reyes de Canaán desfilan así ante nuestros ojos, pero el poder de Satanás que ellos poseían ya había sido quebrantado en el río de la muerte. Cuando oyeron que el Señor había secado las aguas del río, “desfalleció su corazón”. Es exactamente lo que tenemos al principio del libro de los Hechos de los apóstoles: la muerte había sido vencida, el Señor Jesús había acabado con el poder de Satanás; sin embargo, a pesar de haber crucificado al Señor, los reyes del mundo, los príncipes y sacerdotes de Israel junto con la ciudad de Jerusalén temblaron frente al poder de la victoria de Jesús. Bastó escuchar a Pablo disertar sobre la justicia, la continencia y el juicio venidero para que el gobernador Félix se espantara (Hechos 24:25). Pero, a pesar del miedo que dominaba al enemigo, este todavía era demasiado fuerte para el pobre Israel. Sin embargo, Dios pondría a su débil pueblo en condiciones de vencer a sus enemigos. ¿Por qué medio? A través de la circuncisión. Extraño, dirá alguien. En efecto, apenas menciona a todos los enemigos, lejanos o cercanos, el relato sigue diciendo:

“ En aquel tiempo Jehová dijo a Josué: Hazte cuchillos afilados, y vuelve a circuncidar la segunda vez a los hijos de Israel (v. 2).

¡Preparación singular para ser llevados a la victoria! Pero así es. Dios empezó por despojar a su pueblo de todas las armas y recursos que este podría hallar en sí mismo, los cuales solo podrían llevarlo a la derrota. La capacidad humana y el poder de la “carne” no sirven para alcanzar los bienes celestiales; Dios los juzga y los deja de lado: esto es lo que representa la circuncisión, tema que nos obliga a extendernos un poco.

La circuncisión espiritual, que es “echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal” en Cristo, es un hecho cumplido a favor de todo creyente, como asimismo lo es la liberación en las aguas del Jordán, realicemos o no su alcance. La enseñanza apostólica sobre “la circuncisión de Cristo”, que también es la nuestra, es clara y de una belleza sin igual. Ante todo presenta a Cristo: “Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la deidad”; todo está en Cristo, deidad y humanidad, nada le falta; pero un poco más adelante muestra que nosotros también tenemos todo en él, nada nos falta: “Vosotros estáis completos en él” (Colosenses 2:9-11). Él es nuestra perfec-

ción. Ahora llega la circuncisión: “En él también fuisteis circuncidados (o despojados) con circuncisión no hecha a mano, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo”. No hay nada que agregar a los que están en Cristo, pero tampoco hay nada que quitarles; sus cuerpos carnales han sido juzgados, despojados de su personalidad adámica. Fue un hecho cumplido en la cruz una vez para siempre. Cristo, el segundo Adán, no puede estar junto al primero. Un poco más adelante, en el versículo 12, vemos que ese despojamiento del viejo hombre que para nosotros tuvo lugar en la muerte de Cristo, se convierte en un acto personal en el cristiano:

“ Sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos (Colosenses 2:12).

Este pasaje abarca la circuncisión de Cristo en toda su extensión y corresponde a dos verdades representadas por el Jordán: la muerte (al viejo hombre) y la resurrección con Cristo (a una nueva vida). He aquí pues dos verdades bien establecidas: estamos completos ante Dios en Cristo y perfectamente libres de todo lo que somos en nosotros mismos, es decir, completamente despojados de nuestra personalidad adámica.

Para que no haya confusión entre la circuncisión israelita y la de Cristo, es decir, la nuestra, Pablo establece claramente el contraste que hay entre ambas, deduciendo a la vez otras consideraciones: “Porque nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios” (Filipenses 3:3). En efecto, si “la carne” no puede tomar posesión de los bienes celestiales, tampoco puede rendir culto al Padre en espíritu y en verdad. Para gozar de este privilegio es necesario haber terminado con el viejo hombre y recibir el Espíritu Santo. Luego el apóstol agrega otra particularidad a la circuncisión de Cristo: “Nos gloriamos en Cristo Jesús”. La carne, aun la religiosa, solo se gloria en sí misma. Hallamos una prueba de ello en Colosenses 2:21-23. Las ordenanzas, mandamientos y enseñanzas de los hombres pueden tener una apariencia de sabiduría y de sacrificio, hasta en el duro trato del cuerpo, pero todo ello no es más que un “culto voluntario” para satisfacer a la “carne”, al yo religioso. ¿Por qué insistir tanto sobre estas verdades?, preguntará el lector. ¡Ah!, leyendo la carta a los gálatas podemos ver que la circuncisión, o sea el judaísmo, fue una de las primeras armas que Satanás utilizó para combatir contra la iglesia, a fin de hacerla abandonar su carácter y posición celestial, cosa que ha logrado hasta en la actualidad.

He aquí, pues, la verdadera circuncisión, la de Cristo. Es el renunciamiento, a través del juicio en la cruz de Cristo, a lo que la Palabra llama la “carne” y sus obras, de modo que de aquí en adelante no tengamos ninguna confianza en ella. Verdad de sumo valor, pues para avanzar en la lucha, tanto los ejércitos de Israel otrora como el pueblo cristiano actual, es necesario que el estigma de la muerte de la carne, del hombre en Adán, esté en nosotros, que sea marcado en forma indeleble sobre los combatientes. Amados lectores, observemos que aquí no se trata de procurar terminar con nuestra personalidad adámica, ni de tratar de despojarnos a nosotros mismos. Ya es un hecho cumplido en la cruz, del cual la fe se apodera, y que se torna en una realidad práctica a medida que nuestra conciencia comprueba su eficacia. En Isaías vemos un ejemplo que ilustra la aplicación de esta verdad en nosotros, cuando en presencia del Señor, el profeta exclamó: “¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos! Y voló hacia mí uno de los serafines, teniendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas; y tocando con él sobre mi boca, dijo: He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa, y limpio tu pecado”. Si para satisfacer la justicia de Dios bastó que hasta el último átomo del fuego judicial se agotara sobre Su víctima ofrecida en la cruz por el pecado, también era necesario que el poder purificador representado por el carbón encendido fuese aplicado sobre los labios inmundos del profeta. Así Isaías estaba en contacto personal y directo con este mismo fuego, comprobando su eficacia, y quizás hasta su dolor. Luego, a la pregunta del Señor: “¿Quién irá por nosotros?”, la respuesta no se hizo esperar. El profeta que acababa de experimentar el enjuiciamiento de sí mismo, contestó: “Heme aquí, envíame a mí” (Isaías 6:5-8).

Gilgal

“Y Jehová dijo a Josué: Hoy he quitado de vosotros el oprobio de Egipto; por lo cual el nombre de aquel lugar fue llamado Gilgal, hasta hoy” (v. 9). ¿No lo había quitado antes, al pasar Israel el mar Rojo? Allí el pueblo fue librado de la esclavitud de Satanás; pero la esclavitud de la carne: sus murmuraciones y rebeliones, caracterizaron a Israel a través del desierto. Dios lo llama “el oprobio de Egipto”. Y solo en este lugar, en Gilgal (hebreo: galar, esto es: rodar. El significado más posible de Gilgal es redondo, por la forma como realizaban el corte del prepucio en el rito de la circuncisión), por primera vez, a través del juicio, el yugo de la carne les fue quitado. Con razón la Palabra nos da el siguiente detalle:

“ Y cuando acabaron de circuncidar a toda la gente, se quedaron en el mismo lugar en el campamento, hasta que sanaron (v. 8).

¡Qué libertad! Aquí halla lugar esta segunda e importante verdad: la circuncisión de Cristo presentada bajo su aspecto esencialmente práctico, el que ya vimos. Esta no puede ser considerada bajo una forma meramente doctrinal, pues se precisa un lugar donde tuvo su realización práctica, en Gilgal. Además, este fue el centro de congregación del ejército del Señor antes de marchar hacia la victoria, el lugar de reunión después y el punto de partida para ir hacia nuevas conquistas. Si no realizamos lo que significa Gilgal, es decir, nuestra muerte con Cristo, el poder del viejo hombre recuperará lo que ha perdido y jamás obtendremos una victoria tras otra. Dios quiere combatientes libres del mundo, de sí mismos y de cualquier otra atadura. “Despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante” (Hebreos 12:1). Tal es nuestro Gilgal; para lograr ese propósito, son imprescindibles los afilados cuchillos de Josué: la Palabra de Dios, que es “más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón” (Hebreos 4:12).

Otra ilustración nos ayudará a comprender la importancia de nuestro Gilgal. Sucedió en los días en que Israel tenía como capitán de sus ejércitos a un hombre muy distinto de Josué, a Saúl. Este era precisamente el rey según la carne, porque ella era la que había pedido rey a Dios. Llegó el día cuando filisteos e israelitas debían enfrentarse en la batalla: no había ningún recurso del lado de Israel, hasta cuando un hombre, David, se presentó ante el rey. Al parecer de Saúl (el rey según la carne), David, por ser joven y no tener armas, no podía enfrentarse al enemigo. Vestió a David con sus ropas, puso un casco sobre su cabeza, lo armó de coraza; David ciñó la espada sobre su armadura, pero no pudo andar. “Y dijo David a Saúl: Yo no puedo andar con esto, porque nunca lo practiqué. Y David echó de sí aquellas cosas” (1 Samuel 17:33-39). ¡Qué ejemplo para el cristiano de hoy! No haber utilizado las armas carnales, echar de sí estas cosas, tomar el cayado, escoger piedras lisas del arroyo y así marchar seguro al encuentro del enemigo. Aquí hallamos todavía otra lección: la carne tiene sus armas y las quiere proporcionar. Pero estas jamás podrán llevar al hombre de fe a la victoria. “Vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Efesios 4:24). “Cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría... ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría” (1 Corintios 2:1-4).

El alimento de Canaán

Despojarse de la carne por el juicio realizado en la cruz (la circuncisión), y practicar diariamente este juicio (Gilgal), son las primeras e indispensables condiciones para ir a la batalla. El casco de Saúl, su coraza y su espada no fueron de ninguna utilidad a David para ir al combate contra el filisteo. Fue necesario echar de sí estas cosas.

Sin embargo, también hay otros recursos: Antes de levantarse para combatir, Israel debía sentarse a la mesa de Dios para comer. “Y los hijos de Israel acamparon en Gilgal, y celebraron la pascua a los catorce días del mes, por la tarde, en los llanos de Jericó. Y al otro día de la pascua comieron del fruto de la tierra (el “trigo viejo” del país), los panes sin levadura, y en el mismo día espigas nuevas tostadas” (v. 10-11). Para resistir las fatigas de la guerra es necesario estar alimentados; allí está la fuerza práctica. Pero, ¿alimentados de qué? De Cristo. Él es la fuente de la fuerza. La mesa de Dios ofrece alimento abundante y variado: el maná, el cordero pascual, los frutos de la tierra, los panes sin levadura, las espigas nuevas tostadas. Todo esto nos habla de Cristo bajo distintos aspectos. ¡Cuán bendito es entrar en el combate con corazones nutridos de él! Existen varios motivos por los cuales es indispensable alimentarnos: para mantener nuestra comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo, para alabarlos en el culto, pero aquí era a fin de marchar a la lucha. Si se avanza contra el enemigo con un corazón vacío, solo se puede esperar la derrota; además Satanás podrá ofrecer un objeto codiciable, como lo veremos luego.

En el caso inverso, es decir, si se está nutrido de Cristo, el combate no infunde ningún temor. La victoria es ganada por quien está “nutrido con las palabras de la fe y de la buena doctrina” (1 Timoteo 4:6). No esperemos hasta mañana para alimentarnos; podríamos ser llamados a combatir ahora mismo. Alimentémonos de Cristo hoy, mañana, a cada instante, a fin de estar listos para que a la primera señal marchemos hacia la victoria. Si queremos contender “ardientemente por la fe” (Judas 3), debemos estar llenos de la Palabra de Cristo y del Espíritu Santo; por otra parte, sabemos que la corona está prometida solo a los que contienden legítimamente, es decir, según las leyes de la guerra impartidas por el Jefe. Amados lectores, nuestro alimento no es una religión, y menos la comida que el mundo podría ofrecer al nuevo hombre; es una persona: Cristo; no son verdades ni privilegios, es Cristo mismo. Aquí nos es presentado como nuestro alimento bajo tres aspectos distintos: la pascua, el fruto o trigo viejo del país y el maná.

Entremos en algunos detalles. Esta pascua celebrada en Canaán, en los llanos de Jericó, era la misma que el pueblo había celebrado en Egipto cuarenta años antes; sin embargo, ¡cuán diferente es la una de la otra! Allí Israel tenía conciencia de su culpabilidad, estaba acosado por el

enemigo, protegido por la sangre del cordero pascual y dispuesto a huir en medio de las tinieblas de la noche y del juicio. En Canaán Israel ya había alcanzado la meta, había entrado en la tierra prometida, estaba libre del oprobio de Egipto. Era un pueblo resucitado que había atravesado la muerte y venía a sentarse en plena paz a la mesa de Dios, en el punto de su partida, en el fundamento mismo de todas sus bendiciones, alrededor del cordero. La pascua celebrada en Canaán (porque hay una que se celebró en el desierto justo un año después de la salida de Egipto, Números 9:1-13, y que nos brinda enseñanzas prácticas de mucho valor) corresponde a lo que es la Cena del Señor para los cristianos, especialmente cuando la realizamos teniendo conciencia de nuestra posición celestial. Y notemos que en su sentido espiritual, es un alimento permanente. Incluso en el cielo, nuestra Cena no cesará, solamente que ya no será más en memoria de la muerte del Señor, celebrada en su ausencia, y tampoco necesitaremos elementos materiales (el pan y la copa). En medio del trono veremos al Cordero mismo, como inmolado, centro visible de la nueva creación fundada en la obra de la cruz, punto de apoyo en que estriba toda bendición, ¡objeto que los millones de millones contemplarán y adorarán en un culto universal!

Pero hay otro manjar, por así decirlo, de la mesa celestial:

“ Al otro día de la pascua comieron del fruto de la tierra (el trigo viejo del país), los panes sin levadura, y en el mismo día espigas nuevas tostadas (v. 11).

Dios brindó a su pueblo un alimento que no había conocido en Egipto ni en el desierto: los frutos de la tierra prometida. Para nosotros, los cristianos, un Cristo celestial, glorioso, antes de que se humanara; pero nos lo ofrece como Hombre, quien en esa humanidad inmaculada (figurada en los panes sin levadura) sufrió el fuego del juicio de Dios, cual las espigas tostadas lo simbolizan. Un Cristo que ha entrado en la gloria por la resurrección, donde como Hombre está a la diestra de Dios. Ahora bien, ese Hombre está allí por nosotros. No es solamente nuestro representante ante Dios, o nuestro abogado para con el Padre, sino que en su persona fue introducido un hombre nuevo en la gloria, en el tercer cielo. “Conozco a un hombre en Cristo, que”, exclama el apóstol, “(si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) fue arrebatado hasta el tercer cielo... donde oyó palabras inefables” (2 Corintios 12:2-4). Las “espigas tostadas” también eran del agrado de Pablo; sus palabras lo comprueban: “A fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte” (Filipenses 3:10). Esta comida le daba las fuerzas necesarias para proseguir hacia adelante, hasta llegar a manifestar plenamente en su vida el poder de la resurrección de entre los muertos.

El hombre en Cristo ha entrado en el pleno goce de las bendiciones celestiales. Puedo alzar mis ojos, considerar a ese Hombre y decir: He aquí mi lugar, estoy en Cristo poseyendo su propia vida, la vida eterna, la vida del Hombre resucitado de entre los muertos, estoy unido a él, sentado con él en los lugares celestiales, gozando de esta infinita bendición por el Espíritu Santo, el poder que me hizo entrar allí. ¡Adorable Salvador, por mí descendiste hasta la muerte, subiste y me introdujiste allí en tu persona antes de llevarme contigo, semejante a ti, por la eternidad! ¡Qué gozo y poder nos comunica contemplar a semejante Cristo! “Nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Corintios 3:18). En este versículo hallamos el resultado del poder nutritivo del “fruto del país” y de “las espigas tostadas”. El alma alimentada de un Cristo celestial, formada en el mismo molde, es capaz de reproducir los rasgos de tal objeto bendito. Esta fue la porción del mártir Esteban, y asimismo es la nuestra. En él vemos a un hombre lleno del Espíritu Santo, como consecuencia de la obra perfecta de Cristo, lo que debiera manifestar todo creyente en su carácter normal; en medio de las circunstancias más difíciles, respondió perfectamente al objetivo para el cual Dios lo puso en la tierra. Esteban no ofreció ninguna resistencia carnal que el Espíritu debiera vencer. Este pudo, con plena libertad y poder, formar la imagen de Cristo en él. Los rasgos del Hombre glorioso en el cielo se manifestaron en Esteban, cual los del hombre perfecto en la tierra; y al sufrir una muerte horrible, se le oyó repetir las palabras del Modelo: “Señor, no les tomes en cuenta este pecado” (Hechos 7:60). He aquí un ejemplo que nos ilustra lo que significa ser “transformados de gloria en gloria en la misma imagen”. No es nada místico, ni el producto vago de la imaginación humana; es, a través de nuestra vida diaria, en nuestros actos, en nuestras palabras, por el amor, la intercesión, la paciencia y la dependencia, que en gracia reproducimos los caracteres del Cristo glorificado a quien contemplamos. Para lograr tal éxito, tanto el maná que encontramos en el Evangelio como el cordero y las espigas tostadas constituyen el alimento indispensable. ¿Estamos tan bien alimentados de Cristo que quienes nos rodean pueden verlo en nuestra vida práctica? ¿Los hombres pueden ver, como vieron en Esteban, Moisés y Pablo, los rayos de gloria de Jesús en nuestro testimonio? Para lograr tal propósito basta contemplarle y hablar con él. No perdamos de vista nuestro Modelo; así, sin que lo sepamos, manifestaremos sus caracteres a nuestro alrededor.

“ Y el maná cesó el día siguiente, desde que comenzaron a comer del fruto de la tierra (v. 12).

El maná era el alimento apropiado para el desierto, figura de un Cristo descendido del cielo, viviendo y sufriendo en las circunstancias penosas de la vida terrenal, para animarnos en las circunstancias difíciles del camino: “Fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (Hebreos 4:15). Al contrario de Israel, nosotros los cristianos tenemos el privilegio de gozar de Cristo como lo presenta el maná y los frutos de Canaán a la vez. En los evangelios lo contemplamos atravesando las circunstancias de esta humanidad doliente, haciendo bienes, sanando... Sus palabras, sus enseñanzas y sus ejemplos nos brindan confianza, fe, dependencia, perseverancia, paciencia, alimento que nos sostiene a través de nuestras luchas, a fin de seguirlo. Sin embargo, notemos que el maná no es un alimento permanente: la fe, la esperanza y la paciencia no se necesitarán cuando el viaje haya terminado. Sin duda, el maná es precioso y ofrece un recuerdo eterno: el Hombre, Cristo Jesús, que padeció aquí, lleva señales indelebles de su cruz; estas permanecen para siempre ante Dios, guardadas en una urna de oro, figura de un cuerpo glorificado; y serán la porción especial, “el maná escondido”, premio y recompensa para el vencedor (Hebreos 9:4; Apocalipsis 2:17). ¡Qué sabor y dulzura tendrá el recuerdo resguardado del dolor de lo pasado! Con razón podemos cantar:

“
*En la célica morada de las cumbres del Edén,
Donde cada voz ensalza al Autor de todo bien;
El pesar olvidaremos y la triste cerrazón,
Tantas luchas del espíritu con el débil corazón.
Sí, allí será gratisimo en el proceder pensar
Del Pastor fiel y benéfico que nos ayudó a llegar.*
Himnos y Cánticos N° 108

Pero “el trigo del país”, el Cristo celestial, el Hijo de Dios, el Cordero inmolado será un alimento permanente y eterno; no para que seamos transformados a su imagen, como aquí abajo (2 Corintios 3:18), sino que entonces “seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (Filipenses 3:21; 1 Juan 3:2).

No podemos dejar este tema sin recordar la expresión: “la mesa de Jehová” (Malaquías 1:7, 12). En efecto, amados lectores, si Cristo es nuestro alimento, fue en primer lugar el alimento de Dios. Él nos regaló su propia comida: ¿Sobre quién pudo poner su mirada y su corazón el Padre aquí en este mundo, sino en ese Hijo amado, en el cual tuvo complacencia? Él era su gozo, el ob-

jeto mismo de su amor. Toda su vida, su dependencia de Dios, su obediencia y su entrega satisfizo el corazón del Padre. El despliegue de su poder sanando, resucitando y predicando era perfecto. Además, si Cristo hizo las delicias del Padre y lo glorificó en la tierra (Juan 17:1), como Hijo del Hombre también glorificó a Dios en la cruz (Juan 13:31). Antes de descender a esta tierra, el Hijo estaba en el seno del Padre, era su delicia.

“ A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer (Juan 1:18).
Era su delicia de día en día, teniendo solaz delante de él en todo tiempo (Proverbios 8:30).

Actualmente, en la gloria, el Hijo de Dios hace las delicias del Padre por los resultados de su obra. Es la “vid verdadera”, y si el Padre es el labrador que la cuida, también participa de sus frutos. Esta es, pues, la “mesa del Señor” (1 Corintios 10:21), a la que estamos convidados para disfrutar sus bienes, con el fin de ser fortalecidos para gozar nuestra comunión con el Señor y ofrendar al Padre el culto que le agrada; pero también para la lucha que debemos sostener, motivo de nuestro libro.

El jefe del ejército del Señor

El combate iba a comenzar, pero el General del ejército no se había presentado aún. Se reveló en el último momento, justo a la hora precisa: “Estando Josué cerca de Jericó, alzó sus ojos y vio un varón que estaba delante de él, el cual tenía una espada desenvainada en su mano. Y Josué, yendo hacia él, le dijo: ¿Eres de los nuestros, o de nuestros enemigos?” (v. 13). La fe puede contar con el Jefe en el instante preciso, cuando los combatientes están listos y acercándose al obstáculo. Los preparativos ya habían tenido lugar: la circuncisión, Gilgal, la comida celestial. Pero el poder, el plan, la formación en orden, el momento de lanzarse al combate, todo esto y mucho más era responsabilidad del Jefe del ejército. El que no ha estado en Gilgal no puede comprender semejante manera de combatir. Por el contrario, introduce en la batalla sus propias combinaciones, se lanza a la lucha demasiado tarde o demasiado temprano, sin el Jefe de los ejércitos del Señor, combate en una falsa dirección; luego cae y es vencido, pues luchando así solo puede registrar derrotas.

Notemos cómo el “Ángel de Jehová”, el representante mismo de Dios bajo un carácter misterioso y angelical, de quien el Antiguo Testamento nos habla a menudo, se adapta de una manera maravillosa, llena de gracia, a todas las circunstancias de su pueblo: cual libertador se manifestó a Israel en el mar Rojo (Éxodo 14:19-20). En las penosas jornadas del desierto fue el Viajero divino que acompañó a su pueblo, a menudo cansado (Éxodo 23:20-23). En Canaán el “Ángel de Jehová” se reveló como el conquistador, jefe del ejército. Y cuando el reino sea establecido, morará en paz en medio de su pueblo; y se podrá llamar el lugar: “Jehová-sama”, esto es: el Señor está aquí (Ezequiel 48:35). ¡Admirable condescendencia la suya, y además, cuánta seguridad brinda a nuestras almas! Aquí el jefe del ejército tiene la espada desenvainada en su mano; ella dará certeros golpes, el pueblo no necesita de otra.

Tres veces el “Ángel de Jehová” apareció con la espada desenvainada en su mano para intervenir en la historia de Israel. La primera vez preservó al pueblo de los peligros que lo amenazaban, cuando Satanás en la persona de Balaam salió para maldecir a Israel (Números 22:23). La segunda vez la espada de Jehová combatió con los ejércitos de Israel para darles la victoria. Y la tercera, ¡ah!, la espada apareció para juzgar al pueblo que había pecado en la persona de su rey (1 Crónicas 21:16). Amados lectores, nosotros también podemos tener relación con el Ángel de estas tres maneras. ¡Cuántas veces, sin que ni siquiera nos hayamos dado cuenta, nuestro Intercesor ha hecho frente al enemigo que trataba de acusarnos y maldecirnos! La espada del Abogado puso en fuga al que nos quería maldecir. ¡Cuántas veces el Señor nos asocia en gracia a la lucha

“**Contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes!**
(Efesios 6:12)

Pero, ¡ah!, él también se revela a nosotros como a David, teniendo su espada desnuda contra la ciudad de Dios, debiendo pelear contra el mal que se halla en ella. Así se manifiesta a la iglesia en Pérgamo: “El que tiene la espada aguda de dos filos dice esto: Yo conozco tus obras” (Apocalipsis 2:12-13). Aquel que es cual “fuego consumidor” castiga a los suyos y los humilla para volver otra vez su espada a la vaina y restaurarlos al fin. Además, es consolador saber que en gracia el Señor obra a nuestro favor; mientras para el hombre que, como Balaam, ha entregado a Satanás el don de profeta que había recibido de Dios es terrible encontrar al “Ángel de Jehová” con la espada desnuda en sus manos: “Ahora te mataría”, dijo el Ángel a Balaam (Números 22:33). Pero, ¡ah!, cuántos verdaderos cristianos en nuestros días de ruina se asocian de alguna manera al camino de Balaam, a una hostilidad abierta contra el pueblo de Dios, disfrazados con el manto de profe-

ta. Estos hombres, que están al servicio del mundo para hacer la obra del enemigo, introdujeron la idolatría en la Iglesia, de la cual nunca se ha podido limpiar: “Tienes ahí a los que retienen la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos, y a cometer fornicación” (Apocalipsis 2:14, 20).

“Y Josué, yendo hacia él, le dijo: ¿Eres de los nuestros, o de nuestros enemigos?”. Es imposible permanecer neutral en el combate. Todos debemos saberlo, como Josué. Nuestro Jefe, el Señor Jesús, lo dijo en días de lucha:

“ El que no es contra nosotros, por nosotros es. El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama (Marcos 9:40; Mateo 12:30; Lucas 11:23).

¿Qué actitud asumió Josué frente al personaje que se le apareció? “Postrándose sobre su rostro en tierra, le adoró” (v. 14). ¡Qué notable encuentro entre estos dos jefes: el “Ángel de Jehová”, quien como siempre permanece invisible, y un hombre débil en sí mismo pero sobre quien los ejércitos de Israel tenían puestos los ojos, y cuya responsabilidad era enorme. Josué se postró en tierra y adoró. Tal es la posición del hombre ante Dios. En presencia del “Ángel de Jehová”, es decir, de Jesús, el ser humano tiene que adorar. La diferencia es que en el Nuevo Testamento Dios se ha hecho Hombre, pero sin quitar nada a su dignidad, y cuando una de sus criaturas se postra a sus pies, sea un jefe de ejércitos o un repugnante leproso, Jesús –Jehová Salvador– recibe su adoración. “¿Qué dice mi Señor a su siervo?”, preguntó Josué. La orden era notable y extraña a la vez: “Quita el calzado de tus pies, porque el lugar donde estás es santo”. La obediencia fue inmediata: “Y Josué así lo hizo”; cumplió la orden tal como un soldado frente a su superior. Aquí no es reivindicado el amor, la caridad, ni la misericordia, sino la santidad; sin esta no se puede ir a la lucha. Josué cumplió una orden tal vez sin darse cuenta de su alcance práctico; es lo que veremos más adelante.

No es la primera vez que oímos al “Ángel de Jehová” impartir esta clase de orden. Cuando se manifestó a Moisés en la zarza ardiendo, con el propósito de salvar a Israel, la primera palabra divina fue la misma: “Quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es” (Éxodo 3:5). La presencia de Dios santifica el lugar donde se manifiesta, y el ser humano que allí se acerca debe abandonar todo cuanto lo comunica con otro lugar manchado por el mal. No temos que si Dios es santo reivindicando este carácter en la obra redentora, no es menos santo cuando se trata de marchar a la conquista de la tierra prometida. ¡Qué ejemplo aleccionador nos presenta la Palabra de Dios! ¡Con qué santidad práctica (nuestro andar) deberíamos acercarnos

a la cruz, allí donde nuestra salvación fue enteramente solucionada para gloria de Dios, donde su santidad, como en ningún otro lugar, fue plenamente reivindicada! Acerquémonos con reverencia. “Pruébese cada uno a sí mismo... Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados; mas siendo juzgados, somos castigados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo” (1 Corintios 11:28-32). Igual santidad y separación del mal exige nuestro divino “Capitán” en la lucha contra el enemigo. Permanecer con un mal no juzgado en nuestro corazón nos priva de la presencia de Dios y nos expone al juicio del Señor, entregándonos indefensos en las manos de nuestros enemigos. La clase de calzado que debemos llevar está indicada en la indumentaria del soldado: “Calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz” (Efesios 6:15). Marchando así siempre se podrá exclamar: “¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!” (Romanos 10:15). El andar de los que llevan estas buenas nuevas siempre debe estar de acuerdo con el mensaje que han de entregar.

Capítulo 6

Jerico

Por fin el pueblo de Israel llegó frente al obstáculo, erigido ante él para impedirle tomar posesión de la tierra prometida. “Jerico estaba cerrada, bien cerrada, a causa de los hijos de Israel; nadie entraba ni salía” (v. 1). No hay nada que el enemigo aborrezca más que el vernos entrar en nuestros privilegios y tomar una posición celestial. Él sabe bien que un pueblo celestial se le escapa y le arrebatara sus bienes, por eso su primer esfuerzo es poner un obstáculo a nuestra marcha hacia delante y a la vez resguardar sus bienes: “Cuando el hombre fuerte armado guarda su palacio, en paz está lo que posee. Pero cuando viene otro más fuerte que él y le vence, le quita todas sus armas en que confiaba, y reparte el botín” (Lucas 11:21-22). ¿Imperaba el temor en la ciudad? ¿Tenían miedo a los hijos de Israel? Por supuesto, sabían que el Señor había abierto el mar Rojo; conocían sobre la suerte de sus vecinos: Sehón y Og, reyes de los amorreos. Sin embargo, tenían confianza en sus murallas, en sus puertas y cerrojos. ¡Vana confianza! El día de su destrucción estaba cerca, Satanás lo sabía y cegó a los cautivos hasta en presencia misma del juicio; los convenció de que había que resistir. ¡Cuántos actúan de la misma manera frente a la muerte, cuando están solo a un paso del infierno! Confían todavía en la juventud, en la salud, en el dinero, en un médico, en una religión. Cierran las puertas al Señor, el único que puede salvarlos. ¡Qué locura! Tarde o temprano el último baluarte se desplomará.

Sin embargo, otro motivo también indujo al rey de Jerico a cerrar las puertas de la ciudad. Si nadie del exterior debía entrar, nadie tampoco debía salir. Satanás sabía que Rahab y todos los que estaban con ella en la casa que una noche abrigó a los testigos de Dios y de cuya ventana colgaba un cordón de grana contaban con una esperanza. El diablo es astuto, no quiere que nadie escape de sus garras ni del juicio de Dios. Ningún esfuerzo humano era capaz de abrir brechas en estas murallas alzadas hasta el cielo, ni ante el mar Rojo o frente al Jordán; nadie habría podido abrir paso. Pero Jerico debía caer; Satanás tendría que comprender que ninguna fuerza podía oponerse al pueblo de Dios que marchaba bajo la dependencia de su Jefe.

¿Temía Israel? En Jerico había mucho para amedrentarlos y hacerlos volver atrás; esto era precisamente lo que se proponía el adversario, tratando de intimidarlos cuanto antes. Pero, por el momento, el pueblo de Dios estaba preparado; ya había vivido varias y provechosas experiencias. ¡Ojalá las hubiera recordado siempre! Estas mismas murallas se alzan en la historia de cada cristiano. No digo que el obstáculo se encuentra siempre cuando sucede la conversión, pero tarde o temprano se mostrará cuando se quiere entrar en el camino del combate para realizar nues-

tra vocación celestial. El primer objeto que encontramos es un obstáculo levantado por Satanás, una fortaleza en apariencia impenetrable. El cristiano no la podrá evitar; no precisamos enumerar aquí todas las dificultades de cada creyente, son tan diversas como numerosas; pero se resumen todas con esta palabra: obstáculo. ¿Qué sucederá si avanzo? Perderé mi posición social, mi carrera será interrumpida, mis amigos me abandonarán, mis padres no lo soportarán, tendré que separarme de los que amo, de los cristianos en medio de los cuales he hallado bendición...

Tal es el aspecto que con frecuencia las altas murallas de Jericó revisten para el alma. ¡Cuántos cristianos, frente a ellas, se amedrentan incluso antes de combatir y vuelven atrás! Satanás lo sabe muy bien: nos hace considerar la altura de esos muros, el espesor de las puertas, de los cerrojos, etc., porque no hay cosa que él odie y tema más que cuando nos apropiamos de nuestros privilegios. Pero el alma preparada por Dios no retrocede ante las dificultades. Sabe que posee un medio para vencerlas, y lo utiliza. Es un medio muy sencillo, pero único, no hay otro: la fe.

Por la fe cayeron los muros de Jericó después de rodearlos siete días
“ (Hebreos 11:30).

“Estáis firmes en un mismo espíritu, combatiendo unánimes por la fe del evangelio, y en nada intimidados por los que se oponen, que para ellos ciertamente es indicio de perdición –como los incrédulos de Jericó–, mas para vosotros de salvación” –como Rahab e Israel– (Filipenses 1:27-28). Del poder de estas palabras los filipenses habían tenido una valiosa prueba cuando, en la misma cárcel de esa ciudad, en el calabozo de más adentro, “orando Pablo y Silas, cantaban himnos a Dios... Entonces sobrevino de repente un gran terremoto, de tal manera que los cimientos de la cárcel se sacudían; y al instante se abrieron todas las puertas, y las cadenas de todos se soltaron” (Hechos 16:25-26).

La fe es la simple confianza en el Señor, pero al mismo tiempo es la absoluta ausencia de confianza en sí mismo; estas dos cosas son inseparables. Basta la fe para derribar los obstáculos. ¡Qué importa si las murallas se elevan hasta el cielo, o si se está en el calabozo de más adentro! La fe no cuenta con el poder del hombre, ni está fundada en la sabiduría humana. Ella cuenta con Dios, con su poder y su sabiduría; es su carácter indeleble, y a la vez proporciona ese poder y esa sabiduría a aquel que anda por fe.

Vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el
“ poder de Dios
(1 Corintios 2:5).

Lo indispensable para el combate es un poder absolutamente divino; este puede derribar el obstáculo; la fe reposa únicamente en él.

Veamos ahora como este poder divino, cuando hace algún llamado a la fe, se muestra celoso y no deja subsistir nada que pueda tener apariencia de fuerza y sabiduría humanas. La elección de las armas o los medios del combate no fueron revelados por el jefe del ejército del Señor que hablaba con Josué. Israel no pudo elaborar ningún plan, ningún convenio, no pudo concentrarse para hallar los medios de ganar la victoria. Dios ordenó todo. Porque la fe se somete al plan divino, emplea los medios que Dios le indica, no inventa nada. Se necesitan sociedades, comités, sínodos, dinero, etc., dice la gente. El hombre requiere de estas cosas; mas para la fe esto no es necesario. “Jehová dijo a Josué: Mira, yo he entregado en tu mano a Jericó y a su rey, con sus varones de guerra”, ¡plena seguridad para la fe! “Rodearéis, pues, la ciudad todos los hombres de guerra, yendo alrededor de la ciudad una vez; y esto haréis durante seis días. Y siete sacerdotes llevarán siete bocinas de cuernos de carnero delante del arca: y al séptimo día daréis siete vueltas a la ciudad, y los sacerdotes tocarán las bocinas” (v. 2-4).

Dios tiene sus propios medios. Pero, dirá alguien, ¿por qué no simplifica el camino? ¿Por qué todas estas complicaciones? ¿Por qué dar vuelta a la ciudad una vez cada día y siete veces el séptimo día? ¿Y ese cortejo, el arca y las trompetas? ¿Para qué? Amado lector, la fe no exige explicaciones. Ella no razona sobre los medios empleados por Dios; simplemente los acepta, obedece, combate, obtiene la victoria y luego comprende. Así fue cuando Israel salió de Egipto, lo mismo sucedió en el mar Rojo y frente al Jordán. Usted dirá: ¡Entonces la fe es estúpida! No, ella primeramente se somete, luego comprende, obedece y sigue al jefe; esto es la fe que proviene de Dios. La fe nos dirá el porqué de los siete días, de la presencia del arca, del cortejo, de los cuernos de carnero, los gritos de alegría, pero solo nos lo dirá después de habernos sometido. Si ella deseara comprender antes de someterse, no sería fe sino la inteligencia y los razonamientos humanos.

Pero esto no es todo. La fe marcha hacia delante, en la dependencia de Dios, quien dijo: “Yo he entregado en tu mano a Jericó y a su rey, con sus varones de guerra”. Desde luego, está segura de la victoria. Pero debe ser puesta a prueba; le es necesaria la paciencia. “Para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque percedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo” (1 Pedro 1:7). “Y no solo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia” (Romanos 5:3). Israel tuvo que marchar así durante seis días. Luego, “al séptimo día daréis siete vueltas a la ciudad”. Es necesario que la paciencia tenga “su obra completa, para que

seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna” (Santiago 1:4). Notemos, además, otros caracteres benditos de esta “fe igualmente preciosa”. Ella nos asocia con Cristo, nos da parte y comunión con él en medio de la lucha, la tribulación o la prueba. Este fue el motivo por el cual Dios alineó a su pueblo alrededor del arca: “Los hombres armados iban delante de los sacerdotes que tocaban las bocinas, y la retaguardia iba tras el arca”. Ya no era, como en el Jordán, el arca precediendo al pueblo en una distancia como de dos mil codos, o como en el desierto, cuando en cierta oportunidad la distancia era mayor: “El arca del pacto de Jehová fue delante de ellos camino de tres días, buscándoles lugar de descanso” (Números 10:33). La verdadera arca, el Señor, precedió a los suyos camino de tres días; y al tercero, el lugar de descanso había sido hallado; después pudieron seguir mucho más de cerca al Maestro. Aquí, frente a Jericó, los hombres armados iban delante, los sacerdotes y el arca ocupaban el centro. Los demás cerraban la marcha, formando así el cuerpo mismo del ejército.

Mas esta asociación con Cristo jamás tiene por blanco ni por resultado exaltar al hombre o darle importancia. Ella exalta a Cristo, le da el primer lugar. “Varones israelitas, ¿por qué os maravilláis de esto? ¿O por qué ponéis los ojos en nosotros, como si por nuestro poder o piedad hubiésemos hecho andar a este?... El Dios de nuestros padres, ha glorificado a su Hijo Jesús... Y por la fe en su nombre... le ha confirmado su nombre; y la fe que es por él ha dado a este esta completa sanidad en presencia de todos vosotros” (Hechos 3:12-16). Imposible exaltar más el nombre del Señor Jesús y ocultarse a sí mismo. Prosigamos nuestra aplicación espiritual. En los Hechos de los Apóstoles vemos, en primer lugar, formarse la Iglesia mediante el descenso del Espíritu Santo; la presencia y el nombre de Jesús son realidades, como el arca en medio del cortejo israelita. Luego un testimonio –la voz de las bocinas– proclama la victoria de Cristo. ¡Ah!, Jerusalén como Jericó había cerrado sus puertas en la incredulidad; y como había rechazado al Mesías, rechazó también el testimonio del Espíritu Santo. Sin embargo, las filas que junto al Señor habían tocado las bocinas de la salvación, “los hombres armados”, siguieron hacia delante. Fenicia, Chipre y Antioquía (Hechos 11:19) fueron algunos de los sitios adonde llevaron el Evangelio. El apóstol Pablo, el luchador por excelencia, encontró lugar en sus filas, empezando desde Damasco, llenándolo todo del Evangelio de Cristo, desde Jerusalén hasta Roma, con el deseo de llegar hasta España. Notemos la presencia de los sacerdotes: llevaban las siete bocinas de cuernos de carnero delante del arca del Señor andando siempre. Aquí hallamos un alcance espiritual tan hermoso como elevado; el corazón del creyente que lo percibe será fortalecido en la convicción de que ninguna palabra divina ha sido dada en vano y que cada una encierra un rasgo de la gloria de Dios. Como lo sabemos, el número siete es el símbolo de la perfección en las cosas divinas; la bocina repre-

senta el medio divino que hace llegar hasta el corazón y la inteligencia la voz del testimonio de Dios (Números 10:2). ¿Y los cuernos de carnero?, preguntará el lector. ¡Ah!, el carnero era la víctima del sacrificio de las consagraciones de los sacerdotes, así lo leemos en la ordenanza levítica: “Hizo que trajeran el carnero del holocausto, y Aarón y sus hijos pusieron sus manos sobre la cabeza del carnero... Después hizo que trajeran el otro carnero, el carnero de las consagraciones, y Aarón y sus hijos pusieron sus manos sobre la cabeza del carnero. Y lo degolló; y tomó Moisés de la sangre, y la puso sobre el lóbulo de la oreja derecha de Aarón, y sobre el dedo pulgar de su mano derecha, y sobre el dedo pulgar de su pie derecho” (Levítico 8:18-23). Era la ceremonia de una plena y perpetua consagración de Aarón y sus hijos a Dios.

Ahora bien, las bocinas de cuernos de carnero simbolizan el poder del testimonio de una completa consagración de Aquel que se entregó a sí mismo hasta la muerte, y muerte de cruz, y cuya figura aparece desde los tiempos remotos de Abraham, cuando este ofreció una víctima en lugar de Isaac su Hijo, un carnero que apareció enredado por los cuernos en un zarzal (Génesis 22:13). Los apóstoles, y también la Iglesia en sus primeros días, siguieron las pisadas de esta plena consagración en pos del jefe y consumidor de la fe. ¿Llevan nuestros oídos, manos y pies un poco de la sangre de la santa Víctima de nuestra consagración, que por su parte el apóstol Pablo y otros cristianos llevaban, y cuya consagración a Dios fue hasta el derramamiento de su sangre? (Gálatas 6:17; Filipenses 1:17). ¡Cuán hermoso es todo aquello! ¡Un pueblo rescatado en el pleno goce de sus privilegios, llevando consigo la presencia misma de Dios, un pueblo obediente de corazón y de hecho! ¡Oh, si Israel hubiese seguido este camino, si la Iglesia, el ejército del Nuevo Testamento, hubiese guardado esa consagración tan bendita y feliz de los primeros días! Se hubiera cumplido plenamente el anhelo del Hijo al Padre:

“ Que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti... para que el mundo crea que tú me enviaste (Juan 17:21).

La fe que es celosa para exaltar a Cristo y rendirle testimonio, también lo es para marchar al combate. “Y Josué se levantó de mañana... Al séptimo día se levantaron al despuntar el alba” (v. 12, 15). Notamos también cómo el celo del jefe provoca y anima el celo de sus hombres; la fe ostentó el mismo carácter de aquel de quien es hija, cuando el día del gran sacrificio “Abraham se levantó muy de mañana... Y cuando llegaron al lugar que Dios le había dicho, edificó allí Abraham un altar, y compuso la leña, y ató a Isaac su hijo, y lo puso en el altar” (Génesis 22:3-9). Fue el mismo

celo que animó a su Jefe y Consumador: “Levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba” (Marcos 1:35). Pero, como ya lo hemos visto, es necesario que sea él quien los elija, los prepare y los emplee:

Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres

“

(Mateo 4:19).

Si tenemos algún valor a los ojos de los hombres, Dios se ve obligado a quebrarlo, como lo hiciera con Saulo de Tarso. Luego puede decir: “Instrumento escogido me es este”, útil al Maestro, “preparado para toda buena obra”, y si son “hombres sin letras y del vulgo”, tanto mejor porque se les reconocería que han estado con Jesús (Hechos 9:15; 4:13; 2 Timoteo 3:17).

Sin embargo, hemos observado que a menudo el proceder de los cristianos en la lucha espiritual es opuesto al de Dios: ellos cuentan ante todo con sus propios medios y recursos. Dicen: hemos encontrado un excelente método, estamos organizados de buena manera, tenemos un cuerpo notable de evangelistas, etc. Amados lectores, estas expresiones no son de nuestra invención, las hemos leído en los informes y revistas, hasta nosotros mismos las hemos empleado en alguna ocasión. Si consideramos la obra humana, siempre hallaremos esta deplorable mezcla: edificamos con oro, plata, piedras preciosas, pero lamentablemente también lo hacemos con madera, heno y hojarasca. Si Israel hubiera dicho: Muy bien, que el poder sea de Dios, lo admitimos; pero tratemos de hallar los medios más adecuados para derribar los muros de Jericó, ¿qué habría visto el séptimo día? Nada, no habría caído ni una sola piedra de la muralla. Pero aquí andaban por fe. Las murallas del enemigo se desplomaron, el pueblo aniquiló a la ciudad maldita: el juicio de Dios cayó sobre el amorreo que ya había colmado la medida de su maldad.

La toma de Jericó no solo puso de relieve el merecido juicio de Dios sobre los incrédulos; también ensalzó la gracia que salvó a una pecadora cuya fe activa aprovechó los pocos y últimos días de la paciencia de Dios para proteger a quienes se pusieron al abrigo del cordón de grana. Salvada de la muerte por la sangre cuyo emblema era ese mismo cordón, Rahab, otrora prisionera en su casa sobre el muro, iba a gozar de plena libertad. Los mismos espías que habían sido fiadores de su vida,

“

Entraron y sacaron a Rahab, a su padre, a su madre, a sus hermanos y todo lo que era suyo; y también sacaron a toda su parentela (v. 23).

¡Cuántos frutos produjo la obra de fe de esa mujer en tan poco tiempo! Parece que oímos la parábola del sembrador: “Y otra parte cayó en buena tierra, y nació y llevó fruto a ciento por uno” (Lucas 8:8). Y no solo esto, también vino a ser un eslabón en el libro de la genealogía de Jesucristo, donde hallamos que Salmón engendró de ella a Booz, digno hijo de la fe y redentor de Ruth la viuda moabita, mujer que siguió las mismas pisadas, unidas con otras cualidades para llegar hasta Cristo. Observemos todavía un detalle de mucha importancia: la fe no hace ningún compromiso con el mundo; no recibe ni toma nada de él: “Y respondió Abram al rey de Sodoma: He alzado mi mano a Jehová Dios Altísimo, creador de los cielos y de la tierra, que desde un hilo hasta una correa de calzado, nada tomaré de todo lo que es tuyo” (Génesis 14:22-23). Además, Dios prohibió al pueblo tocar algo de la ciudad maldita: “Pero vosotros guardaos del anatema; ni toquéis, ni toméis alguna cosa del anatema, no sea que hagáis anatema el campamento de Israel, y lo turbéis. Mas toda la plata y el oro, y los utensilios de bronce y de hierro, sean consagrados a Jehová, y entren en el tesoro de Jehová” (v. 18-19). El Señor puede reivindicar estas cosas para glorificarse por ellas: le pertenecían a él, no a los hijos de Israel. Estos solo podían tocarlas para ponerlas en el “tesoro de Jehová”. ¿No son para el Señor todos los frutos de su obra? ¡Ay de aquel que dice: “Yo soy de Pablo; y yo de Apolos; y yo de Cefas” (1 Corintios 1:12). ¿Fue crucificado Pablo por vosotros? El que no anda en las pisadas de la fe que consagra todo al Vencedor y espera todo de él, pronto caerá bajo maldición: Ananías y Safira fueron los primeros que se extraviaron lejos de estas pisadas en la Iglesia.

Dos cosas comprueban el derrumbamiento de las murallas de Jericó: el feliz estado de corazón de aquellos que marchan delante, alrededor y detrás del arca del Señor, y la presencia de Dios en medio de su pueblo, con su omnipotencia. Tal es, amados lectores, el combate de la fe. Mas no siempre fue así en Israel: dos ocasiones nos hablan con elocuencia a este respecto. La primera se halla en el capítulo 14 de Números. El Señor pronunció un castigo contra un pueblo desobediente. Por no haber querido marchar al combate contra el amorreo, Israel fue condenado a errar durante cuarenta años por el desierto. La carne se rebela contra el castigo: “Henos aquí para subir al lugar del cual ha hablado Jehová; porque hemos pecado”, dijo el pueblo. “No subáis”, contestó Moisés, “porque Jehová no está en medio de vosotros... Sin embargo, se obstinaron en subir a la cima del monte; pero el arca del pacto de Jehová, y Moisés, no se apartaron de en medio del campamento. Y descendieron el amalecita y el cananeo que habitaban en aquel monte, y los hirieron y los derrotaron” (Números 14:40-45). ¡Ejemplo de lamentable resultado que se obtiene queriendo subir a la batalla sin la presencia del Señor! En 1 Samuel 4 asistimos a otra derrota: los filisteos, instrumentos del poder de Satanás, pero a quienes Dios tuvo que emplear en contra

de su pueblo infiel, vencieron a Israel. En lugar de ser llevado a la humillación por estos primeros reveses, buscando la presencia de su Dios, el pueblo quiso unir el arca del Señor con su estado pecaminoso: “Traigamos a nosotros de Silo el arca del pacto de Jehová, –dijeron– para que viniendo entre nosotros nos salve de la mano de nuestros enemigos... Aconteció que cuando el arca del pacto de Jehová llegó al campamento, todo Israel gritó con tan gran júbilo que la tierra tembló” (1 Samuel 4:3-5). Pareciera que estamos otra vez ante Jericó. Pero desengañémonos: Dios permaneció sordo. ¿Podrían suponer que los iba a salvar? ¡Imposible! Dios no podía unir su presencia al estado moral de Israel: la derrota estaba segura. Frente a Jericó fue distinto: era el día de la fe, de la obediencia y la santidad. Dios estaba allí, y por consiguiente era el día de la victoria. Tal es, querido lector, el verdadero combate de Dios. ¡Que él nos conceda guardar estas cosas en nuestros corazones, a fin de que no seamos vencidos en nuestras luchas contra el enemigo!

Antes de pasar al estudio del capítulo siguiente detengámonos un instante en las palabras que Josué pronunció sobre Jericó; ellas parecen concluir para siempre con la historia de la ciudad anatema: “En aquel tiempo hizo Josué un juramento, diciendo: Maldito delante de Jehová el hombre que se levantara y reedificare esta ciudad de Jericó. Sobre su primogénito eche los cimientos de ella, y sobre su hijo menor asiente sus puertas” (v. 26). ¡Prohibición terminante so pena de maldición! Además, el castigo ya estaba pronunciado contra aquel que infringiere el juramento.

Pues bien, el tiempo transcurrió, y quinientos treinta y siete años después, en tiempo del rey Acab, tiempo de apostasía y desobediencia, se halló un israelita suficientemente atrevido para desafiar el juramento de Jehová: “En su tiempo Hiel de Bet-el reedificó a Jericó”. Hiel significa: “vida de Dios”; Bet-el “casa de Dios”. ¡Monstruosa ironía! Ese hombre ostentaba los mejores calificativos, sin embargo, a sabiendas o no, se burló de Dios y de su Palabra. Mas esta se cumplió al pie de la letra, porque los siglos transcurridos no la modifican ni le quitan un ápice de su valor: “A precio de la vida de Abiram su primogénito echó el cimiento, y a precio de la vida de Segub su hijo menor puso sus puertas, conforme a la palabra que Jehová había hablado por Josué” (1 Reyes 16:34). Cada vez que se pisaban los umbrales de Jericó, se podía recordar la sentencia divina y su cumplimiento. Pero, preguntémosnos, ¿no ha tenido Hiel muchos imitadores en medio de la cristiandad? Pues bien, a los que quieren reedificar lo que por su muerte el Señor Jesús destruyó,

el apóstol les dice: “De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído”. “Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema” (Gálatas 5:4; 1:9).

Sin embargo, subiendo a Jerusalén, el Señor no rehusó pisar los umbrales de la ciudad maldita. ¿Habrá recordado el castigo que estaba allí en los fundamentos? Sin duda, ¿acaso no era él el Jehová del Antiguo Testamento? Pero es también el Salvador en el Nuevo. Había venido precisamente para salvar a los que estaban bajo maldición, llevándola él mismo en su lugar. Y cuando él quiso ilustrar con una parábola la pendiente por la cual huye el hombre alejándose de Dios, tomó a Jerusalén como punto de partida y a Jericó como punto de llegada: “Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones, los cuales le despojaron; e hiriéndole, se fueron, dejándole medio muerto”. Luego, con los dos primeros personajes que pasaron de lado, el Señor ilustró la inutilidad de la ley y de los sacrificios para salvar al herido. Jesús debía pasar por Jericó. “Un samaritano, que iba de camino, vino cerca de él, y viéndole, fue movido a misericordia; y acercándose, vendó sus heridas” (Lucas 10:30-34). ¿Aprovechó de sus dones algún herido de esa ciudad? Sí, Zaqueo el publicano, en cuya casa el divino médico encontró un sitio donde posar; por el camino, al salir de Jericó, dos ciegos recobraron la vista a través de él. Con razón podemos decir:

Cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia
(Romanos 5:20).

“

Capítulo 7

Hai y el anatema

Acabamos de considerar el brillante cuadro de una victoria divina sobre Satanás, obtenida por la fe. Después de una conquista semejante, podríamos pensar que Israel marcharía de victoria en victoria. Pero no fue así, el capítulo séptimo se abre con una derrota. Una pequeña ciudad, un obstáculo insignificante comparado con Jericó, y unos “pocos” hombres bastaron para poner en fuga a tres mil de Israel y disolver como agua el corazón de todo el pueblo. Si hay secretos para la victoria, también los hay para la derrota. Y sin temor a equivocarnos podemos decir que el primer peligro se halla escondido en la victoria misma. ¿Cómo? Después de haber obtenido un triunfo con una verdadera fe y dependencia de Dios, el alma, en presencia de los deslumbrantes resultados, se atribuye fácilmente algo de gloria y satisfacción de sí mismo; desde entonces el próximo combate ya está comprometido. Veamos aquí la conducta del mismo jefe: “Josué envió hombres desde Jericó a Hai”. Repitió lo que había hecho respecto al país y a Jericó (cap. 2:1); pero lo que era entonces el camino de Dios, viene a ser ahora el camino del hombre, la voluntad de la carne. Cuando volvieron de reconocer a Jericó, los espías dijeron: “Jehová ha entregado toda la tierra en nuestras manos” (cap. 2:24). ¿Por qué entonces mandar a otros emisarios? En cierta medida Josué había olvidado la dependencia de Dios y confiaba en medios humanos. Además, Josué envió los mensajeros desde “Jericó”, la ciudad maldita, que no era el verdadero punto de partida. ¿Dónde estaba el ángel, el Príncipe del ejército del Señor? En Gilgal se hallaba el cuartel general, el lugar de la circuncisión, donde la voluntad de la carne debía despojarse. Había que volver allí. Josué, el que hasta aquí había sido una figura de Cristo –quien por su Espíritu obra en los creyentes para ponerlos en posesión de sus privilegios– descendió al nivel de un hombre común: Josué como tipo de Cristo desapareció para dar lugar a Josué hombre.

¿A veces no sucede lo mismo con nosotros? En su medida, cada creyente es una imagen de Cristo, una “carta” destinada a hacerlo conocer (2 Corintios 3:3). Pero desde el momento en que olvida su Gilgal, esa carta desaparece para dar lugar al viejo hombre, al que por negligencia hemos dejado de juzgar. ¿Y el pueblo? ¡Ah!, siguió el ejemplo de su jefe: los espías enviados por Josué tomaron un lugar que no les correspondía. Ufanados, contestaron:

“ No suba todo el pueblo, sino suban como dos mil o tres mil hombres, y tomarán a Hai; no fatigues a todo el pueblo yendo allí, porque son pocos (v. 3).

Arreglaron las cosas, trazaron sus planes y calcularon. Confiaban enteramente en sí mismos: “Tomarán a Hai”. ¿Qué es esto para nosotros, para nuestros hombres de guerra? ¿No demostramos ante Jericó lo que somos? ¡Engañosa confianza!, es el orgullo, preludio de la ruina. Olvidaron a Dios, y esta falta de dependencia, esta confianza en sí mismos, frutos de una carne no juzgada, proceden de otro motivo más grave aún: habían quedado vestigios de Jericó, habían despojos del botín, ocultos a los ojos de todos, enterrados en medio de la tienda de un israelita: había anatema.

Notemos, amado lector, que la palabra subrayada en las primeras líneas de nuestro capítulo: “Pero los hijos de Israel cometieron una prevaricación”, nos lleva cuatro veces al borde del abismo donde el hombre ha caído: “Pero la serpiente era astuta”, en el jardín de Edén. “Pero los hijos de Israel cometieron una prevaricación”, en la entrada al país de la promesa. “Pero el rey Salomón amó... a muchas mujeres extranjeras”, en el comienzo del reinado glorioso del hijo de David. “Pero cierto hombre llamado Ananías, con Safira su mujer”, en el principio de la Iglesia (Génesis 3:1; Josué 7:1; 1 Reyes 11:1; Hechos 5:1). ¡Desconcertante fracaso! Sin embargo, gracias a Dios, de una sola persona, de Jesús, la Palabra no formula ninguna excepción.

Sí, un motivo más profundo, una raíz de amargura desconocida, había brotado, y por ella el pueblo estaba contaminado (Hebreos 12:15). Dios había maldecido a la ciudad de Jericó con todo lo que le pertenecía. Nadie se atrevió a tocar algo por temor a convertirse en anatema o hacer anatema al campamento de Israel (cap. 6:18). Solo un hombre había desobedecido. Acán, escuchando la voz de la codicia, le prestó oído, abandonó el camino del temor de Dios, de una verdadera separación de todo lo que estaba bajo maldición, y se apoderó del anatema. Lamentablemente él no ha sido la única víctima de la codicia, también hallamos a Judas Iscariote, Ananías y Safira, etc. Pero, además, ¿quién de nosotros no ha oído esta voz? ¿Quién no ha sentido el vértigo de la tentación? Después de oír al tentador del ser humano, ese hombre siguió la pendiente natural; comenzó por donde todos comenzamos, por donde comenzó el primer hombre: “Vi” (v. 21). “Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer”, dice la Palabra en Génesis 3:6. “Vi entre los despojos”, dijo el culpable. Su corazón siguió el camino que sus ojos le abrieron. No había centinela para velar, ningún ¡Viva el Señor! que pudiera resonar en sus oídos ante el ataque. A través de los ojos, el objeto maldito se apodera del corazón y excita la codicia: “Lo cual codicié”. Y la codicia, después que ha concebido, da a luz el pecado: “y tomé”. El manto babilónico que podía engalantar la soberbia de la vida, la plata y el oro que podían satisfacer todos sus deseos,

fueron la presa de Acán. ¡Ah, o más bien, estos hicieron de él su presa! Cadena fatal y satánica que uniendo el mundo al corazón natural del hombre, lo apresa mediante el objeto codiciado, para hacer de él un miserable esclavo de Satanás.

Observemos ahora cómo el pecado de uno resulta ser el pecado de toda la nación: “Pero los hijos de Israel cometieron una prevaricación... y la ira de Jehová se encendió contra los hijos de Israel... Israel ha pecado... han quebrantado mi pacto... han tomado del anatema... han hurtado, han mentido”. El pueblo habría podido decir: ¿Y qué culpa tenemos nosotros? ¿Podíamos conocer una cosa oculta? Y no teniendo conocimiento de ella, ¿cómo seríamos responsables? A todas estas objeciones, la Palabra tiene una sola respuesta: Dios siempre tiene ante sus ojos la unidad de su pueblo. Considera los individuos como miembros de un solo cuerpo, solidarios los unos con los otros: el sufrimiento, el pecado o el gozo de uno es el sufrimiento, el pecado y el gozo de todos. Si tal era la regla para Israel, con mayor razón lo es también para la Iglesia de Cristo, un cuerpo unido por el Espíritu Santo a Jesucristo, su Cabeza que está en el cielo.

Pero, si Israel hubiese estado en comunión con Dios, el mal oculto entre ellos hubiera sido manifestado sin necesidad de una derrota. El poder del Espíritu Santo, no contristado en una asamblea cristiana, saca a la luz todo lo que deshonra a Cristo entre los suyos. Si no ocurrió así con Israel, era porque había algo que juzgar en el pueblo y en su conductor. El mal oculto de Acán fue el medio de manifestar a su vez el mal escondido en el corazón del pueblo. Cuando una asamblea se halla en una posición espiritual según Dios –aunque siempre solidaria al pecado de uno de sus miembros–, es advertida del mal por el Espíritu Santo, y en consecuencia tiene la obligación de quitarlo de en medio de ella y, según el caso, echar fuera de comunión al que cometió tal pecado. Observemos de paso, como ejemplo de lo que acabamos de decir, con qué poder el mal fue manifestado y juzgado en el caso de Ananías y Safira. La Palabra no dice que el apóstol Pedro conocía el caso, sin embargo, advertido por un elevado “discernimiento” (1 Corintios 12:10), puso el mal a la luz: “¿Por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo?... Al oír Ananías estas palabras, cayó y expiró” (Hechos 5:3-5). El mal fue juzgado de raíz y la congregación no se contaminó. Vemos otro ejemplo en el caso de los corintios: para manifestar el mal que había entre ellos, el Espíritu Santo se valió de los “de Cloé”, y así Pablo fue enterado del estado de la asamblea. El mal fue juzgado, pero ya había contaminado toda la congregación. Sus consecuencias se habían manifestado por la enfermedad y la muerte de muchos entre ellos (1 Corintios 11:30). “¿No sabéis que un poco de levadura leuda toda la masa? Limpiaos, pues, de la vieja levadura, para que seáis nueva masa” (1 Corintios 5:6-7).

En este caso, en Israel, los corazones debían aprender, mediante el castigo, a llevar sobre sí mismos el pecado de uno solo como si fuera el pecado de todos. ¿Permanecería la misma regla en todos los tiempos? Dios no cambia; nueve siglos después de Josué, el profeta Daniel en su oración hizo suyo el pecado de todo el pueblo. El pecado de uno es el pecado de todos; la misma regla rige para la Iglesia. Aunque no pertenezcamos a la «misma congregación», como suele decirse, todos los hijos de Dios formamos una sola familia. Las sectas, las numerosas divisiones y las falsas doctrinas que leudaron la masa, todo esto y mucho más aún, querido lector, testifica la ruina general. ¿Sentimos dolor en nuestro corazón por la miseria en que se halla la cristiandad? En presencia de las ruinas y escombros, ¿tendríamos suficiente confianza en nosotros como para pensar que obramos mejor que los demás? Ahora bien, si nuestros corazones no sienten ningún dolor a causa de esta ruina, si no oramos a Dios por todos los suyos, somos sectarios. ¿Cuál es la posición a adoptar? ¿Nos acomodamos al mal, nos acostumbraremos a él? ¡Imposible! Si en verdad amamos la verdad de Dios y los intereses del Señor, buscaremos en su Palabra cuál es la senda divina en estos tiempos difíciles y ruines en que nos hallamos, y luego la seguiremos.

Tal vez una derrota escandalosa recordará a nuestros corazones la humildad que conviene a los que debieran haber permanecido en Gilgal. Veamos cómo Dios la permite: “Y subieron allá del pueblo como tres mil hombres, los cuales huyeron delante de los de Hai. Y los de Hai mataron de ellos a unos treinta y seis hombres, y los siguieron... y los derrotaron en la bajada; por lo cual el corazón del pueblo desfalleció y vino a ser como agua” (v. 4-5). Estaban aniquilados; les faltaba fuerza y energía. El temor se había apoderado de sus almas de tal manera que el orgullo por su primera victoria estaba al mismo nivel de los amorreos, cuyo corazón había desfallecido al oír llegar a Israel. ¡Triste experiencia, pero cuán necesaria! ¿Y dónde estaba el ángel, el jefe de los ejércitos del Señor? En Gilgal. Israel había olvidado este lugar. A través de las lágrimas de la derrota, el enemigo se encargó de enseñarles cuál era la dosis de fuerza que sus corazones naturales tenían y qué confianza podían tener en la carne. ¡Ah, Israel, si hubieseis permanecido con Dios, habrías sido preservado de una vergonzosa fuga!

Es lo que la experiencia del apóstol Pablo nos muestra de una manera notable. Él había sido arrebatado victoriosamente hasta el tercer cielo, al paraíso mismo; allá había escuchado “palabras inefables que no le es dado al hombre expresar” (2 Corintios 12:4). Pero, cuando descendió otra vez a la tierra, para que no se enalteciera a causa de tal privilegio, le fue dado un aguijón en la carne, un mensajero de Satanás para abofetearlo. Aunque era apóstol, en él estaba el “viejo hombre”; por eso Dios previno a su amado siervo e impidió que se enorgulleciera. El peligro era real.

¡Cuántas lisonjas le hubiese murmurado Satanás! Hubiera escuchado a la carne, jactándose de las maravillas de esta visión y comprometiendo así no solamente su paz, sino también su apostolado y su carrera misma. Dios tuvo cuidado de su siervo y le dio el correctivo necesario para que el curso de sus victorias no fuera interrumpido. Tres veces el apóstol pidió que le fuese quitado, pero Dios le respondió con amor y sabiduría:

Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad



(2 Corintios 12:9).

¡Quédate en Gilgal, ese es precisamente el lugar que necesitas! Así el poder será enteramente mío y te daré la victoria. Posición de sufrimiento y humillación para Pablo, pero de gran bendición, comunión constante con el Señor y secreto de la victoria. “A los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien” (Romanos 8:28), incluso un mensajero de Satanás. El camino fue distinto para Pedro. Este, a través de una penosa caída y amargas lágrimas de arrepentimiento, tuvo que aprender lo que valía su carne.

Y Josué, el jefe de los ejércitos, el varón de Dios, ¿qué hizo? ¡Ah, estaba aniquilado! Rompió sus vestidos y se postró rostro en tierra delante del arca del Señor (v. 6). ¿Dónde había estado el arca durante el combate contra Hai, esta arca ante la cual habían caído los muros de Jericó? También había sido olvidada. El corazón piadoso de Josué reconoció, pues, su valor y se postró en tierra ante su presencia; no sabía qué hacer. Ignoraba el anatema escondido en el campamento, y prorrumpió en lamentos: “¡Ah, Señor Jehová! ¿Por qué hiciste pasar a este pueblo el Jordán, para entregarnos en las manos de los amorreos, para que nos destruyan?... ¡Ay, Señor!” (v. 7-8). No se lamentaba por lo que él había hecho, ni por lo que había hecho el pueblo, sino, ¡ah, tristemente se lamentaba por lo que Dios mismo había hecho haciéndolos pasar el Jordán! Algo parecido a lo que Adán dijo: “La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí” (Génesis 3:12). ¡Qué retroceso! “¡Ojalá nos hubiéramos quedado al otro lado del Jordán!”, dice Josué. ¡Qué bien ilustran estas palabras lo que es el corazón del hombre! Canaán, la tierra prometida, era el único lugar que Josué hubiese querido evitar. El tono de su demanda manifiesta debilidad. Pero muestra que lo que ocupa sus pensamientos es ante todo Israel, la fama del pueblo, luego los cananeos y el mundo. “Israel ha vuelto la espalda delante de sus enemigos... los cananeos y todos los moradores de la tierra oirán, y nos rodearán, y borrarán nuestro nombre de sobre la tierra”. Solo al final de sus lamentos, Josué agregó: “¿Qué harás tú a tu grande nombre?” (v. 8-9).

¡Cuán distinto es el ejemplo que nos ofrece Moisés, el maestro de quien había aprendido Josué! Había estado en el monte de Dios. Esta proximidad hizo que Aquel que todo lo ve le revelara el pecado que había cometido Israel, adorando el becerro de oro. ¿Cuál fue la reacción de Moisés? ¿Pensó en la fama de Israel? No; pensó en la ofensa cometida contra el santo nombre del Señor y lo que concierne a su gloria. Moisés proclamó los derechos de la santidad de Dios menospreciada por Israel. En cuanto a las naciones, preguntó a Dios si la destrucción de su pueblo lo glorificaría ante los egipcios. Recordó a Dios la elección de Abraham, Isaac e Israel, de su juramento a sus siervos, una de las armas más poderosas de la intercesión; solo en ese momento abogó a favor de los culpables, haciendo un llamado a la gracia de Dios, única cosa que podía glorificar el nombre del Señor en presencia del Israel culpable. Moisés intercedió a favor del pueblo, porque él no necesitaba, como Josué, hallar para sí mismo la comunión perdida. E inmediatamente fue escuchado: “Entonces Jehová se arrepintió del mal que dijo que había de hacer a su pueblo” (Éxodo 32:11-14). Josué, por el contrario, estaba precisamente en la posición que no debía estar:

Levántate; ¿por qué te postras así sobre tu rostro? (v. 10).

“

Humillarse por la derrota no bastaba, ya era tiempo de obrar. En Jueces 20 hallamos lo contrario, en circunstancias similares: en lugar de obrar, Israel tenía que humillarse. Pero tuvo que aprenderlo a través de tremendas derrotas (Jueces 20:19-26). ¡Miserable carne, cuánto desorden introduce en las cosas de Dios! ¡Siempre está fuera del curso de los pensamientos divinos, cuando no se halla en abierta hostilidad contra Dios! Que podamos decir como el apóstol:

No teniendo confianza en la carne

“

(Filipenses 3:3).

Josué debía actuar; era necesario que el mal fuese quitado de en medio de la congregación.

Los hijos de Israel habían olvidado pronto la presencia del único que podía esclarecerlos, descubriendo el pecado. El mismo Josué se hallaba incapacitado; en cierta medida había caído en la trampa de Satanás, estaba envuelto en la debilidad del pueblo. Si hubiera realizado personalmente la actitud tomada en el capítulo 5, cuando quitó “el calzado de sus pies” en presencia del Ángel, habría comprendido que era imprescindible andar en santidad, a fin de que el Dios santo pudiera marchar con el pueblo. Pero Josué se postró sobre su rostro, hizo casi un reproche a Dios: “¿Por qué hiciste pasar a este pueblo el Jordán?”, y olvidó hablar de su santidad. No esta-

ba, al menos por el momento, en la corriente de los pensamientos de Dios. ¡Qué revelación para Josué cuando se enteró de que Israel había pecado, que había quebrantado el pacto del Señor, que había tomado del anatema, que había hurtado y mentido! ¡Qué motivo de humillación! Entonces el Señor les impartió las instrucciones necesarias: “Santifica al pueblo... santificaos para mañana” (v. 13). Esto significa separarse de todo mal delante de Dios, para luego pasar bajo su ojo divino y escudriñador. No “estaré más con vosotros, si no destruyereis el anatema de en medio de vosotros... Os acercaréis, pues, mañana por vuestras tribus; y la tribu que Jehová tomare, se acercará por sus familias” (v. 12-14). ¡Pensamiento solemne! La conciencia de cada uno debía ser despertada y el “yo” juzgado! Momento solemne a la vez, cada uno debía tomar su lugar en presencia del juicio divino. “Seré yo... Seré yo”, preguntaron los discípulos al Señor Jesús (Marcos 14:19).

Querido lector, la santidad práctica, la que Josué había olvidado, es una de las verdades más importantes de nuestra vida cristiana en el tiempo actual. Tiene como objetivo una comunión real con el Santo y Verdadero, dos nombres que toma el Señor Jesús al presentarse a la asamblea de Filadelfia, y que se relacionan con la santidad colectiva. Si el capítulo 5 de nuestro libro nos presenta las circunstancias necesarias para llegar a la santidad individual práctica, el capítulo 7 nos muestra el camino que nos conduce a la santidad colectiva, la del pueblo de Dios. Era necesario que cada tribu, cada casa e individuo pasara ante el ojo escudriñador de Dios; la prueba era indispensable. El pueblo debía quitar el mal introducido en el seno de la congregación, a fin de no contaminarse y llevar el carácter de anatema él mismo. ¡Sería lección, pero difícil de aprender! No es fácil encontrar entre los amados hijos de Dios la comprensión de estos dos aspectos de la santidad práctica: la individual y la colectiva. La mayor parte del tiempo los cristianos buscan la primera, la santidad individual, pero dejan de lado la segunda, la de la asamblea de Dios. Sin embargo, la Palabra hace resaltar la importancia de ambas. A través de un ejemplo quiero mostrar que la santidad individual no es plenamente comprendida si no realizamos la santidad colectiva: Mi hijo es de un carácter irreprochable. Todo el mundo habla bien de él y de sus virtudes; no se embriaga; es muy estimado en la ciudad; todos me dicen: ¡Qué buen hijo tiene usted! Pero este joven pasa todas las tardes en el cabaret, en compañía de ebrios, en vez de quedarse en casa de su padre y sentarse a la mesa con su familia. ¿Puedo llamarlo un buen hijo?

En 2 Corintios 6:16 a 7:1 vemos el enlace íntimo entre estas dos faces de la santidad. El Espíritu de Dios comienza por la santidad colectiva: “Vosotros sois el templo del Dios viviente” (v.16). “Porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es” (1 Corintios 3:17). Esta es la santidad

colectiva, pero sigue mencionando la santidad individual y la responsabilidad de cada individuo en su aspecto práctico: “Por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso. Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios”. La santidad individual es inseparable de la santidad colectiva y de las promesas que le han sido hechas. Este aspecto individual de la santidad es aun más subrayado en el conocido texto :

“ El fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos; y: Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo.
(2 Timoteo 2:19).

En la iglesia de Corinto la humillación había sido producida por el dolor de haber ofendido la santidad de Dios, originando también la debida actividad y celo para purificarse del mal, de modo que la verdadera humillación fue acompañada con la acción: “Porque he aquí, esto mismo de que hayáis sido contristados según Dios, ¡qué solicitud produjo en vosotros, qué defensa, qué indignación, qué temor, qué ardiente afecto, qué celo, y qué vindicación!” (2 Corintios 7:11). Todos pasaron bajo el ojo escudriñador de Dios. Tal es la santidad colectiva, fruto del ejercicio práctico de la santidad individual. Pero aquélla no es comprendida entre los hijos de Dios que pretenden seguir su camino sin preocuparse por los demás cristianos. La solidaridad del pueblo de Dios es una cosa desconocida para ellos. Con frecuencia se oye decir: ¡Oh, yo no me preocupo por los demás, me encuentro solo con Dios, tomo la cena para mí! Pero no es así como Dios nos considera. Él nos ve a todos en conjunto como formando un solo cuerpo, unidos por el Espíritu Santo a Cristo la Cabeza glorificada en los cielos. El pecado y el sufrimiento de un miembro del cuerpo es el pecado y el sufrimiento de todos. «Yo tomo la cena para mí», dicen algunos. Pero, ¿qué dice la Escritura sobre este punto? “Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan” (1 Corintios 10:17) ¿Cuáles son los “muchos” con quienes declaramos ser un solo cuerpo? Y para excusar la alianza con el mundo a la mesa del Señor, dicen que toman la cena para ellos solos, y no ven que profesan ser un solo cuerpo con el mundo homicida que crucificó a nuestro Señor.

Observemos otro punto: Dios dice: “Santificaos para mañana” (v.13). No es, pues, en el momento de presentarse ante él que hay que santificarse; somos llamados a hacerlo de antemano. ¿De dónde proviene nuestra reiterada incapacidad para juzgar el mal y obrar según la voluntad de Dios? De no habernos santificado desde el día anterior. ¿Por qué a menudo, en el culto, los corazones están fríos y los labios mudos para alabar al Señor? Porque no hemos obedecido el principio divino: “Santificaos para mañana”. En 1 Corintios se repite lo mismo: “Limpiaos, pues, de la vieja levadura, para que seáis nueva masa, sin levadura como sois”. “Quitad, pues, a ese perverso de entre vosotros” (cap. 5:7, 13). Acán había participado de lo que estaba bajo la maldición divina, por lo tanto debía ser quitado: “Entonces Josué, y todo Israel con él, tomaron a Acán hijo de Zera, el dinero, el manto, el lingote de oro, sus hijos, sus hijas... y todo cuanto tenía, y lo llevaron todo al valle de Acor. Y le dijo Josué: ¿Por qué nos has turbado? Túrbete Jehová en este día. Y todos los israelitas los apedrearon, y los quemaron después de apedrearlos. Y levantaron sobre él un gran montón de piedras, que permanece hasta hoy” (v. 24-26). Pero aquí no termina la historia de este lugar; no pensemos que el resto del pueblo fue mejor que el miserable Acán. Demasiado a menudo el manto babilónico, la plata y el lingote de oro satisficieron sus concupiscencias y sirvieron para su idolatría. A lo largo de su historia Israel demostró su incapacidad para separarse del anatema. El colmo de su maldad llegó cuando crucificó al Hijo de Dios. Después apedreó al santo que se había apartado del mal: Esteban. ¡Monstruosa aberración de un pueblo trastornado!

Pero, cosa maravillosa, en Oseas 2:15 leemos una palabra consoladora concerniente a Israel: “Y le daré... el valle de Acor por puerta de esperanza”. Amados lectores, siempre es así; la bendición nos es dada en el mismo lugar donde el juicio fue efectuado, en la cruz, allí donde el alma se encuentra con sus pecados y con su Salvador sufriendo el castigo en su lugar; allí encuentra la puerta de salvación. Es también en la disciplina donde el creyente caído halla lugar al perdón y la restauración. “Mi pecado te declaré, y no encubrí mi iniquidad”, exclamó David haciendo las mismas experiencias. “Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová; y tú perdonaste la maldad de mi pecado”. Después de la confesión y restauración, puede haber gozo: “Alegraos en Jehová y gozaos, justos” (Salmo 32:5-11). En el mismo lugar donde el juicio fue efectuado, junto con la puerta de esperanza, el Señor dará a Israel sus viñas, “y allí cantará como en los tiempos de su juventud, y como en el día de su subida de la tierra de Egipto”. Allí también Josué encontró la restauración de su alma y la fuerza para marchar con Dios y conducir al pueblo a la victoria.

Capítulo 8

Medios y procedimientos para la restauración

El malo acababa de ser quitado de la asamblea de Israel. Pero, por la presencia del mal en medio de ellos, Dios les había hecho descubrir su confianza en sí mismos. Con frecuencia casos similares se presentan cuando una asamblea se siente satisfecha de sí misma. Se jacta de su estado, de sus bendiciones, crecimiento, etc. Así sucedió con Israel. El pueblo confió, no en Dios, sino en una victoria pasada, lo cual lo condujo al camino de la derrota. Esta experiencia adquirida, el juicio de sí mismo y la santificación práctica a la que acabamos de asistir, aún no significan la restauración del alma y la recuperación del terreno perdido. Además es imprescindible que la comunión con Dios, interrumpida por el pecado, sea restablecida.

Aquí deseamos hacer una observación muy importante. En el capítulo seis Dios manifestó ante Jericó su poder a Israel por medio de la victoria sobre el enemigo. Pero ocurrió que el pueblo no conocía realmente a Dios y tampoco se conocía a sí mismo. A menudo sucede lo mismo con los cristianos. El poder de Dios se manifiesta en nuestra vida, gozamos de él y de las victorias que nos trae; pero poco nos conocemos a nosotros mismos y menos a nuestro Dios. Sin embargo Josué, como el creyente en la lucha, debió haber conocido al Señor, pues había tenido un encuentro personal con el Ángel, y se había descalzado ante él, expresión de la santidad requerida para lanzarse a la lucha en comunión con Dios. El Jefe del ejército del Señor se le había revelado con la espada de Dios desenvainada en su mano, expresión del poder divino, pronta para combatir a favor de Israel. Luego, en compañía del pueblo, Josué había visto obrar este poder ante Jericó. Pero era necesario que la conciencia de Josué entrara de una manera práctica en relación con la santidad divina; todavía no tenía idea de lo que esta santidad exigía al pueblo para seguir avanzando. ¿A menudo no sucede lo mismo con el cristiano? Es salvo, posee la vida eterna, el perdón de sus pecados, pero aún desconoce las exigencias de Dios en el camino de la santidad como en el de su amor, lo que se aprende con la experiencia.

La ira de Dios tuvo que encenderse contra Israel y su conductor a fin de que aprendieran que él no puede tolerar el pecado. Sin embargo, preguntémosnos: ¿la cólera de Dios es el único medio para aprender esa lección? No, permaneciendo en Gilgal se permanece en comunión con Dios. Por otra parte, pudiera parecer que, cuando uno ha pasado una vez por Gilgal, debe haber terminado con el yo. Mas, no es pasando solamente, sino permaneciendo allí, que se termina con la carne y se adquiere la sensibilidad espiritual para saber lo que conviene a la santidad divina. Aun cuando Dios había tomado mil cuidados para mostrar a Israel que la victoria sobre Jericó

no provenía del pueblo, sino de Dios, su autosuficiencia pronto se los hizo olvidar. El resultado de esa jactancia fue la derrota, el retroceso y el dolor. Y cuando volvieron a tomar la ofensiva, se encontraron con un sin fin de obstáculos. Sin embargo, era necesario que Israel siguiera un camino penoso, lleno de complicaciones, un camino que mostrara claramente ante sus ojos su propia debilidad, manifestada ya a ojos del enemigo a través de su primer fracaso. Era necesario que volvieran atrás, estaban obligados a comenzar de nuevo y así hacer la experiencia de lo que cuesta confiar en la carne; pero esta vez la harían en compañía de la gracia de Dios en vez de hacerla como la anterior, con Satanás.

Notemos en este capítulo ocho cómo todo se complica cuando se ha seguido a la carne. ¡Cuán distinto había sido el camino siguiendo a Dios en torno a Jericó! El alma humillada se encuentra con Dios y Dios puede marchar con ella. No obstante, las consecuencias de caminar en la carne se hacen sentir, y de ellas Dios se sirve para dar la bendición final, la que se hubiera podido obtener siguiendo el sendero de Dios. Aquí el camino no tiene la sencillez del sendero primitivo de la fe, cuando se seguía el orden de Dios en una humilde dependencia de su Palabra, obteniendo la victoria. Frente a Hai, el mismo poder divino que había hecho caer los muros de la ciudad maldita estaba a favor de los combatientes; este poder no había cambiado. Pero el ejército de Israel tuvo que realizar maniobras: se separó en dos cuerpos; cinco mil hombres se pusieron en emboscada y el resto del pueblo atrajo a los defensores de la ciudad enemiga fuera de sus muros. En torno a Jericó la unidad de Israel se había mostrado como una realidad en la práctica, acompañando el arca de Dios como un solo hombre.

En el capítulo 7 los espías habían dicho en sus informes sobre Hai: Son pocos; “suban como dos mil o tres mil hombres” (v. 3). Aquí era necesario que treinta mil hombres valientes –diez veces más– subiesen contra la ciudad. ¡Qué humillación para Israel! ¡Cómo rebajaba todo esto su dignidad! Además era necesario subir de noche; unos debían ocultarse, los otros debían fingir la derrota ante sus enemigos. ¿Cómo enorgullecerse de esto?

Pero, alguien podría decir: Ustedes han mostrado que en Jericó no era cuestión de medios humanos, mientras que aquí, ¡cuántas estrategias para vencer a unos pocos hombres! Respondemos: Si Dios considera necesario emplear medios que pongan de manifiesto la incapacidad humana, que impriman al hombre el sello de su entera debilidad, que lo humillen de modo que no encuentre otro recurso que el de huir delante del enemigo, ¡en hora buena! En realidad, querido lector, no fueron más en Hai que en Jericó los medios humanos que dieron la victoria. La diferencia estuvo en que frente a Jericó Dios dio órdenes a fin de que su pueblo conociera el poder

divino que le abría el camino; mientras que en Hai Dios ordenó todos estos movimientos para que Israel aprendiera a conocer su propia debilidad. Lección muy distinta por cierto, pero en uno como en otro caso el poder divino no ha cambiado. Fue él quien ante Hai dio la victoria, como la había proporcionado ante Jericó. Josué no subió contra Hai la primera vez –detalle importante– mas aquí dirigía personalmente las operaciones. Sin embargo, necesitaba esforzarse en su Dios: “No temas ni desmayes” (v. 1). Y el Señor le dio la misma seguridad dada a la fe frente a Jericó: “Levántate y sube a Hai. Mira, yo he entregado en tu mano al rey de Hai, a su pueblo, a su ciudad y a su tierra”. Bajo la orden del Señor,

Josué extendió hacia la ciudad la lanza que en su mano tenía (v.18).

“

Y

“

No retiró su mano que había extendido con la lanza, hasta que hubo destruido por completo a todos los moradores de Hai (v. 26);

su lanza permaneció extendida a lo largo de todo el combate. Josué e Israel realizaron su unidad. ¡Ojalá nosotros la experimentáramos más plenamente con nuestro divino Josué!

A menudo se oye decir: ¡Qué importan las divisiones! ¿No tenemos todos el mismo fin? ¿No combatimos todos por el mismo Señor? Aunque bajo banderas y nombres distintos, ¿no predicamos el mismo Evangelio? Mas preguntamos: ¿Es esto lo que nos enseñan las verdades que venimos meditando? No, por cierto. Una gran realidad predomina aquí: Israel era un solo pueblo, uno en su victoria (Jericó), uno en su falta (el anatema), uno en su derrota (Hai), uno en el juicio contra el mal (Acor), uno en su restauración. Actualmente el pueblo de Dios está dispersado, dividido, y se contenta con decir: ¿Qué importa esto? Queridos hermanos, ¿entonces para qué murió Cristo? ¿No fue

Para congregar en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos?
(Juan 11:52).

“

¿Acaso Dios los ha dispersado después de haberlos reunido? No, es el lobo quien dispersa las ovejas (Juan 10:12). Después de haber pagado un precio tan grande para reunir en uno a sus rescatados, ¿todavía nos atrevemos a decir: qué importan nuestras divisiones?

Es bueno dejar en claro que la diversidad no es división. Aquí ella se manifiesta en la unidad, y es precisamente lo que notamos en las últimas operaciones contra Hai, lo mismo que se había manifestado en el séquito que acompañaba el arca en torno a Jericó: gente armada, sacerdotes, el pueblo, etc. La emboscada tomó a la ciudad y le prendió fuego. Los veinticinco mil hombres huyeron delante del enemigo y luego, advertidos por el humo que subía de la ciudad, se volvieron contra él. En el momento en que combatían, la emboscada que había incendiado a la ciudad salió para tomar parte en la batalla (v. 22). Luego todos juntos tomaron a Hai y la hirieron a filo de espada. Había, pues, diversidad en la operación y en el servicio, pero era una acción en común. Los ejércitos eran uno bajo el mando que los dirigía: Josué con su lanza extendida. Solo así, teniendo en cuenta esta unidad, obtuvieron la victoria.

1 Corintios 12 nos muestra la diversidad de los dones espirituales y la variedad en los ministerios en la Iglesia, todos ligados entre sí por el vínculo de un solo cuerpo: “Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Y hay diversidad de operaciones, pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo... Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros (esto es la diversidad en la unidad), pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo (la unidad en la diversidad), así también Cristo” (v. 4-12). Estamos unidos en un solo cuerpo, el de Cristo, sin embargo cada hijo de Dios tiene su función y su tarea, la cual nadie más puede llenar sino él. A cada uno nos ha sido confiado un servicio distinto; yo no puedo hacer el suyo, querido lector, ni usted puede hacer el mío.

Israel volvió a encontrar la comunión con Dios. En toda la escena desarrollada en torno a Hai, la presencia de Josué caracterizó de una manera bendita la actividad del pueblo. Si se trataba de entrar en la guerra: “Se levantaron Josué y toda la gente de guerra” (v. 3). Si se trataba de los preparativos para el combate: “Josué se quedó aquella noche en medio del pueblo” (v. 9). Si era cuestión de ponerse en marcha: “Josué avanzó aquella noche hasta la mitad del valle” (v. 13). Si de atraer al enemigo se trataba: “Josué y todo Israel se fingieron vencidos y huyeron delante de ellos por el camino del desierto” (v. 15). Si era cuestión de herir al enemigo:

Josué y todo Israel... atacaron a los de Hai (v. 21).

“

Finalmente, si de ganar la victoria definitiva se trataba: “Josué no retiró su mano... hasta que hubo destruido por completo a todos los moradores de Hai”. ¡Ojalá siguiéramos al Señor con la misma humildad en la lucha espiritual en que él nos ha colocado!

La derrota de Hai tuvo por resultado enseñar a los israelitas a conocer mejor su propio corazón y, a la vez, el carácter del Dios que los conducía. Antes de considerar los resultados prácticos de esta lección que Dios dio a su pueblo, disciplinándolo, deseamos hacer un paralelo entre los capítulos 7 y 8 de Josué, y 20 y 21 de los Jueces. Solo unos cincuenta años distan los acontecimientos relatados en ellos. A partir del capítulo 17, el libro de los Jueces no sigue el orden cronológico de los acontecimientos. Más bien nos ofrece un cuadro moral de la situación reinante en Israel antes de que Dios suscitara los jueces, un cuadro de la historia de Israel inmediatamente después de la muerte de Josué. La decadencia moral en este periodo fue tan rápida como completa: idolatría y corrupción reinaban por todas partes. El comienzo y el fin de los capítulos que relatan los acontecimientos son marcados por idénticas palabras: “En estos días no había rey en Israel; cada uno hacía lo que bien le parecía”. No había ninguna dependencia de Dios, de su Palabra: la medida del bien y del mal era la conciencia del hombre. Cada uno se conducía según su propio modo de ver.

Este cuadro moral, ¿difiere mucho del que nos ofrece la cristiandad actual? ¿Qué sucedió después de la muerte de los apóstoles? El declive no ha sido menos rápido y completo; después de abandonar el primer amor, y tras las primeras persecuciones permitidas por el Señor para hacer volver a la Iglesia al nivel del cual había caído, los principios perversos de la idolatría junto con la corrupción moral, sin hablar del abandono de la verdad, invadieron la cristiandad. Después de apartarse de los principios corrompidos del papismo, la cristiandad protestante esclarecida propuso más bien la conciencia de cada cual como guía, en lugar de obedecer la Palabra de Dios. Si pretendemos tener la libertad para interpretar la Biblia, en vez de someternos a ella con la sencillez de la interpretación que da el Espíritu Santo, respetando la unidad de la misma, ¿cuál es el resultado? El desmoronamiento en infinidad de sectas y la confusión absoluta que hoy observamos: cada uno sigue su propia interpretación.

Es el cuadro que nos ofrece, en figura, el final del libro de los Jueces. Una maldad horrible había sido cometida en Gabaa, ciudad de la tribu de Benjamín. Ya no era el anatema oculto de Acán, sino una vileza cometida a los ojos de Dios y de los hombres: el capítulo 19 refiere todos los detalles. El desgraciado levita publicó él mismo su oprobio; no quedó una sola tribu de Israel que no se enterara del hecho (Jueces 19:29). ¿Qué haría el pueblo? ¿Pensaría en Dios, el único que lo

podría guiar? No; pero como en el caso de Acán, Dios se sirvió del pecado de Gabaa para poner a descubierto el estado moral de Israel, para humillarlo y despertar en él la conciencia de lo que es debido a Dios. Solamente que aquí el estado moral de las tribus era mucho más grave que en Hai. Se indignaron por la abominación cometida contra ellos, mas no tuvieron el menor pensamiento en cuanto al agravio hecho a Dios; la gloria divina amancillada estaba absolutamente ausente de su espíritu. Hablaban de la infamia y crimen cometido en Israel, de la maldad “hecha” por los de la tribu de Benjamín, pero no se hace la menor alusión a la deshonra hecha al nombre del Señor. ¡Cómo comprueba esto el precipicio moral en que habían caído! ¡Y qué diferencia con la exhortación del sacerdote Finees a las dos tribus y media, años antes: “¿Qué transgresión es esta con que prevaricáis contra el Dios de Israel?” (Josué 22:16).

A este primer síntoma de decadencia sigue un segundo. Habían abandonado lo que podríamos llamar el primer amor. El Señor no estaba más ante sus ojos, el afecto hacia él había menguado, y en consecuencia también había disminuido el amor por lo que había nacido de él. Olvidaron que Benjamín era su hermano. “¿Quién subirá de nosotros el primero en la guerra contra los hijos de Benjamín?” (Jueces 20:18). Y estos, por su parte, “no quisieron oír la voz de sus hermanos” (v. 13). Un tercer síntoma es el olvido de la unidad del pueblo. Notemos que las once tribus formaban en apariencia una unidad magnífica. Era casi tan hermosa como cuando Israel se purificó de Acán y fue restaurado delante de Hai. ¡Ah, pero esta no era la unidad de Dios! El pueblo se había reunido como “un solo hombre” (v. 1), se había levantado “como un solo hombre” (v. 8), “ligados como un solo hombre” contra Gabaa (v. 11), pero Benjamín faltaba en la unidad de Israel, y Dios solo reconocía una unidad. Queridos lectores, estos años de decadencia se ligan unos a otros. Vemos el olvido de la presencia de Dios, el abandono del primer amor, el menosprecio a la unidad del cuerpo de Cristo, a pesar de las apariencias.

¿Acaso Benjamín no era culpable? Sí, era infinitamente culpable. Desde el principio vemos en él la decisión de no juzgar el mal. Advertido de un crimen patente, tanto como las otras tribus, y sabiendo que la congregación de Israel estaba en camino de juzgar el mal, aunque quería purificarse en un espíritu carnal, se rehusó a juzgar el mal. Negó la unidad de Israel estableciendo la independencia, y lejos de purificarse del crimen de Gabaa, se asoció con el inútil y miserable simulacro de hacer una diferencia (Jueces 20:15). Benjamín debía ser juzgado, pero el estado moral de todo el pueblo de Israel era tan malo que hacía imposible el juicio según Dios, y era necesario que él mismo pasara por la criba antes de poder purificarse realmente del crimen de Gabaa. ¿Qué debía haber hecho Israel, si hubiera tenido un sentido recto de las cosas? Primero humi-

llarse en la presencia de Dios, consultarle, y después obrar. Pero, en lugar de esto, ¿qué hicieron? Comenzaron por consultarse entre sí, pobre resultado del olvido de la presencia de Dios. Tomaron medidas y decidieron muy religiosamente quitar el mal de en medio de Israel, olvidando que ellos estaban contaminados por el mismo mal. Después de haber tomado todas las medidas y disposiciones para la guerra, solo después, “subieron a la casa de Dios y consultaron a Dios”. Este es el camino hacia la caída, el espíritu y los factores que conducen a la derrota, y los que más se encuentran en la cristiandad actual. Nos proponemos un remedio que parece ser muy bueno, trazamos planes, arreglamos las cosas, y solo al final nos acordamos de consultar a Dios pidiéndole que nos ayude en nuestros propósitos.

El resultado de tan equivocados procedimientos fue el lamentable balance de la primera jornada. “Derribaron por tierra aquel día veintidós mil hombres de los hijos de Israel”. Los que querían quitar el mal fueron vencidos. Al pueblo le costó caro meterse en asuntos ajenos; parecían mejores que los demás, querían aparentar santidad, y pagaron las consecuencias. ¡Ah, bien hecho!, son las expresiones que, ante la disciplina de Dios, a menudo se oyen en las congregaciones de los santos. Entonces “los hijos de Israel subieron y lloraron delante de Jehová”. ¿Quién había llorado antes de la batalla? Ya no era una indignación carnal la que llenaba sus corazones, sino el dolor, un dolor de conciencia. El amor fraternal perdido y el espíritu de solidaridad se despertaron, los malvados eran sus hermanos. Luego preguntaron a Dios: “¿Volveremos a pelear con los hijos de Benjamín nuestros hermanos?”. Este es el primer fruto de una derrota. Después de haber recibido una orden formal de Dios, nuevamente salieron a la batalla y perdieron dieciocho mil hombres más. ¿Por qué esta segunda derrota? Dios, en su bondad, quería producir en ellos una obra más profunda con un resultado completo. El dolor y la proclamación de los vínculos fraternales olvidados no eran todo. Se requería un enjuiciamiento completo de sí mismo, el arrepentimiento ante Dios; era necesario remontar el camino del declive hasta encontrar la presencia de Dios y su comunión perdida. “Entonces subieron todos los hijos de Israel, y todo el pueblo, y vinieron a la casa de Dios; y lloraron, y se sentaron allí en presencia de Jehová, y ayunaron aquel día hasta la noche; y ofrecieron holocaustos y ofrendas de paz delante de Jehová” (v. 26). Además volvieron a encontrar el arca del pacto de Dios y el servicio sacerdotal representado por Finees hijo de Eleazar, hijo de Aarón. Allí preguntaron: ¿Volveremos aún a salir contra los hijos de Benjamín nuestros hermanos? El amor fraternal, el dolor profundo, el arrepentimiento y la confianza en la presencia de Dios estaban recuperados.

A partir de este momento vemos desarrollarse una escena que ofrece gran analogía con la de Hai. Fue necesario que Israel pusiera una emboscada contra Gabaa (v. 29), que huyera delante de los rebeldes (v. 32), que treinta hombres fueran añadidos a sus bajas, que el fuego subiera de Gabaa para servirles de señal. Así, enteramente juzgado y la comunión con Dios restaurada, Israel pudo realizar el penoso deber de juzgar al profano Benjamín. Pero, ¡cuántos sollozos y lágrimas después de la victoria! (cap. 21:2). ¡Cuán diferente es esta escena de la de Jericó, donde todo el pueblo “gritó con gran vocerío, y el muro se derrumbó”! (Josué 6:20). Aquí se trataba de sus hermanos, de una tribu hermana casi aniquilada por el juicio. Mas a pesar de esto, Dios en su gracia y en medio de muchas complicaciones causadas por la premura carnal de las primeras decisiones tomadas por Israel, restauró lo que había quedado de Benjamín.

Hubo un bando en la congregación de Israel que fue tratado con mayor rigor por el pueblo restaurado que lo que lo fue el mismo Benjamín. Jabes de Galaad no “había venido al campamento, a la reunión” (cap. 21:8). Era una indiferencia altamente evidenciada, una neutralidad que no tenía en cuenta el mal, siendo peor aún que la cólera carnal con la cual Benjamín se había alzado contra sus hermanos. Esta neutralidad frente al mal, tan a menudo manifiesta entre los cristianos, tuvo por consecuencia el exterminio de Jabes.

Resultados de la disciplina

Volvamos a Josué. Israel acababa de aprender, a través de la humillación, que no podía tener ninguna confianza en sí mismo. Esta experiencia produjo inmediatamente sus frutos. ¡Que en lo sucesivo sea la Palabra de Dios quien dirija al pueblo! Para evitar nuevas caídas, solo tenían que confiar en esa guía tan infalible como segura. Los versículos 27-35 nos muestran al pueblo y a su jefe obedeciendo el mandato de Dios: hicieron “conforme a la palabra de Jehová que le había mandado a Josué... como Moisés siervo de Jehová lo había mandado a los hijos de Israel, como está escrito en el libro de la ley de Moisés... de la manera que Moisés, siervo de Jehová, lo había mandado... No hubo palabra alguna de todo cuanto mandó Moisés, que Josué no hiciese leer delante de toda la congregación de Israel, y de las mujeres, de los niños, y de los extranjeros que moraban entre ellos”.

Además, la humillación tuvo por efecto recordar al corazón de Israel y de Josué, su conductor, las prescripciones contenidas en Deuteronomio 21. “Si alguno hubiere cometido un crimen digno de muerte, y lo hiciereis morir, y lo colgareis en un madero, no dejareis que su cuerpo pase la noche sobre el madero” (v. 22-23). El suplicio del rey de Hai muestra que la conducta de Josué estaba

en conformidad con la Palabra de Dios. “Y cuando el sol se puso, mandó Josué que quitasen del madero su cuerpo, y lo echasen a la puerta de la ciudad” (Josué 8:29). Para el hombre, este detalle podría parecer sin importancia, pero un corazón nutrido de la Palabra no puede descuidarlo. Una desobediencia a este respecto habría llevado a Josué a cometer la misma falta que había acarreado tan severo castigo sobre el pueblo. No hubiera tenido en cuenta la santidad de Dios, tal como lo podemos ver por la ordenanza misma: “No dejareis que su cuerpo pase la noche sobre el madero... porque maldito por Dios es el colgado; y no contaminarás tu tierra que Jehová tu Dios te da por heredad” (Deuteronomio 21:23). Además: “No contaminéis, pues, la tierra donde habitáis, en medio de la cual yo habito; porque yo Jehová habito en medio de los hijos de Israel”. En otras palabras, el Dios santo no podía morar junto con la mancha del pecado. ¡Lección bendita enseñada a Josué desde un principio por el Jefe del ejército ante Jericó, aprendida en medio de lágrimas en el valle de Acor y libremente realizada el día de la victoria por una conciencia ejercitada en la escuela de Dios.

El juicio sobre el rey de Hai nos presenta aún otra lección. Con razón Deuteronomio 21:18-23 enlaza sin interrupción los dos hechos contenidos en los capítulos 7 y 8 de Josué, a saber, la destrucción del malo y el enjuiciamiento del enemigo. Prácticamente siempre es así. Es necesario que la asamblea quite el mal que hay en medio de ella antes de poder combatir y obtener la victoria sobre el enemigo que está fuera. Si el mal es tolerado en una asamblea de creyentes, estos jamás hallarán la decisión y firmeza para tratar al enemigo sin transigencia, como a un enemigo, poniéndolo en el único lugar que Dios le asignó, del cual está escrito:

Maldito todo el que es colgado en un madero
“ (Deuteronomio 21:23; Gálatas 3:13).

Otra coincidencia en estos versículos de Josué también nos llama la atención: la horca en que fue colgado el rey de Hai era el lugar del juicio y de la maldición del enemigo de Israel. Pero he aquí el mismo Israel obligado a mantenerse en el monte Ebal, donde la maldición de Dios era pronunciada contra él. “Y mandó Moisés al pueblo en aquel día, diciendo: Cuando hayas pasado el Jordán, estos estarán sobre el monte Gerizim para bendecir al pueblo... Y estos estarán sobre el monte Ebal para pronunciar la maldición... Y hablarán los levitas, y dirán a todo varón de Israel en alta voz: Maldito el hombre...”. Doce veces se repite la misma palabra (Deuteronomio 27:11-26). Esta conclusión terrible de la ley, a la que Israel no podía escapar y bajo la cual se había colocado voluntariamente, Dios la redujo a nada por la cruz de Cristo. La maldición pronunciada en Ebal contra el hombre responsable y a la vez culpable fue llevada por Cristo en la cruz, a fin

de rescatarnos. En la horca del rey de Hai Israel podía ver, en figura, al rey enemigo por excelencia, al diablo, deshecho y aniquilado, el mismo que nosotros vemos vencido en la cruz de Cristo. “Como Moisés levantó la serpiente en el desierto” (Juan 3:14). Bien sabemos que la serpiente es figura de quien originó el pecado y cuya ponzoña se ha introducido por la primera herida hecha al hombre, y que ha pasado a todos nosotros. Pero, ¡maravillosa gracia!, Dios “condenó al pecado en la carne” de un sustituto, su propio Hijo (Romanos 8:3). En Gálatas 3:10 y 13 hallamos la misma relación bendita entre Ebal y la cruz. “Pues escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas”. La palabra maldito, doce veces pronunciada en Ebal, el anatema que pesaba sobre los culpables, ha pasado para siempre en el juicio que cayó sobre Aquel que tomó nuestro lugar:

“ Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero) (Gálatas 3:13).

Otro resultado de la disciplina: Israel humillado se hallaba en condición para rendir culto: “Entonces Josué edificó un altar a Jehová Dios de Israel en el monte Ebal... y ofrecieron sobre él holocaustos a Jehová, y sacrificaron ofrendas de paz” (v. 31). Lo mismo sucede con nosotros: sin el juicio de nosotros mismos no hay comunión, y si no hay comunión, tampoco hay culto. ¡Valioso resultado de la cruz! ¿Qué habría sido de Israel, y del mundo entero, si un altar no hubiera sido edificado en el monte mismo de la maldición? El altar en Ebal era la provisión en gracia para la maldición que la ley pronuncia sobre los transgresores. En el altar hallamos la expiación, base de todo verdadero culto, pero aquí vemos un altar en presencia de un pueblo amenazado de maldición, si no obedecía. Nuestro culto tiene la cruz por punto de partida y por centro, la cruz que puso fin a nuestra maldición y hace resplandecer sobre nosotros los rayos de la plena luz y de la gracia divina.

Sin embargo, esta misma gracia no ha debilitado la responsabilidad de los amados hijos de Dios; como lo sabemos, existen condiciones bajo las cuales se toma posesión del país. Un duplicado de la ley de Moisés debía ser escrito sobre grandes piedras, levantadas y revocadas con cal. Además, esta ley debía ser leída en alta voz “delante de toda la congregación de Israel” (Deuteronomio 27:2-3; Josué 8:32, 35). Las grandes piedras que Josué debía levantar en el monte Ebal podían verse desde lejos y, revocadas con cal, el resplandor de la luz añadía aún a su blancura. Estas mismas piedras, pero “piedras vivas”, las hallamos alzadas en los evangelios a vista del mundo en-

tero: María Magdalena, la pecadora en la casa de Simón, Zaqueo el publicano, la mujer samaritana, el ladrón en la cruz y, en fin, el primero de todos los pecadores: Saulo de Tarso. ¿Acaso descubrimos en ellas alguna negrura, alguna mancha que recuerde la suciedad pasada? Todo ha sido llevado por Aquel de quien a su vez recibieron su blancura inmaculada. Esas grandes piedras emblanquecidas con cal debían llevar el testimonio de la Palabra de Dios: “y escribirás en ellas todas las palabras de esta ley”. Notemos un detalle muy importante: Jamás se hubiera podido escribir el testimonio de Dios sobre ellas antes de haber sido emblanquecidas. Para ser “carta” de Cristo, es necesario que el pecador haya sido lavado de sus pecados. “Habéis sido lavados”, escribe el apóstol. “Sois carta de Cristo... escrita... con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón” (2 Corintios 3:3). Al terminar este cuadro, notemos que el israelita sobre el monte Ebal no podía hacer otra cosa que regocijarse delante del Señor su Dios (Deuteronomio 27:7).

Capítulo 9

El ardid de Gabaón

A medida que avanzamos en el estudio del libro de Josué, aprendemos a conocer al enemigo bajo nuevos aspectos, como también nuevas flaquezas de los combatientes. Satanás sabe hacer la guerra, disponer sus baterías de distintos modos, atacar de frente, aplastar por una mayoría abrumadora; pero también sabe rodear, engañar por medio de astucias, poner trampas.

En este capítulo 9 hallamos lo que la epístola a los Efesios llama las asechanzas del diablo. Y es en contra de ellas que la Palabra de Dios nos previene expresamente, dándonos la capacidad necesaria para discernirlas, siendo confortados en el Señor con el poder de su fortaleza y revestidos de toda la armadura de Dios para poder estar firmes contra ellas (Efesios 6:11). Esta misma epístola, como los primeros capítulos de Josué, nos muestra el poder de Dios obrando bajo distintos aspectos: “La supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos” (Efesios 1:19-20), corresponde al paso del río Jordán. “El ser fortalecido con poder en el hombre interior por su Espíritu” (cap. 3:16) corresponde a los alimentos y la pascua que ofrece el capítulo 5 de nuestro libro. Por último, “fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza”, como la exhortación a vestirnos con “toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del Diablo” (cap. 6:10-11), corresponde al discernimiento necesario para desbaratar el ardid de Gabaón.

Jericó fue el obstáculo que cayó frente al poder de la fe. Pero Satanás no se desanimó; al contrario, se introdujo en Israel mediante la codicia de Acán. Luego distrajo al pueblo con su victoria, la confianza en ellos mismos se apoderó de sus corazones. Israel olvidó la armadura de Dios y fue a caer en los lazos del enemigo. Pero esta victoria de Satanás es la escuela de Dios para los justos. Estos pierden la confianza en sí mismos, comprenden lo que exige la santidad de Dios, buscan en la Palabra su salvaguardia, y al fin llegan al sentimiento de su responsabilidad. El enemigo experimenta una nueva y aplastante derrota, sin embargo no se da por vencido; sabe encontrar otro medio para introducirse entre los combatientes que descuidan algún aspecto de la armadura con que tienen que estar revestidos.

Los instrumentos que Dios se digna emplear para el combate son de dos clases. Primero, aquellos que no tienen ningún valor propio. “Lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo

menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia” (1 corintios 1:27-29). ¿Puede acentuarse más la nulidad de estos instrumentos? Sin embargo, Dios también emplea instrumentos de gran valor a los ojos de los hombres y a sus propios ojos. Un ejemplo de ello es Moisés, instruido en toda la sabiduría de los egipcios, y Saulo de Tarso: erudito, religioso, de recta conciencia; en apariencia no les faltaba nada para que Dios pudiera utilizarlos. Pero tanto aquellos como estos tuvieron que pasar por la escuela de Dios.

La conciencia de nuestra nulidad como instrumentos nos guarda constantemente en una dependencia de la mano que se sirve de nosotros; este es el camino donde se halla el poder de Dios. Así fue frente a Jericó, pero el pueblo todavía tenía que aprender que sin la dependencia de Dios se convertiría en presa de Satanás. La expresión de esta dependencia es la oración; al terminar la descripción de las distintas piezas de la armadura de Dios, el apóstol dice:

“Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia (Efesios 6:18).

La oración continua y perseverante expresa una dependencia habitual. Pues bien, ¿cuál fue la falta capital de Israel en el relato que nos ocupa?

No consultaron a Jehová (v. 14).

“

Al final del capítulo anterior vimos la importancia que la Palabra de Dios –la espada del Espíritu de Efesios 6– había vuelto a tomar a los ojos de Israel, sin embargo ahora olvidan consultar a Dios para estar en comunión con él respecto al problema que han de solucionar.

Observemos en qué forma Satanás logró hacer perder a Israel el sentimiento de su dependencia. Lo intimidó mediante un espectáculo pavoroso: la enemistad del mundo, una confederación de reyes reunidos para la guerra. “Cuando oyeron estas cosas todos los reyes que estaban a este lado del Jordán, así en las montañas como en los llanos, y en toda la costa del mar Grande delante del Líbano, los heteos, amorreos, cananeos, ferezeos, heveos y jebuseos, se concertaron para pelear contra Josué e Israel” (v. 1-2). Comenzó por fijar los ojos del pueblo de Dios sobre el formidable poder que amenazaba con aplastarlo; luego, sin ninguna transición, por así decirlo, les ofreció su propio recurso: los habitantes de Gabaón. “Mas los moradores de Gabaón, cuando oyeron lo que Josué había hecho a Jericó y a Hai, usaron de astucia; pues fueron y se fingieron embajadores, y tomaron sacos viejos sobre sus asnos, y cueros viejos de vino, rotos y remendados, y zapatos vie-

jos y recosidos en sus pies, con vestidos viejos sobre sí; y todo el pan que traían para el camino era seco y mohoso. Y vinieron a Josué al campamento en Gilgal” (v. 3-6). Israel no estaba preparado para este encuentro, no tenía toda la armadura de Dios; una de sus piezas le faltaba: la oración. “No consultaron a Jehová”.

¡Cómo se sabe disfrazar Satanás! Vino con cueros de vino, zapatos, vestidos, pan, etc., pero todo era viejo y estaba roto, mohoso; y para engañar mejor, dijo que venía de lejos: “Nosotros venimos de tierra muy lejana”, pero agregó: “Nosotros somos tus siervos”. Aquí nos tienen para ayudarles, parece decir Satanás, “haced ahora alianza con nosotros”. Los conductores de Israel, los príncipes, no tuvieron en cuenta lo que el pueblo sospechó por un momento: “Y los de Israel respondieron a los heveos: Quizás habitáis en medio de nosotros”. Con frecuencia sucede lo mismo. La humildad va acompañada de un ojo sencillo, al cual pertenece la verdadera inteligencia según Dios. Y agregaron: “¿Cómo, pues, podremos hacer alianza con vosotros?”. Sin embargo, a Israel le faltó el arma necesaria para descubrir la astucia del enemigo. ¿Quién hubiera desenmascarado a Satanás sino el Señor? A su vez Josué parece carecer de la misma arma; en vez de consultar al Señor, preguntó al enemigo: “¿Quiénes sois vosotros, y de dónde venís?”. Nada más peligroso que entablar una conversación con Satanás. Eva lo experimentó por su parte. El enemigo respondió: “Tus siervos han venido de tierra muy lejana, por causa del nombre de Jehová tu Dios; porque hemos oído su fama, y todo lo que hizo en Egipto”. Se reconoce la voz del que es mentiroso desde el principio: “Por lo cual nuestros ancianos y todos los moradores de nuestra tierra nos dijeron: Tomad en vuestras manos provisión para el camino, e id al encuentro de ellos, y decidles: Nosotros somos vuestros siervos”. ¡Qué buena ocasión para Israel! Esta gente venía con toda clase de buenas intenciones, buscaba alianza con el pueblo de Dios, reconocía su supremacía moral y espiritual. “Nosotros somos tus siervos”, dijeron a Josué, cosa bien hecha para predisponerlo favorablemente. Por último proclamaron el poder del Dios de Israel, lo que había hecho en Egipto y en el desierto pero, notémoslo, no dijeron nada de lo que Dios había hecho en Canaán. Satanás se hubiera traicionado hablando de los lugares celestiales y de su combate. Puede acreditar a los siervos del Dios Altísimo, “quienes os anuncian el camino de salvación” (Hechos 16:17), y a veces dice mucho más, pero nunca reconoce el señorío de Cristo en virtud de la victoria del Señor sobre él en la cruz (Colosenses 2:15).

Como podemos verlo, los gabaonitas tenían un carácter bien delineado, convicciones religiosas acentuadas; llegaron, pues, a Gilgal sobre el terreno reconocido por Dios. Se presentaron como embajadores “por causa del nombre de Jehová”. Mas eran cananeos disfrazados: el mundo bajo

las apariencias de piedad. Israel, hasta este momento, había sido guardado de acudir a algún recurso humano; pero, ¿cómo resistir a aquellos que profesaban el mismo credo y tenían las mismas aspiraciones? Una alianza, ¿no era cosa legítima? «Conocemos a Dios como ustedes, somos sus servidores, y en caso de necesidad podríamos ayudarles»; este es el lenguaje corriente hoy en día, y se llama el ecumenismo. “Edificaremos con vosotros, porque como vosotros buscamos a vuestro Dios, y a él ofrecemos sacrificios”, dijeron los enemigos de Judá y Benjamín (Esdras 4:2). Satanás ofrecía su ayuda para edificar el templo de Dios. ¡Ah!, cuán lejos estaban Josué e Israel de sospechar que estos embajadores en “nombre de Jehová” eran los cananeos a quienes debían exterminar. Cayeron en la trampa, pese a la advertencia divina dada por el común del pueblo: “Quizás habitáis en medio de nosotros. ¿Cómo, pues, podremos hacer alianza con vosotros?”. Helos aquí enredados en compromisos porque descuidaron consultar a Dios; Josué hizo paz con ellos, los príncipes de la congregación les juraron en el nombre de Jehová, tomaron de sus provisiones, señal de comunión, y la alianza se efectuó. Un elemento ajeno, mundano, se introdujo en Israel; y esto en el momento más crítico, cuando todas las naciones de los cananeos estaban unidas para atacarlos. ¡Artificio diabólico, Satanás alcanzó su propósito! Sabía muy bien que desde el momento en que el mal fuera introducido en el campamento de Dios, toda empresa le resultaría fácil. Tuvieron más discernimiento los constructores del templo cuando el enemigo vino a ofrecerles su ayuda en la obra: “Nosotros solos la edificaremos a Jehová Dios de Israel”, contestaron (Esdras 4:3).

Estas cosas, ¿no nos recuerdan la historia de la Iglesia? Desde el tiempo de los apóstoles, los cristianos fácilmente se dejaron seducir por las apariencias de una religión terrenal y mundana, el judaísmo, que trataba de penetrar en el ambiente predicando “otro evangelio”, haciendo perder de vista a la Iglesia su posición celestial, llevando los corazones hacia una alianza con el mundo que crucificó a Cristo. Satanás ganó la partida. Erigió su trono en medio de la Iglesia, y el Señor tuvo que decir al final:

Yo conozco... dónde moras, donde está el trono de Satanás
“ (Apocalipsis 2:13).

Esta lucha debió librar el apóstol Pablo entre los gálatas. ¡Cuántas dificultades tuvieron que pasar para poner en fuga al enemigo que venía diciendo: “Si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés, no podéis ser salvos”! (Hechos 15:1). Pero no siempre hubo el discernimiento y la energía de Pedro y Juan para rechazar el dinero ofrecido por Simón, quien quería el poder de dar el

Espíritu Santo (Hechos 8:19), pues Satanás, habiendo ayudado a luchar y construir, entró en la Iglesia. En adelante, el combate no sería solo contra los enemigos de afuera; también habría que hacer frente al poder de Satanás dentro de la misma Iglesia.

La infiltración de los gabaonitas en Israel, y del mundo en la Iglesia, nos hace recordar la parábola del Señor: “El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero mientras dormían los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo, y se fue. Y cuando salió la hierba y dio fruto, entonces apareció también la cizaña” (Mateo 13:24-26). Aquí sucedió lo mismo: pasados tres días después del convenio con estos extraños, “oyeron que eran sus vecinos, y que habitaban en medio de ellos” (v. 16). A veces se necesitan más de tres días para descubrir que los que han sido introducidos en la congregación no son verdaderos cristianos; y solo después de una larga noche de espera, cuando el clamor se hace oír: “Aquí viene el esposo”, se manifiestan los que verdaderamente poseen la vida (Mateo 25:6).

La gracia de Dios se manifestó a favor de la Iglesia como también había sucedido con Israel en el caso de los gabaonitas. Si bien es cierto que el mal penetró, no tuvo el desarrollo que Satanás esperaba. Aunque el primer resultado que observamos es el desorden: “Y toda la congregación murmuraba contra los príncipes”, no había otra solución sino soportar la presencia de los que habían dejado entrar por su propia negligencia. “Nosotros les hemos jurado por Jehová Dios de Israel; por tanto, ahora no les podemos tocar. Esto haremos con ellos: les dejaremos vivir, para que no venga ira sobre nosotros por causa del juramento que les hemos hecho... y fueron constituidos leñadores y aguadores para toda la congregación” (v.19-21). La primera murmuración que se oyó en la Iglesia provenía de una diferencia racial: las viudas griegas eran desatendidas en el servicio diario. Una rivalidad carnal les hizo olvidar que el hombre no debe separar “lo que Dios juntó”, pero la solución a este mal trajo también “leñadores y aguadores para la congregación”, es decir, la elección de siete varones llenos del Espíritu Santo para servir a las mesas (Hechos 6:1-7). Tal es la gracia de Dios obrando a favor de la Iglesia para subsanar un mal introducido por haber descuidado la Palabra de Dios. “Y llamándolos Josué, les habló diciendo: “Por qué nos habéis engañado?”. Josué reconoció su error. “Ahora, pues, malditos sois, y no dejaré de haber de entre vosotros siervos, y quien corte la leña y saque el agua para la casa de mi Dios... y para el altar de Jehová”. Josué colocó a los gabaonitas en el lugar donde había perecido el rey de Hai, el de la maldición; en ese mismo sitio Israel había sido colocado sobre el monte Ebal, pero librado

por el sacrificio ofrecido en el altar. Solamente por el nombre de Jehová, invocado a la ligera por los príncipes del pueblo, los gabaonitas tuvieron el privilegio de servir al altar del Señor donde, como para Israel, el sacrificio les libraba de la maldición.

Otra verdad se desprende del ardid de Gabaón. Israel debería soportar la presencia de extraños; así sucedió para la Iglesia. Hemos de sufrir las consecuencias de nuestra infidelidad, la humillación por el mal introducido en la casa de Dios; pero si somos fieles, podremos diferenciar lo que es verdaderamente de Dios de lo que lleva solamente su nombre. La Palabra discierne esa mezcla y nos la revela, y la fe deja al mundo religioso bajo su maldición, usando a la vez de gracia a su favor; no podemos arrancar la cizaña: “Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro”, dijo el Señor; solo el juicio de Dios hará la separación (Mateo 13:30).

Pero esto no es todo: la historia de los gabaonitas no termina en el libro de Josué. Vemos claramente que el propósito de Dios no era quitarles el lugar que habían usurpado en la asamblea de Israel. Cuatro siglos después el rey Saúl, animado por un celo carnal ajeno a los pensamientos de Dios, exterminó a los gabaonitas. Pero esta infracción al juramento no quedó sin castigo: en tiempo de David una calamidad cayó sobre Israel. David buscó a Dios e inquirió acerca de su causa: “Es por causa de Saúl, y por aquella casa de sangre, por cuanto mató a los gabaonitas” (2 Samuel 21:1). La carne que ha introducido el mal busca afanosamente desembarazarse de las consecuencias que la molestan. El camino de Dios es muy distinto y va por una dirección opuesta al de la carne; es menester que sus hijos sean conscientes del mal que han dejado introducir y así se manifieste su comunión con Dios en el día malo. En el tiempo del profeta Ezequiel, Dios ordenó al ángel poner una señal en la frente de los que gemían y clamaban a causa de las abominaciones que se hacían en Jerusalén (Ezequiel 9:4). Tal era la voluntad de Dios: gemir por el mal introducido y separarse de él. Esta señal fue el medio de poner al abrigo del destructor a aquellos que la llevaban. Es, además, la conducta que debemos seguir: si podemos discernir entre el trigo y la cizaña, no debemos de arrancarla, sino separarnos del mal: “Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo” (2 Timoteo 2:19). Esto es lo que un cristiano mundano nunca aprende; la presencia del mundo en la iglesia no lo humilla, al contrario, pretende que es imposible distinguir entre un verdadero hijo de Dios y un cristiano nominal o exigir la separación del mal.

Amado lector cristiano, no se trata de tomar la espada para exterminar el mal, sino de separarnos de él. Cuántas veces la historia de la iglesia se manchó de casos como el de Saúl. La exterminación de los herejes, verdaderos o supuestos, no fue sino la repetición del crimen de Saúl; y

este será vengado sobre aquellos mismos que lo cometieron, como lo fue para la casa de Saúl; sus siete hijos fueron ahorcados, hechos a su vez maldición de Dios (2 Samuel 21:9). La luz que se necesita para diferenciar entre un hijo de la raza maldita –pero creyente– de un israelita según la carne, brilla con vivo esplendor en Jesús, el verdadero Hijo de David. “Y he aquí una mujer cananea que había salido de aquella región clamaba, diciéndole: ¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí! Mi hija es gravemente atormentada por un demonio. Pero Jesús no le respondió palabra... Entonces ella vino y se postró ante él, diciendo: ¡Señor, socórreme! Respondiendo él, dijo: No está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perrillos. Y ella dijo: Sí, Señor; pero aun los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos. Entonces respondiendo Jesús, dijo: Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres” (Mateo 15:22-28). Cananea, sí, según la carne; pero hija de Abraham según la fe.

Quiera el señor que dependamos continuamente de él para discernir, mediante su Palabra, lo que es nacido de Dios, de lo que simplemente aparenta llevar su nombre. Que el Señor nos de ojos abiertos para descubrir las asechanzas del diablo y poder rechazarlas llevando toda la armadura de Dios. ¡Que nos guarde de perder de vista las cosas celestiales o rebajar nuestro cristianismo hasta hacer de él algo bastardo que compartimos con el mundo!

Capítulo 10

La victoria de Gabaón

Antes de entrar en este nuevo tema deseamos hacer una o dos observaciones importantes. Cuanto más meditamos estos primeros capítulos de Josué, más nos llama la atención el papel que Satanás, el adversario, juega en la lucha de Israel contra los cananeos. Tiene un curso de circunstancias para cada ocasión. Sin que lo sospechen, él conduce a los hombres, sugiriéndoles decisiones, las cuales estos creen tomadas y elaboradas por su propia voluntad; así el diablo alcanza su propósito, a veces valiéndose de los mismos hijos de Dios que tuvieron la osadía de prestar oído a sus seducciones. En medio del formidable funcionamiento del mundo y sus innumerables actividades, Satanás se oculta de tal manera que ningún síntoma extraordinario permite sospechar su presencia. Y a veces es tan poco notoria su existencia que muchos llegan a negarla. ¿Qué tiene que ver Satanás con circunstancias tan naturales, la política, las ambiciones humanas, las luchas entre los pueblos?

Y después de todo, ¿quién tiene razón en esta lucha? ¿En qué bando está la verdadera y justa causa? ¿Cuál es el agresor? ¿Dónde se encuentra el espíritu de crueldad y exterminio? Pesemos los hechos, seamos equitativos, decidamos. Oigo, peso, y me pongo a favor de los cananeos, el morador y dueño de estos lugares, y en contra de Israel el invasor. En conclusión, me he puesto a favor de Satanás y en contra de Dios. Sin embargo, me he equivocado: el enemigo logró por los hechos mismos hacerme juzgar de manera diferente a Dios. Para discernir la verdad y obtenerla, debo abrir la Palabra de Dios y escucharlo solo a él; únicamente ella puede revelarme la verdad, la luz, la justicia, la santidad. Desde luego, estando del lado de Dios, mi alma no tendrá dificultad para juzgar entre el bien y el mal; Satanás será desenmascarado y sus designios puestos a la luz.

Mas el adversario no se da por vencido. Para engañar a las almas, ataca directamente a los portadores de la Palabra de Dios, a los que llevan la espada del Espíritu y su testimonio. Penetra en su corazón mediante la codicia, y después de haber cumplido su obra corruptora, pregunta: ¿Son estas personas mejores que las demás? Hablan de separación, pero miren a Acán, a los gabaonitas. Hablan de humildad, pero observen su confianza en sí mismos, su orgullo espiritual. Estos argumentos a menudo penetran en las almas, a las cuales el enemigo logra hacerles rechazar a Dios. Otra observación se deduce de las anteriores: Satanás tiene dos grandes medios para corromper a los hijos de Dios. El primero es el anatema, la codicia, el mundo introducido en el corazón; el segundo es la alianza con Gabaón: el mundo introducido en nuestro andar. A través de

toda nuestra carrera cristiana, debemos ser guardados de estas dos trampas. Siempre se plantea esta doble pregunta: ¿Basta el Señor a mi corazón, o buscaré los atractivos que el mundo me ofrece? ¿Existe algún medio para permanecer como fieles cristianos, nada más que cristianos en nuestro corazón como en nuestro andar, completamente separados del mundo, aun del mundo religioso, de no darle la mano ni entrar en ninguna asociación con él? Satanás logró hacer caer a la iglesia en estas dos trampas. Como Israel, la iglesia comenzó por la codicia: la historia de Ananías y Safira fue su primera caída; luego concluyó aliándose con el mundo, tal como lo vemos hoy día.

Una nueva confederación de reyes se organizó, pero esta vez no estaba dirigida contra Israel sino contra Gabaón. Así comienza nuestro capítulo: “Por lo cual Adonisedec rey de Jerusalén envió a Hoam rey de Hebrón, a Piream rey de Jarmut, a Jafía rey de Laquis y a Debir rey de Eglón, diciendo: Subid a mí y ayudadme, y combatamos a Gabaón; porque ha hecho paz con Josué y con los hijos de Israel” (v. 3-4). Parece que Satanás luchara contra sí mismo, pero es una de sus artimañas para lograr una victoria. “Entonces los moradores de Gabaón enviaron a decir a Josué al campamento en Gilgal: No niegues ayuda a tus siervos; sube prontamente a nosotros para defendernos” (v. 6). ¿Ayudaría Israel a Gabaón o dejaría que lo exterminaran? Este parecía un medio excelente para desembarazarse de las consecuencias de su falta; pero ¿dónde quedaría la rectitud ante Dios? ¿Qué sería de su humillación y disciplina? Por otra parte, acudir al llamado de Gabaón significaba aceptar definitivamente su alianza con el mundo. Satanás suele presentar semejantes dilemas. ¡Cuántas veces los puso en el camino del hombre por excelencia, Cristo, quien fue perfecto en todas las cosas! Fariseos, saduceos y herodianos fueron sus instrumentos; el asunto del tributo para pagar a César y el adulterio de una mujer fueron algunos de sus ardidés. Y nosotros, ¿cómo podremos salir siempre victoriosos de estos dilemas? Por la sencilla dependencia de Dios realizada en la escuela de Gilgal, expresada por la oración. A menudo hemos notado que el solo hecho de estar en Gilgal no preservó a Israel de un error. Los gabaonitas fueron a Gilgal para hablar con Josué, y allí este se dejó engañar. Lo que a veces nos falta es la aplicación práctica de la cruz de Cristo en todos los detalles de nuestra vida, es decir, despojarnos de la confianza en nosotros mismos: “Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros” (Colosenses 3:5). Es necesario no solamente estar en Gilgal (v. 6), sino subir de Gilgal (v. 7) y volver a Gilgal (v. 15). La circuncisión y Gilgal son dos cosas inseparables, como lo son la cruz y su poder aplicados a nuestro testimonio diario.

Hemos visto que el enjuiciamiento de sí mismo produce la dependencia de Dios, la que a su vez se manifiesta en felices comunicaciones con él, experiencia que el alma nunca había conocido antes. Eso es lo que vemos en estos versículos: “Jehová dijo a Josué” (v. 8); “Josué habló a Jehová” (v. 12); “habiendo atendido Jehová a la voz de un hombre”, Josué (v. 14). Hay contacto permanente con Dios, una de las condiciones indispensables para luchar; el aliciente, el poder y la victoria son los frutos benditos de esta dependencia que mantiene nuestras almas en relación con Dios. Por fin Israel se hallaba en condiciones para continuar sin trabas el camino hacia la conquista. Sin embargo, notemos que aquí no es tanto el pueblo, sino el mismo Dios quien combate: turba al enemigo, lo hiere, arroja sobre él grandes piedras. “Y fueron más los que murieron por las piedras del granizo, que los que los hijos de Israel mataron a espada” (v. 11). Fue Dios quien entregó a Maceda, Libna, Laquis, fue él quien destruyó al enemigo, y por otra parte, el que pudo combatir libremente con sus ejércitos sin impedimento que quitar de en medio de ellos por la disciplina. Así los vemos obtener la mayor victoria que jamás haya sido consignada en la Palabra de Dios:

“Entonces Josué habló a Jehová el día en que Jehová entregó al amorreo delante de los hijos de Israel, y dijo en presencia de los israelitas: Sol, detente en Gabaón; y tú, luna, en el valle de Ajalón (v. 12).

Un día que duró veinticuatro horas a fin de permitir al pueblo recoger hasta el último fruto de su triunfo.

Y no hubo día como aquel, ni antes ni después de él (v. 14).

“Si esto fue para la lucha “contra carne y sangre”, cuánto más lo es para la lucha en el día de la gracia. El sol no se apresura en ponerse, Dios no tiene prisa para que el día de la salvación se termine, aunque ya estamos en su ocaso, pues no quiere que ninguno perezca.

El Dios del cielo y de la tierra, el Creador del universo, proclamó así que Israel, este pueblo vencido ante Hai y engañado por Gabaón, cuya conducta habría podido agotar su paciencia, pero un pueblo juzgado, humillado y con el corazón doblegado, era objeto de su favor y sin obstáculo podía llevarlo al triunfo. “Habiendo atendido Jehová a la voz de un hombre”. Querido lector, todos nosotros estamos en esta misma condición. Por débiles que seamos, podemos dirigirnos a él a través de Cristo, cuya voz Dios atiende con agrado y nos lleva siempre en triunfo con él. “En tiempo aceptable te he oído, y en día de salvación te he socorrido” (2 Corintios 2:14; 6:2).

Cuando la gracia manifiesta su poder, hasta el sol puede retroceder. El piadoso rey Ezequías pudo comprobar que Dios no tenía afán en apagar la luz de su testimonio: hizo retroceder el sol diez grados y le dio quince años más de vida.

Nada era demasiado elevado para Josué. Conociendo el corazón y la voluntad de Dios, podía pedir hasta que los cielos, el sol y la luna se pusieran al servicio de sus amados. Si la Palabra de Dios permanece en nuestro corazón: “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho”, nos dice el Señor (Juan. 15:7). Desde entonces Israel marchaba de victoria en victoria. Maceda, Libna, Laquis, Gezer, Eglón, Hebrón y Debir fueron las siete etapas victoriosas al tomar posesión de la tierra prometida. Cinco reyes fueron apresados en la misma cueva donde se escondieron; pero no era el momento de matarlos. “Rodad grandes piedras a la entrada de la cueva”, ordenó Josué (v. 18-19). Se les guardó presos en el mismo sitio donde se refugiaron, en la oscuridad de una cueva. Las tinieblas serán la porción del príncipe de las tinieblas; este será arrojado en el abismo, allí donde se hallan guardados con cadenas y prisiones de oscuridad los ángeles que pecaron (2 Pedro 2:4; Apocalipsis 20:1-3). Satanás, la muerte y el infierno, estos “reyes enemigos”, ya fueron vencidos por Cristo en la cruz. Mientras esperamos el día en que el Dios de paz quebrante a Satanás debajo de nuestros pies (Romanos 16:20), recojamos constantemente los frutos de nuestra victoria, en tanto que dura el día de la gracia. “Llamó Josué a todos los varones de Israel, y dijo a los principales de la gente de guerra que habían venido con él: Acercaos, y poned vuestros pies sobre los cuellos de estos reyes. Y ellos se acercaron y pusieron los pies sobre los cuellos de ellos” (v. 24). Nos parece oír al Señor decir a sus discípulos: “He aquí os doy potestad de hollar serpientes y escorpiones, y sobre toda fuerza del enemigo, y nada os dañará” (Lucas 10:19-20). Primicias de victorias futuras: “Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte” (1 Corintios 15:25-26). El versículo 27 llama aún nuestra atención: una experiencia precedente ayudó a Josué a discernir el camino a seguir, porque había sido hecha con Dios. Ya estaba acostumbrado a lo que conviene a la santidad de Dios: no dejó colgados en los maderos a estos cinco reyes vencidos; a la caída del sol, los hizo bajar y echar en la cueva donde se habían escondido. Además, esta referencia nos hace recordar la cruz donde Satanás fue vencido; las tinieblas serán su suerte por la eternidad: “Pusieron grandes piedras a la entrada de la cueva, las cuales permanecen hasta hoy” (v. 27). ¡Qué contraste advertimos ante la tumba de Lázaro, donde el Señor ordena: “Quitad la piedra”, y mayor aún en el sepulcro del Vencedor de la muerte, de cuya entrada un ángel rodó la piedra para siempre!

Capítulo 11

La victoria de Hazor

Llegamos a la descripción del combate final que entregó definitivamente toda Canaán a Israel. Recordemos que la toma de posesión es el gran objetivo del libro de Josué, y que el país de la promesa corresponde, para nosotros, a las regiones celestiales. Pero, en medio de los bienes que constituyen nuestras bendiciones espirituales, tenemos una porción especial: Cristo. Dios Padre “nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo” (Efesios 1:3), y quiere que nuestros corazones se apoderen de las riquezas de Aquel en quien hemos sido elegidos. Además nos brinda los medios para ello, porque por nuestra inteligencia y capacidades nunca lo lograremos. Solo la fe y el poder que nos da el Espíritu Santo pueden abrirnos estos tesoros.

“ Buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios (Colosenses 3:1),

esto es, el lugar. Además el apóstol dice: “Prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús”. Esta es la persona, Cristo Jesús, por quien fui asido (Filipenses 3:12).

Entre los capítulos 1 y 11 de Josué hallamos toda clase de dificultades; no obstante, cuando el corazón es recto en su presencia, Dios se vale de las experiencias descritas para enseñarnos a desconfiar de la carne y esperar solamente en él, y para finalmente llevarnos a tomar en la tierra esta posición elevada, la única importante, la de un cristiano que marcha humildemente en este mundo, teniendo su corazón y sus afectos en el cielo. En el capítulo once vemos una última confederación unida a la del capítulo nueve (estando destruida la del diez) para constituir un ejército formidable: “Mucha gente, como la arena que está a la orilla del mar” (v. 4). Satanás trata ahora de aniquilar a Israel bajo la presión numérica. Es la enemistad abierta, declarada, que el mundo profesa contra el pueblo de Dios. Observemos los ejércitos del diablo congregados contra la Iglesia en los primeros tiempos: burladores, libertinos, cireneos, alejandrinos (Hechos 2:13); veamos a los ancianos de Israel, el concilio entero, todo el pueblo unido en contra de los testigos del Señor (Hechos 4:5-22), la multitud apedreando a Pablo (Hechos 14:19), agolpándose contra Pablo y Silas (Hechos 16:22), todo el mundo reunido para la batalla del gran día del Dios Todopoderoso (Apocalipsis 16:14). Los hombres se alían para hacerle la guerra a Dios, cuando su ene-

mistad contra él ha llegado a su efervescencia. Mientras comúnmente se unen con el fin de mejorar o reformar al mundo; de ahí las sociedades políticas, filantrópicas, religiosas... ¡Cuán poco sospechan los hombres, y aun muchos cristianos, que toda esta actividad en apariencia loable no es más que una oposición oculta o disfrazada contra Dios, contra su Palabra y sus designios de gracia! Dios no trata de mejorar al hombre; mentiría a su Palabra que lo declara enteramente perdido; y si esta verdad por humillante que sea, pero fundamental, no es aceptada, tampoco lo es la salvación por el sacrificio de Cristo. Las hojas de higuera bastarían entonces para tapan la miseria y el pecado del mundo, o las cadenas para sujetar al poseído por los demonios.

En suma, las mejores alianzas de los hombres no son, en el fondo, más que la guerra disfrazada del hombre natural contra Dios. En nuestro capítulo hallamos, pues, la guerra abierta contra él, pero en la persona de sus santos. De norte a sur, de oriente a occidente, todos “salieron, y con ellos todos sus ejércitos, mucha gente, como la arena que está a la orilla del mar en multitud, con muchísimos caballos y carros de guerra. Todos estos reyes se unieron, y vinieron y acamparon unidos junto a las aguas de Merom, para pelear contra Israel” (v. 4-5). La confederación que hallamos aquí tiene un jefe: Jabín, y un centro de reunión: la ciudad de Hazor. “Pues Hazor había sido antes cabeza de todos esos reinos” (v. 10). En principio, esta coalición satánica se repite hoy en contra de

Todo lo que es nacido de Dios,

“

pero este último

Vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe

“

(1 Juan 5:4).

“Sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al maligno”, es decir, al príncipe de este mundo (cap. 2:14). Observemos en estos dos textos que las armas de nuestra guerra son la fe y la Palabra de Dios. Semejantes al Señor Jesús tentado en el desierto, los luchadores ponen en fuga a Satanás mediante las mismas armas. Aunque para el caso de Josué, Dios reiteró las palabras necesarias para fortalecerlo: “No tengas temor de ellos” (v. 6). Aquí reaparece la misma verdad: desde el final del capítulo ocho, en Ebal junto al altar y el arca de Jehová, la Palabra de Dios había sido leída y escrita sobre piedras emblanquecidas, tomando su lugar en el corazón y los pensamientos de Josué y el pueblo. En el capítulo diez vemos que siguen en el

camino de la obediencia (v. 27 y 40). En el capítulo once, esa Palabra viene a ser su guía infalible y constante: “Josué hizo con ellos como Jehová le había mandado” (v. 9). “Los destruyó, como Moisés siervo de Jehová lo había mandado” (v. 12). “De la manera que Jehová lo había mandado a Moisés su siervo, así Moisés lo mandó a Josué; y así Josué lo hizo, sin quitar palabra de todo lo que Jehová había mandado” (v. 15). Respecto a esta obediencia, es digno de notar que Josué no se contentó con obedecer a un mandamiento particular, como lo vemos en el versículo nueve, y como lo había hecho tantas veces, ni de confiar a otros el cuidado de cumplir lo que Moisés había mandado. Ese valiente soldado de Dios, llegado al término de su importante carrera, no omitió nada de todo lo que Dios había mandado a Moisés (cap. 8:35). Toda la Palabra, tal como le había sido comunicada, fue objeto de una escrupulosa atención y dirigía su caminar; entonces pudo realizar lo que al comienzo de esa misma carrera Dios le había encomendado: “Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él, para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito; porque entonces harás prosperar tu camino, y todo te saldrá bien” (cap. 1:8). ¡Qué poder brinda esa obediencia! En el capítulo ocho la Palabra de Dios, escrita en “piedras vivas” del corazón, forma los pensamientos de Josué,

“ Aquí la espada del Espíritu arma su brazo: Satanás no puede hacer nada contra de ella. ¿Son estas nuestras experiencias? ¿Nos lanzaríamos a la batalla sin habernos nutrido de ella?

Observemos todavía cómo en esta escuela divina se nos enseña a desechar todos los recursos del poder humano. “Confían en caballos; y su esperanza ponen en carros, porque son muchos, y en jinetes, porque son valientes”, dice el profeta (Isaías 31:1). Pero estos recursos no son más que elementos para destrucción: “Desjarretó sus caballos, y sus carros quemó a fuego... a Hazor pusieron fuego” (v. 9-11). La cabeza de todos estos reinos, la capital del mundo, jamás podría llegar a ser centro para el reino de Israel. Esta verdad permanece para siempre: trátase de Hazor, Roma o Babilonia. Nuestra ciudad es la Jerusalén celestial, de la cual Dios es el Fundador y Arquitecto; y si Babilonia todavía no ha sido quemada a fuego como lo anuncia la Palabra (Apocalipsis 18:2; 19:3), que lo sea para nuestro corazón y nuestro espíritu. La destrucción de estas capitales nos enseña que todos los principios que gobiernan este mundo: políticos o religiosos, o lo que constituye su centro de atracción, deben ser juzgados y desechados, como Israel lo hizo con Hazor. “El mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo” (Gálatas 6:14). “Viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí” (Juan 14:30), dice el Señor, el modelo perfecto.

La espada del Señor había cumplido su juicio y destrucción; Josué había sido el instrumento para ello. Es fidelidad hacia Dios, de parte del creyente, colocar al hombre natural enteramente y sin merced bajo la espada del juicio de Dios. Del hombre en Adán nada debe subsistir en la tierra de la promesa: “A todos los hombres hirieron a filo de espada hasta destruirlos, sin dejar alguno con vida. De la manera que Jehová lo había mandado” (v. 14). El “viejo hombre” no tiene lugar en la vida del creyente, pero el instrumento, nuestro cuerpo, puede ser presentado en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios (Romanos 12:1). Como lo habíamos presentado para servir a la inmundicia y a la iniquidad, así ahora lo presentamos para santificación a Dios, “como instrumentos de justicia” (Romanos 6:13). “Tomó, pues, Josué toda la tierra, conforme a todo lo que Jehová había dicho a Moisés; y la entregó Josué a los israelitas por herencia conforme a su distribución”. Detalle importante, es Josué quien toma la tierra y la entrega por herencia a Israel. Es a través de un Cristo victorioso que tenemos nuestras bendiciones celestiales, y por quien el Israel futuro heredará su tierra. “Y Jehová será visto sobre ellos, y su dardo saldrá como relámpago... porque como piedras de diadema serán enaltecidos en su tierra” (Zacarías 9:14-17). “Y la heredaréis así los unos como los otros” (Ezequiel 47:14), porque todas las cosas estarán reunidas en Cristo “en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra” (Efesios 1:10).

Los anaceos

Satanás fue derrotado, su último ejército destruido, sus ciudades tomadas, el botín y las bestias de aquellas ciudades cayeron bajo el poder de Israel, quien pudo ofrecerlas a Jehová su Dios. ¿Qué faltaba aún por hacer? Israel encontró en su camino los tropiezos y motivos de espanto que lo habían hecho caer treinta y ocho años antes en el desierto: los anaceos; estos habían hecho desfallecer su corazón, impidiendo que Israel tomara posesión del país de la promesa. Los espías habían dicho de ellos: “Vimos allí gigantes, hijos de Anac, raza de los gigantes, y éramos nosotros, a nuestro parecer, como langostas; y así les parecíamos a ellos” (Números 13:33). ¿Qué impresión podrían producir ahora los hijos de Anac sobre el espíritu de aquel que marchaba hacia delante con el poder de la Palabra de Dios? La victoria estaba en él.

“ La Palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al maligno
(1 Juan 2:14).

“Vino Josué y destruyó a los anaceos... los destruyó a ellos y a sus ciudades” (v. 21), “ciudades grandes y amuralladas hasta el cielo” (Deuteronomio 1:28). Como lo vimos, Josué recibió la Palabra de Dios y confió en su promesa: “Tú vas hoy a... entrar a desposeer a naciones más numerosas y más poderosas que tú... un pueblo grande y alto... de los cuales tienes tú conocimiento, y has oído decir: ¿Quién se sostendrá delante de los hijos de Anac? Entiende, pues, hoy, que es Jehová tu Dios el que pasa delante de ti como fuego consumidor, que los destruirá y humillará delante de ti” (Deuteronomio 9:1-3).

¡Ah, cuán pequeños y mezquinos parecen nuestros temores pasados cuando marchamos con Dios! ¿Qué es un hombre de seis codos y un palmo de altura, y con una coraza de planchas de cinco mil ciclos de metal, delante del Dios soberano, creador de los cielos y Señor de toda la tierra? ¿Y qué serán el Anticristo, la bestia romana y todos los reyes de la tierra congregados contra el Señor que desciende del cielo en llamas de fuego? (2 Tesalonicenses 1:8; 2:8). “El Dios de paz aplastará en breve a Satanás” (Romanos 16:20).

Capítulo 12

Reyes vencidos

Con este capítulo entramos en la segunda parte del libro de Josué; la primera, que comprende los capítulos 1 a 11, detalla las victorias de Josué (tipo de Cristo en el poder del Espíritu Santo en los suyos) otorgando a Israel la entrada en posesión de las bendiciones prometidas. En el curso de sus victorias, el ejército de Jehová (y Josué mismo considerado como figura del cristiano sujeto a flaquezas humanas) había realizado numerosas e importantes experiencias de su debilidad. Estas no faltan desde el momento en que como instrumentos del poder divino entramos en escena; además constituyen un aporte muy valioso para conocernos a nosotros mismos y para conocer a Dios, quien nos conduce. Pero el punto capital presentado en este libro es la gracia divina dando la victoria a Israel para establecerlo en Canaán, y no la responsabilidad del pueblo una vez establecido allí. Esta responsabilidad forma otro aspecto de la historia de Israel y pertenece más bien al libro de los Jueces. ¡Qué contraste entre estos dos libros! ¡Qué lozanía y fuerza en el de Josué, donde el poder del Espíritu de Cristo obra libremente en vasos débiles, pero llenos de este poder! ¡Y qué descenso repentino y completo se muestra en el libro de los Jueces, cuando una generación que no había conocido a Josué se levantó y fue entregada a su responsabilidad para guardar lo que Dios le había confiado! La historia de la iglesia nos ofrece idéntico contraste. Leamos los Hechos de los Apóstoles, 1 Tesalonicenses y Efesios; luego pasemos a 2 Timoteo, Judas, Apocalipsis capítulos 1 y 2, y veremos la diferencia entre la obra perfecta de Dios establecida en el comienzo del cristianismo, esparciendo a su alrededor toda la fragancia de su origen, y el resultado de la obra confiada al hombre, la cual vino a ser como tal el objeto del juicio de Dios. Leamos también los dos primeros capítulos del Génesis, luego pasemos al tercero y experimentaremos la misma decepción.

La primera parte del libro de Josué (cap. 1-11) concluye con estas palabras: “Y la tierra descansó de la guerra”. Después de la victoria viene la paz. Siempre es así; Dios no nos da solamente la victoria, sino que también nos permite gozar de sus frutos. Si hemos marchado fielmente bajo la guía del Espíritu Santo, en el camino del combate, hallaremos el goce apacible de nuestros bienes celestiales, esta recompensa espiritual de la fidelidad, la cual en figura nos presentan los siguientes capítulos, objeto de nuestra meditación. La recompensa y el gozo del pueblo es también la recompensa y el gozo individual; después de las luchas y victorias de Caleb, el valiente conquistador de la tribu de Judá, leemos:

Y la tierra descansó de la guerra



(Josué 14:15).

Amado lector, ¿lo desanima la lucha en la cual está empeñado? ¿Estaría tentado a arrojar las armas y decir: esto es demasiado para mí? Tal vez olvida que la lucha tiene como objeto el conducirnos a ese momento bendito cuando el Capitán diga: “Entra en el gozo de tu Señor”. Después de haber peleado la buena batalla, acabado la carrera y guardado la fe, se obtiene la corona de justicia (2 Timoteo 4:8).

La segunda parte del libro (capítulos 12-24) trata de la repartición del país; si después de la victoria sigue la paz, esta misma nos permite el goce de la herencia. Pero, preguntamos, ¿de qué modo disfrutó Israel de su heredad? Aquí también veremos surgir en el pueblo, al lado de la gracia de Dios que le permitía gozar sus dones, las mismas debilidades y cobardías humanas demostradas anteriormente durante la lucha. Pero antes de entrar en este tema, notemos que el capítulo doce, al hacer la recapitulación de los treinta y tres reyes vencidos, atribuye a Israel todas las victorias que Dios mismo obtuvo por sus armas. Esto significa que todo cuanto la gracia produjo y la fe conquistó, el príncipe del ejército de Jehová lo atribuyó a sus soldados. Este es el glorioso cómputo que hace Hebreos 11, para los santos del Antiguo testamento, y Romanos 16, para los de las nuevas filas, los del Nuevo Testamento.

Dios solo hace la cuenta de nuestras victorias cuando el combate está terminado. Esta es una verdad importante: el creyente no debe ocuparse con sus victorias hasta que no haya alcanzado el fin de la lucha. Cuando el apóstol no había alcanzado la meta, se expresaba de la siguiente manera:



Olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo
(Filipenses 3:13-14).

Si en plena carrera no se debe mirar atrás, detenerse es más que tiempo perdido. Toda mirada hacia atrás, mientras se esforzaba por llegar a la meta, era no solamente tiempo perdido para el apóstol, sino que también significaba una cosa mala y peligrosa, pues alejaba los pensamientos y el corazón del verdadero objetivo. De ello tenemos muchos ejemplos. ¡Ah, cuando llegemos a la meta, podremos enumerar nuestras victorias! Y esta no será tarea nuestra, pues Dios mismo las contará.

Notemos que el capítulo doce se divide en dos partes; la primera, del versículo 1 a 6, enumera los reyes vencidos por Moisés; del versículo 7 al 24, los derrotados por Josué; en un solo capítulo la Palabra de Dios resume las victorias del maestro como las del discípulo. Y estas últimas son mayores: “De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aún mayores hará, porque yo voy al Padre”. Y cuántas veces esta verdad ha sido verificada a través del libro de los Hechos de los Apóstoles. “Ayudándoles el Señor y confirmando la Palabra con las señales que la seguían” (Marcos 16:20; Juan 14:12).

Capítulos 13-19

Repartición de la tierra

Junto con este capítulo 13 mencionaremos el contenido del resto de esta sección del libro, es decir, del capítulo 15 al 19, reservando el 14 como sujeto de una meditación particular.

Todos los adversarios estaban vencidos, pero no todos habían sido exterminados. El poder enemigo permanecerá en el mundo hasta la manifestación del mismo Señor en la gloria, luego,

El postrer enemigo que será destruido es la muerte

“

(1 Corintios 15:26).

Ahora bien, para Israel se trataba de desalojarlos, porque mientras el adversario poseyera alguna porción del país de la promesa, el goce del pueblo de Dios no podía ser completo; además, la presencia del enemigo significaba una ocasión permanente de caída. Si este no era aniquilado, o si no se guardaba bien “la entrada de la cueva” donde estaba preso, no tardaría en volver a levantar la cabeza para tomar las armas o, en su defecto, seducir al pueblo vencedor.

Tal fue, efectivamente, la trampa en que cayeron las huestes vencedoras establecidas en Canaán:

“

Mas a los gesureos y a los maacateos no los echaron los hijos de Israel, sino que Gesur y Maaca habitaron entre los israelitas hasta hoy (cap. 13:13).

Idéntica observación vemos acerca de los jebuseos: “Mas a los jebuseos que habitaban en Jerusalén, los hijos de Judá no pudieron arrojarlos; y ha quedado el jebuseo en Jerusalén con los hijos de Judá hasta hoy” (cap. 15:63). Efraín tampoco arrojó al cananeo que habitaba en Gezer: “Antes quedó el cananeo en medio de Efraín, hasta hoy” (cap. 16:10). En fin, hallamos la misma afirmación en cuanto a Manasés: “No pudieron arrojar a los de aquellas ciudades; y el cananeo persistió en habitar en aquella tierra” (cap. 17:12). Si los ejércitos de Israel demostraron más o menos energía y fidelidad para tornar aparentemente inofensivos a los cananeos, ni una sola tribu, sin embargo, estuvo a la altura de su cometido. ¿Cuál sería el resultado de esta influencia enemiga para Israel? Los principios mundanos e idólatras que otrora Israel había combatido no tardarían en penetrar, bajo la influencia de los cananeos, cual levadura en medio del pueblo de Dios. La confianza en sus propias fuerzas, la búsqueda de alianzas con las naciones vecinas en lugar de confiar en Dios, la idolatría, etc., invadieron al pueblo. Pero sobre todo, la idolatría de los cananeos los invadió como una gangrena, e Israel terminó por prostituirse con todos los dioses de

los gentiles. La corrupción, la mentira, la injusticia, la violencia y la rebelión abierta contra Dios, todas estas cosas que constituían la “maldad del amorreo” (Génesis 15:16), y por la cual el juicio de Dios había caído sobre ellos, vino a ser la triste porción del pueblo terrenal de Dios. Israel mismo, ¡cosa terrible!, reemplazó y se convirtió, por así decirlo, en hordas cananeas que Satanás utilizó para atacar al Señor. ¡Rechazó y crucificó a Cristo, el Hijo de Dios!

Dios ha tenido mucha paciencia para con Israel; les hizo llamados urgentes, les envió juicios parciales seguidos por liberaciones momentáneas, luego nuevos llamados. “¿Qué más se podía hacer a mi viña, que yo no haya hecho en ella?” (Isaías 5:4). Pero al fin el juicio definitivo cayó sobre ellos. Fueron transportados a Babilonia y dispersados entre las naciones. Mas he aquí una cosa maravillosa: si el hombre responsable –aquí, representado en Israel– llegó al fin de su historia, la cual se termina con el juicio, Dios no ha claudicado en sus recursos, a fin de cumplir sus propósitos con este pueblo. “Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios” (Romanos 11:29). Para poder bendecirlos, Dios los atraerá hacia él en una condición totalmente nueva; les hará participar del beneficio del nuevo nacimiento, según lo que está escrito: “Quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne” (Ezequiel 36:26). Dios obrará en sus conciencias para atraerlos; escribirá Sus leyes en sus corazones, les hará conocer el perdón de los pecados y la relación bendita con él, en la cual quiere hacerlos entrar. Entonces serán restauradas de una manera mil veces más benditas que todas las bendiciones perdidas. Oseas 14 nos ofrece un emocionante cuadro en el cual vemos que Israel, después de volverse a Dios pidiéndole las bendiciones del nuevo pacto, exclama: “Quita toda iniquidad, y acepta el bien, y te ofreceremos la ofrenda de nuestros labios” (v. 2). El remanente rechazará toda alianza con el mundo, toda confianza en la fuerza del hombre, todo falso dios, y aprenderá a conocer la misericordia de Dios, de donde depende toda bendición para él: “No nos libraré el asirio; no montaremos en caballos, ni nunca más diremos a la obra de nuestras manos: Dioses nuestros; porque en ti el huérfano alcanzará misericordia” (v. 3).

Observemos los cuidados minuciosos que el Espíritu de Dios tomó para definir las fronteras y las posesiones de cada tribu, para que cada una tuviera conocimiento exacto de su porción en la herencia que le había tocado en el país de la promesa. Este detalle tiene su aplicación para el pueblo cristiano. Dios ha dado a cada uno de los suyos un lugar definido y una función en el cuerpo de Cristo. Cada uno de sus miembros está en la obligación de ser consciente de su heren-

cia celestial con Cristo, pero también de ubicación en el cuerpo, para obrar en consecuencia. La energía de la vida que emana de la Cabeza debe hallar en sus miembros la disposición necesaria para el crecimiento, y contribuye a un común impulso. A ello nos exhorta el siguiente texto:

“ Crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor (Efesios 4:15-16).

Es lo que particularmente podemos notar en relación con las cinco hijas de Zolofehad, cuyos nombres la Palabra se digna mencionar varias veces: Maala, Noa, Hogla, Milca y Tirsa. Para entrar en el goce de su herencia, ellas se presentaron ante la autoridad sacerdotal, el capitán del ejército y los príncipes del pueblo: les recordaron la palabra que el Señor había mandado a Moisés (cap. 17:3-4). Si esta palabra había sido obedecida a lo largo de la lucha para la conquista, también debía ser obedecida para la repartición de la herencia. El elemento femenino acudió a la autoridad más poderosa para obtener la porción de los bienes que la gracia les había otorgado. ¡Cuántas veces notamos esta delicadeza en las mujeres que estuvieron a los pies del Señor Jesús!

La porción de la tribu de Leví

Detengámonos ahora en las disposiciones divinas acerca de la tribu de Leví; son interesantes y tienen su aplicación actual: “Pero a la tribu de Leví no dio heredad; los sacrificios de Jehová Dios de Israel son su heredad, como él les había dicho” (cap. 13:14, 33; Números 18:20; Deuteronomio 18:1-2). La heredad de Leví era el mismo “Jehová Dios de Israel”, por una parte, y por la otra “los sacrificios”, “las ofrendas encendidas de Jehová” (cap. 13:14, V. M.).

Es fácil entender el significado espiritual como la enseñanza que nos ofrece esta disposición de Dios establecida para con la tribu de Leví. En este mundo nosotros no tenemos ninguna herencia; nuestros privilegios, como pueblo celestial, consisten en estar delante de Dios, servirle y además poseerle, tener comunión con él en lugares celestiales; nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo (Mateo 11:27; 1 Juan 1:3). Pero, como los hijos de Leví, nuestra porción es igualmente “los sacrificios de Jehová”, es decir, Cristo, según toda la perfección de su obra y persona ofrecida a Dios. Cristo, Hombre perfecto, tipificado en la ofrenda de flor de harina amasada y untada con aceite (el Espíritu Santo), cubierta de incienso; Cristo: Cordero, víctima, holo-

causto, sacrificio por el pecado, en fin, todo en lo cual Dios halla eternamente sus delicias. Esta porción es, pues, la nuestra, revelada por las Escrituras y gozada por el Espíritu Santo. “Nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo”.

Pero Cristo también es nuestro modelo. Él ha sido el levita sin mancha, el siervo perfecto, el lector y expositor de la Palabra de Dios, y el medio por el cual Dios bendice (Deuteronomio 21:5; Nehemías 8:7-8; Malaquías 2:5-7). Cristo ha sido el levita por excelencia, de quien está escrito: “Tu Tumim y tu Urim (luces y perfecciones) sean para tu varón piadoso, a quien probaste en Masah, con quien contendiste en las aguas de Meriba, quien dijo de su padre y de su madre: Nunca los he visto” (Deuteronomio 33:8-9). Cristo, el hombre que no tuvo dónde reclinar su cabeza, hizo las mismas experiencias benditas durante su vida en la tierra, y exclamó: “Jehová es la porción de mi herencia y de mi copa”. Y contemplando su herencia celestial, agregó: “Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos, y es hermosa la heredad que me ha tocado” (Salmo 16:5-6).

En fin, amados lectores, nuestra porción actual es al mismo tiempo nuestra heredad futura; pero en plenitud, cuando hayamos alcanzado la meta celestial de la cual en esta tierra solo gozamos las arras (Efesios 1:13-14). Para los hijos de Leví, sacerdotes y ministros de Dios, también llegará el momento de su recompensa, cuando Israel goce en paz de la gloria milenaria bajo el reinado del Mesías. Hablando de este tiempo bendito, al recordar la fidelidad pasada de la tribu de Leví y particularmente la familia de Sadoc, el profeta Ezequiel dice: “Mas los sacerdotes levitas hijos de Sadoc, que guardaron el ordenamiento del santuario cuando los hijos de Israel se apartaron de mí, ellos se acercarán para ministrarme ante mí... Y habrá para ellos heredad; yo seré su heredad, pero no les daréis posesión en Israel; yo soy su posesión” (Ezequiel 44:15-28), y continúa mostrando que los “sacrificios de Jehová” serán su porción en ese tiempo glorioso. Abramos ahora nuestras Biblias en los capítulos 4 y 5 del Apocalipsis. Esta escena celestial, ¿no nos habla de las mismas cosas? La comunión perfecta con Dios y con el cordero será la parte de nuestra herencia eterna.

Capítulo 14

La perseverancia de Caleb

Después de haber considerado la porción particular correspondiente a los levitas, deseamos detenemos un momento más en este capítulo, a causa de su importancia espiritual práctica; desde el versículo 6 hasta el 15, y el capítulo 15:13-19, se presenta a Caleb, quien encarna la perseverancia de la fe. Números 13:6 menciona este nombre por primera vez, cuando Moisés envió desde el desierto de Parán un hombre de cada tribu para reconocer el país de Canaán. Entre estos doce espías se hallaba Caleb, hijo de Jefone, de la tribu de Judá, y Oseas hijo de Nun, de la tribu de Efraín, a quien Moisés llamó Josué. Desde este momento el nombre de Caleb está tan íntimamente unido al de Josué que no se les puede separar. Tienen un mismo punto de partida y de llegada. Reconocieron juntos el país de Canaán, marcharon juntos a través de las largas y penosas jornadas del desierto, entraron juntos en Canaán. Así fue para once hombres que tuvieron como punto de partida las orillas del lago de Genesaret junto con Aquel que los llamó, hasta llegar en torno al trono celestial. Sin duda, estaban unidos por su carácter personal y particular de hombres de fe, pero también se halla otra razón bendita a esta asociación que la Palabra de Dios señala. Josué es un tipo de Cristo, de Jesús el Salvador, quien hace heredar a su pueblo el glorioso país de la promesa, y Caleb, figura del creyente que sigue a Cristo y marcha siempre a su lado.

Estos dos hombres tenían todo en común: pensamientos, fe, confianza, valor; tuvieron un mismo punto de partida, una misma marcha hacia adelante, un mismo objetivo. ¿Sucede lo mismo con nosotros, amado lector? ¿Estamos asociados a Cristo de tal manera que no se pueda pronunciar nuestro nombre sin el suyo? ¿Nuestra existencia saca todo su valor del hecho de haber llegado a ser, por gracia, compañeros de Jesucristo? ¿Nuestro nombre abriga el gran nombre de Cristo, guardando, sin embargo, el primero su preeminencia? “Has amado la justicia y aborrecido la maldad; por tanto, te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros” (Salmo 45:6-7; Hebreos 1:9).

Después de haber sido enviados por Moisés, Josué y Caleb con sus compañeros llegaron a Hebrón, luego pasaron el arroyo de Escol, de donde llevaron muestras de los magníficos frutos de tan exuberante tierra. Pero, aunque Escol representa el bien celestial que gozamos cual arras de nuestra herencia, no fue este lugar el que cautivó los ojos y el corazón de Caleb, como lo hubiéramos podido suponer. Su fe le hizo hallar algo mejor todavía: Hebrón, el sitio de su elección. Y este lugar donde puso el pie una vez, le fue dado por heredad perpetua como premio a su fi-

delidad (v. 9). Desde entonces, durante cuarenta y cinco años, Caleb llevó el nombre de Hebrón grabado en su corazón, y llegó el día en que se presentó delante de Josué y le pidió ese monte del cual Dios había hablado.

Hebrón no dejaba de tener una gran celebridad. Para los ojos de la carne, a la verdad no podía inspirar más que temor: allí moraban los formidables anaceos, cuyo nombre había hecho desmayar el corazón del pueblo (Números 13:27-28). Pero ¡qué poderoso recuerdo ofrecía al alma de Caleb este lugar de la sepultura de sus padres! Allí estaba la cueva de Macpela, tumba de Abraham, Isaac, Jacob, Sara, Lea. Sin embargo, ¿qué había allí que pudiera atraer el corazón? Nada para el hombre natural, al contrario, los gigantes anaceos, y peor aún: la muerte, “el rey de los espantos”. Mas representaba todo para la fe. Y Caleb, este hombre de Dios que encarna la perseverancia de la fe, tenía su corazón puesto en ese lugar. Abraham, el padre del linaje de la fe, lo había elegido para su residencia (Génesis 13:18), mientras Lot había preferido las llanuras de Sodomá (Génesis 13:11-12). Allí el poseedor del pacto y de las promesas de Dios había construido un altar al Señor y levantado su tienda (Génesis 18:1), testificando a la vez su carácter de adorador, heredero y peregrino.

Macpela y su cueva fue el primer y único pedazo de tierra que Abraham poseyó: un lugar de sepultura; previendo ya lo que Pablo escribiera mucho más tarde: “Sea la vida, sea la muerte... todo es vuestro” (1 Corintios 3:22). Pero la muerte poseída por el poder de la fe en su Vencedor. En efecto, allí murió primero Sara, luego Abraham e Isaac (Génesis 23:2; 25:10; 35:27-29), igualmente Lea, Jacob y los patriarcas.

“ Conforme a la fe murieron todos estos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo (Hebreos 11:13).

Allí Jacob había hecho su residencia. Desde este lugar envió a José, su amado hijo, en busca de sus hermanos que apacentaban las ovejas en Siquem (Génesis 37:14), como lo hiciera Dios enviando a su Hijo en busca de los suyos. Sí, Hebrón es claramente el sitio del sepulcro, el lugar de la muerte, el fin del hombre; y si nada puede atraer allí al hombre natural, para el hombre de fe, este es su sitio preferido. Hebrón es un sitio especial donde el creyente halla el fin de sí mismo, es la cruz de Cristo.

Hebrón llegó a ser una ciudad de refugio donde el culpable de una muerte podía huir y, según el caso, hallar la salvación. También fue elegida como ciudad sacerdotal, dada a los levitas (Josué 21:11, 13)). Allí David empezó su reinado (2 Samuel 2:1-4), como también fue en virtud de su muerte que Jesús resucitó y fue coronado rey de gloria, y que la diadema de su reinado estará sobre su cabeza. Por último, también fue a Hebrón que todas las tribus de Israel acudieron para rendir sumisión al rey según el corazón de Dios (2 Samuel 5:1; 1 Crónicas 11:1-3).

¿No es un maravilloso lugar? ¡Cuántos recuerdos y bendiciones encierra! Recapitulémoslo: Hebrón, sitio de la muerte vencida, lugar de refugio, ciudad sacerdotal y real, punto de partida de las bendiciones, promesas, reinado y gloria para Israel, centro de reunión cuando la gloria llegó. Además, objeto permanente del corazón y de los afectos de un pobre peregrino que halló allí su punto de partida para una carrera de cuarenta y cinco años, prosiguiéndola valerosamente hasta llegar a este mismo sitio como punto de llegada, el de su reposo eterno. Pero Caleb ignoraba la mayor parte de lo que significa Hebrón; de haberlo sabido no habría andado por fe. Nosotros, mucho más aventajados que Caleb, nos hemos puesto en camino para alcanzar en Jesús lo que la fe nos hace ya tocar: la victoria sobre la muerte, el refugio para el alma, un altar para adorar, la gloria como herencia, y más tarde el reino milenarismo de Cristo.

Acabamos de considerar dos puntos en relación con Caleb. Primero, su nombre es inseparable al de Josué; segundo, su corazón se apoderó de un objeto cuyo recuerdo permaneció durante todo el peregrinaje por el desierto. Querido lector, permítanos hacerle notar que nuestros afectos siempre están en juego cuando tienen por objeto a un Salvador muriendo en la cruz, un Cristo que se dio a sí mismo por nosotros; mientras que contemplado a un Cristo glorioso en el cielo, hallamos la energía necesaria para esperarlo. Hay un tercer punto que caracteriza a este hombre de fe: Caleb realizó su esperanza. Primero entró en el país de Canaán como espía, pero fue allí, y no en el desierto, donde comenzó su carrera. Cuando volvió al pueblo para dar el informe, sus ojos ya estaban llenos de la realidad y belleza de las cosas que había visto en la tierra prometida, y que se convirtieron, durante el tiempo de su peregrinación, en el objeto de su esperanza. ¡Con qué energía pudo describir el país que había visto! (Números 14:6-9) ¿Tienen ese mismo fervor las palabras de nuestras predicaciones en la asamblea? Pudo adelantar las palabras del salmista:

“ Dios, Dios mío eres tú; de madrugada te buscaré; mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela, en tierra seca y árida donde no hay aguas, para ver tu poder y tu gloria, así como te he mirado en el santuario (Salmo 63:1-2).

Este hombre marchaba en las pisadas de Caleb, había contemplado a Dios en el santuario; de allí tomó su punto de partida para la carrera, de allí descendió a la tierra, lleno de la realidad gloriosa de las cosas divinas que iban a sostener su corazón a lo largo del desierto por el cual quería alcanzarlas. Pedro, Juan y Jacobo tuvieron su “Escol” en el monte de la transfiguración (Mateo 17:1-9). Pablo, a su vez, arrebatado hasta el tercer cielo, conservó el recuerdo de lo que oyó sin que le fuera permitido expresarlo (2 Corintios 12:2-4).

Un cuarto punto se une a este último. Para Caleb, el desierto no tenía atracción. Lo veía en toda la realidad de su sequedad y horror. Cuando el alma está alimentada de la grosura del santuario, entonces para ella el cielo se torna en el ambiente en que debe andar aquí en la tierra: el ministerio de la Palabra por el Espíritu es cual racimo de Escol, cuyo frescor nos vivifica y alienta en la aridez del desierto. El aparente valor de las cosas visibles desaparece enteramente para dar lugar a los anticipos del cielo. Después de haber sido salvo de Egipto, Caleb, como lo vimos, tuvo el privilegio de ser enviado a reconocer el país de la promesa; quizás, al contemplar la belleza del lugar, lo hubiéramos oído expresarse como Pedro: “Señor, bueno es para nosotros que estemos aquí” (Mateo 17:4). Pero no, el momento no había llegado para ello, debía volver al pueblo que esperaba el informe... y luego seguir el camino junto con los rezagados. Pero era a Canaán, y no a Egipto, que el corazón de este hombre de fe estaba vinculado. Notemos que los recuerdos y la comida de Egipto arrastraron a Israel hacia la tierra que habían dejado; mas para Caleb, por el contrario, fueron los frutos y el recuerdo de Canaán los que lo llevaron hacia adelante. ¡Cuán opuestos son los dos imanes!

Volvamos ahora, estimado lector, a la perseverancia que formaba el carácter dominante de Caleb; ella no podía existir sin los cuatro puntos anteriormente mencionados. El apego a Cristo, el conocimiento del valor infinito de su obra, una esperanza hecha realidad y el desprendimiento total de las cosas de este mundo nos permiten perseverar hasta el final en el camino de la fe. Además, la perseverancia de este hombre de fe se ve vinculada a tres posiciones distintas, inseparables la una de la otra: la primera es la que ocupa como espía, la segunda como peregrino en el desierto, y la tercera como luchador en Canaán. Cuando se trató de informarse acerca del buen país que Dios quería dar a su pueblo, dice: “Mi siervo Caleb... decidió ir en pos de mí” (Números 14:24; Deuteronomio 1:36; Josué 14:8-9), testimonio de Dios tres veces repetido a favor de su siervo. Luego, la perseverancia de Caleb se manifestó a lo largo de esos cuarenta años de fatiga en el desierto; el sol, la arena, la sed y las murmuraciones de sus incrédulos compañeros no lo hi-

cieron desanimar. Nunca buscó recursos a su alrededor; todo lo soportó valerosamente porque guardaba en su corazón el recuerdo de los tesoros y riquezas de Canaán. Su perseverancia estaba alimentada por su esperanza.

“ Y la esperanza no avergüenza, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones (Romanos 5:5).

La esperanza del creyente no es solamente Canaán de una manera general, es decir, el cielo, sino Cristo.

Hubo un hombre muy renombrado del cual Dios, sin embargo, no pudo dar el testimonio que dio de Caleb: Salomón. Este hombre falló donde Caleb había perseverado. Para él, el desierto tuvo atractivos que no tardaron en invadir su corazón, y terminó dando la espalda a Dios. “No siguió cumplidamente a Jehová”, dice el testimonio divino (1 Reyes 11:6).

Después de haber perseverado en la primera y segunda posición, Caleb perseveró en la tercera, tomando posesión de su herencia en Canaán. Pasó cinco nuevos años combatiendo a favor del pueblo de Dios, luego utilizó sus armas para tomar posesión de su porción especial. Pese al formidable poder de los hijos de Anac, Caleb se apoderó del monte del cual el Señor le había hablado, desalojó al adversario y aprovechó todo el alcance de la victoria para tomar plena posesión de lo que Dios diera a su pueblo. ¡Qué lección para nosotros! Acordémonos que la toma de posesión del país por Caleb es para nosotros un hecho actual y no solamente un gozo futuro. ¿Hemos perseverado en el combate para gozar ahora de nuestros privilegios? Que Dios nos conceda perseverar como Caleb en estas tres cosas: la esperanza, la marcha y el combate. El ejemplo que nos da la Palabra a través de Caleb nos sirve tanto para la lucha como para atravesar el desierto y ser fieles en el informe que debemos dar sobre el país contemplado; necesitamos los recursos de la Palabra de Dios, la intercesión de nuestro Abogado, el oportuno socorro del trono de la gracia, el ministerio del Espíritu Santo y, en fin, el sentimiento de nuestra responsabilidad para que re tengamos firme la esperanza de nuestra vocación. Esto nos lleva a considerar dos caracteres que acompañan siempre la esperanza.

En los últimos textos de nuestro capítulo oímos hablar a Caleb: “Todavía estoy tan fuerte como el día que Moisés me envió; cual era mi fuerza entonces, tal es ahora mi fuerza para la guerra, y para salir y para entrar” (v. 11). A pesar de sus ochenta y cinco años, las fatigas del desierto y cinco años de lucha a favor de su pueblo, Caleb no había perdido ni lo más mínimo de su fuerza.

¿Cómo pudo suceder esto? He aquí el secreto: “Enviaste tu buen Espíritu para enseñarles, y no retiraste tu maná de su boca, y agua les diste para su sed... de ninguna cosa tuvieron necesidad; sus vestidos no se envejecieron, ni se hincharon sus pies” (Nehemías 9:20-21). El alimento del cielo como la esperanza de la meta sostuvo al peregrino, proveyendo a su desgaste. Otro punto más: Caleb no mostró ninguna confianza en sí mismo. La lección de Hebrón había quedado bien grabada en su corazón. “Dame, pues, ahora este monte” (todo lo recibe como don), “porque tú oíste en aquel día que los anaceos están allí, y que hay ciudades grandes y fortificadas. Quizá Jehová estará conmigo, y los echaré, como Jehová ha dicho”. Tal vez alguien pregunte: ¿Desconfiaba de Dios? No, Caleb desconfiaba de sí mismo. Sabía que si había algún obstáculo para que el Señor fuera con él, la causa provenía de él mismo. ¿Dónde había aprendido esta lección? En los años transcurridos en el desierto como en las luchas de Canaán.

He aquí, pues, una regla inmutable: las fuerzas de un creyente están en proporción con la desconfianza que él tiene de sí mismo. Así lo aprendió el apóstol Pablo:

Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte

“ (2 Corintios 12:10).

“Los muchachos se fatigan y se cansan, los jóvenes flaquean y caen”, aquí concluye lo mejor de la fuerza humana. Pero, “el Dios eterno... no desfallece, ni se fatiga con cansancio... Él da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas”. Además comunica su fortaleza a los débiles; los que esperan en él “tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán” (Isaías 40:28-31). Tal fue el caso de Caleb. Caminaba con la conciencia de que su fuerza estaba en Dios, y que ella estaba con él. Quiera Dios y así sea también para nosotros, queridos lectores.

Existe todavía un rasgo complementario a la perseverancia de Caleb. Esta perseverancia se reproducía en los demás; a través de ella Caleb fue particularmente bendecido en el círculo de su familia, la cual se comprometió en el mismo camino de fe: “Y dijo Caleb: Al que atacare a Quiriat-sefer, y la tomare, yo le daré mi hija Acsa por mujer. Y la tomó Otoniel, hijo de Cenaz hermano de Caleb; y él le dio su hija Acsa por mujer”. El sobrino siguió dignamente los pasos de su tío (muy distinto fue el sobrino de Abraham, Lot). Combatió teniendo ante sí un objeto de gran valor a sus ojos, al cual quería poseer; nada mejor para ganar la victoria. Su esperanza estaba unida a la hija de Caleb. Sin embargo, antes de recibir el premio, tuvo que demostrar su capacidad en las batallas del Dios de Israel: el padre no quería dar su hija a un incapaz. Si nosotros hemos de lu-

char para ganar a Cristo como premio de la victoria (Filipenses 3:12), recordemos también que él tuvo que luchar desprendiéndose de todo para adquirir la “perla de gran precio”: la Iglesia. “El cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciado el oprobio” (Hebreos 12:2). En él debemos poner los ojos para poder llegar a la misma meta. Si Caleb y Otoniel son modelos para el cristiano, es porque en ellos vemos vislumbrar un esplendor de la perfección de Cristo, hombre obediente, victorioso, que se dio a sí mismo por el objeto amado. Después de haber sido vencedor en el combate para él mismo, Otoniel luchó por los demás y cual libertador perseveró en este nuevo carácter hasta el fin de su carrera.

Acsa, a su vez, también es un ejemplo de perseverancia. Además de ser la feliz compañera del que demostró sus cualidades en la lucha, perseveró en “ruegos y súplicas”. “Concédeme un don”, pidió a su padre,

“ Puesto que me has dado tierra del Neguev, dame también fuentes de aguas. Él entonces le dio las fuentes de arriba, y las de abajo (cap. 15:19).

¡Pidamos la abundancia de ese raudal del Espíritu para que riegue nuestro campo! Quizás el lugar de nuestra labor sea algo difícil, tierra de secadal, pero cuando tenemos la Palabra de Dios, él nos dará también su Espíritu para que la vivifique. Sin embargo, esta Palabra de vida es para muchos cristianos como «una tierra del mediodía», seca, en la cual su alma no halla ningún sustento; si tal es su caso, amado lector, siga el ejemplo de Acsa y pida a Dios las fuentes de su Espíritu que la pueden fructificar para su bien. Cristo posee las fuentes de arriba, nos las dio, son las bendiciones celestiales. Pero además posee las de abajo, y a su tiempo correrán para el mundo entero en su reino milenario. “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra” (Mateo 28:18). “Tú haces alegrar las salidas de la mañana y de la tarde. Visitas la tierra, y la riegas; en gran manera la enriqueces; con el río de Dios, lleno de aguas...” (Salmo 65:8-9). El profeta Ezequiel nos hace ver que este río sale de la casa de Dios –no podría salir de otro lugar– y aparte de fructificar la tierra, sana también las aguas del mar (Ezequiel 47:1-12).

Antes de abandonar el tema de la perseverancia, preguntémonos qué aplicación tiene para el cristiano. Caleb había perseverado en seguir cumplidamente en pos de Jehová su Dios; había perseverado siguiendo a Cristo conocido por él como Jehová en el Antiguo Testamento. ¿Qué es, pues, seguir a Cristo? A menudo el cristiano se hace una idea muy inexacta de su significado. Seguir a Cristo es andar tras él, tras una persona que conocemos como el guía que necesitamos; si tenemos confianza en nosotros mismos, no necesitamos de ningún guía; además, seguir a Cris-

to implica no solo una entera confianza en él, sino una humilde dependencia de él para seguirle doquiera vaya. Otro punto: siguiendo a alguien, tengo los ojos fijos en él para imitarlo. Imitar al Señor significa tratar de reproducir sus caracteres y asemejarse a él. En cualquier posición que Dios nos coloque, su objetivo es que reproduzcamos a Cristo en esta posición, es decir, Cristo en nuestras relaciones como si fueran las suyas, en nuestro servicio como si fuera el suyo, en nuestro testimonio como si fuera el suyo. Es lo que hizo Caleb siguiendo cumplidamente a Jehová su Dios.

¿En qué se aplica la perseverancia para el cristiano? El Nuevo Testamento contesta ampliamente a esta pregunta; he aquí algunos pasajes: “Todos estos perseveraban unánimes en oración” (Hechos 1:14); la perseverancia se aplica a la oración y a su carácter colectivo. Estos cristianos no se limitaban a doblar las rodillas cada uno por sí mismo y por sus propias necesidades, sino que perseveraban unánimes en oración por lo que tenían en común. “Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones” (Hechos 2:42). Aquí también encontramos la perseverancia colectiva, pero aplicándose a cuatro cosas: primero, en la doctrina de los apóstoles y en la comunión unos con otros. Los primeros cristianos no se limitaban a seguir la doctrina de los apóstoles, sino que imitaban el ejemplo que los enviados del Señor daban en toda su vida. Luego, en el partimiento del pan y las oraciones: el memorial de los sufrimientos de Cristo y las relaciones del alma con Dios, expresándose en la dependencia de él. “En súplicas y oraciones” (1 Timoteo 5:5): he aquí la perseverancia individual. ¿Por qué la viuda perseveraba en la oración noche y día? Porque, sola y sin recursos, no podía dirigirse sino a Dios. De esta manera aprendió la dependencia. “Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina” (1 Timoteo 4:16), persevera en estas cosas, escribe Pablo a Timoteo. Leyendo cuidadosamente lo que precede a este texto, hallaremos las cosas en las que Timoteo debía perseverar: amor, fe, pureza, lectura de la Palabra, exhortación, enseñanza, etc. El conjunto de todas estas cosas se llama “piedad”. Timoteo siguió perfectamente al apóstol en las cosas que habían caracterizado su vida: “doctrina, conducta, propósito, fe, longanimidad, amor, paciencia...” (2 Timoteo 3:10). Pablo mismo perseveró en el combate, la carrera y la fe. La perseverancia se aplica, pues, a todos los detalles de la vida cristiana. ¿Estamos solos al perseverar? No, por cierto; y si bien tenemos por compañeros a hombres sujetos a flaquezas como nosotros, tenemos también a aquel que dijo: “Vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas” (Lucas 22:28). Y si alguna deserción sucediera como en el caso de Marcos, quien retrocedió ante las dificultades en la obra del Señor, la gracia puede fortalecerlo para que demuestre su perseverancia

en tiempos más penosos aún (Hechos 15:38; 2 Timoteo 4:11). ¡Que podamos manifestar mejor esta perseverancia en nuestras vidas, para que al final de nuestra carrera, como Caleb, recibamos de Dios mismo las palabras de aprobación:

Por cuanto cumpliste siguiendo a Jehová!

“

Capítulos 20-21

Las ciudades de refugio

“Señalaos las ciudades de refugio, de las cuales yo os hablé por medio de Moisés, para que se acoja allí el homicida que matare a alguno por accidente y no a sabiendas” (cap. 20:2-3). Para “que tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros. La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo” (Hebreos 6:18-20). Con relación a estos dos capítulos, que forman el tema de las ciudades de refugio, hemos citado este pasaje de Hebreos porque hace una alusión evidente al mismo, tal como también lo hallamos en Éxodo 21:13; Números 35:9-28; Deuteronomio 19:1-14; Josué 20 y 21; 1 Crónicas 6:54-81.

Los tipos del Antiguo Testamento nos presentan a menudo, en su aplicación al cristiano, contrastes más bien que analogías. Estos contrastes hacen resaltar el valor y la belleza de “las cosas nuevas” (Mateo 13:52) que nos han sido reveladas; este es el propósito expreso del Espíritu Santo. Tal es el caso de las ciudades de refugio. Limitando la alusión a ellas en relación con la muerte del Salvador y sus resultados, daríamos una interpretación incompleta y limitada; mientras que la aplicación inmediata y literal de este tipo, como sin duda lo saben muchos de nuestros lectores, es más bien histórica y profética. El homicida involuntario prefigura a Israel, homicida de Cristo por ignorancia. Fue a favor de este pueblo que el Señor rogó en la cruz: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:34). Jerusalén no había conocido el día de su visitación. “Sé que por ignorancia lo habéis hecho”, dice el apóstol (Hechos 3:17). Sin embargo, en otro sentido, los judíos jefes del pueblo fueron homicidas voluntarios, pues rechazaron deliberadamente y con conocimiento de causa a Dios y a su Hijo. “Este es el heredero; venid, matémosle, y apoderémonos de su heredad” (Mateo 21:38). “No queremos que este reine sobre nosotros” (Lucas 19:14). Pero llama nuestra atención el hecho de que en ninguna parte del Antiguo Testamento existe una referencia acerca de un homicida involuntario que haya aprovechado el recurso que le ofrecían estas ciudades; el fratricida Absalón y Joab no intentaron salvar sus vidas acudiendo a una ciudad de refugio, a cuya protección, por otra parte, no tenían derecho. No es la ley la que ofrece el privilegio de una ciudad de refugio, sino la gracia.

La primera de estas ciudades de refugio fue Cedes en la tribu de Neftalí, al extremo norte de Canaán; la segunda fue Siquem en la tribu de Manasés, en el centro del país; en el Nuevo Testamento la conocemos mejor con el nombre de Sicar; la tercera era la famosa Hebrón, en el territorio de Judá, al sur; Beser, la cuarta, se hallaba del otro lado del Jordán, en el sureste de Rubén; la quinta

fue Ramot de Galaad en el centro de la tribu de Gad; la sexta, Golán en Basán, situada en el extremo noreste de la media tribu de Manasés. La gracia quiso diseminar sus ciudades de refugio tanto de este lado del Jordán como del otro. Las seis ciudades, aparte de poseer el derecho de asilo para el homicida involuntario, eran ciudades sacerdotales, dadas a los levitas. Unos detalles interesantes sobre las tres primeras: Cedes, mencionada en Jueces 4, es célebre por ser la ciudad de Barac. En su tiempo juzgaba en Israel una mujer llamada Débora, la profetisa. Oprimidos por Jabín, los hijos de Israel clamaron a Jehová; Débora hizo llamar a Barac que se hallaba en Cedes para que encabezara los ejércitos de Israel y deshiciera el yugo opresor. Este capitán no se sentía capaz de tal hazaña si Débora no lo acompañaba. Para obtener la victoria, ella y Barac subieron juntos en el mismo carro de guerra... Luego, juntos también, cantaron un himno de triunfo. En un pasaje de la carta a los Efesios, Pablo cita algunas expresiones de este cántico para celebrar la victoria de Uno mayor y más valiente que el morador de Cedes, y que no tiene vergüenza de llevarnos en su carro triunfal: “Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres” (Efesios 4:8).

Siquem nos llevaría lejos en su historia; está situada entre el monte Ebal y Gerizim; allí estaba el pozo de Jacob y la porción que pertenecía a José. Allí fueron puestos sus huesos traídos de Egipto (cap. 24:32), allí juntó Josué a todo Israel para su discurso de despedida (cap. 24:1-28). Este también fue el lugar donde Jesús encontró a la mujer samaritana (Juan 4:6-30).

De Hebrón ya hemos hablado. Digna posesión de Caleb, recuerda la fe, la perseverancia; ciudad real, sacerdotal y también el lugar donde los que murieron en la fe fueron sepultados, esperando la resurrección.

De Ramot, Galaad, Beser y Golán no tenemos detalles, sino una triste historia en relación con la primera. Caída bajo el poder de los sirios, el impío rey Acab la quiso recuperar; y por ayudar a este en la guerra contra el enemigo, el piadoso Josafat rey de Judá casi pierde la vida. Una flecha tirada a la ventura hirió mortalmente a Acab, cumpliéndose así la profecía de Micaías (1 Reyes 22:28-37). Más tarde Ramot fue reconquistada por Joram hijo de Acab; pero el juicio divino salió de esta ciudad: habiendo dejado allí sus tropas con algunos jefes y Jehú como capitán, el rey Joram había ido a Jezreel a curarse de las heridas causadas por los sirios en la batalla. En este momento, cumpliendo la profecía de Elías, Eliseo envió a un joven quien ungió a Jehú por rey sobre Israel. De Ramot, la ciudad sacerdotal y de refugio, salió el juicio divino que barrió la casa del homicida voluntario, Acab, y vengó la sangre del inocente y piadoso Nabot (2 Reyes 8:28-29; 9:1-26).

Estas ciudades de refugio ilustran lo que la gracia ofrece y las benditas riquezas que están en Cristo. ¿Es de extrañar que el sitio circundante a cada una de ellas tuviera tres mil codos de ancho al norte, tres mil al sur, tres mil al occidente, tres mil al oriente, y sus caminos de acceso estuvieran debidamente arreglados, sin tropiezo ni obstáculo para permitir una huida más rápida y fácil? (Números 35:4-5). Apliquemos estos detalles y el aspecto general de estas ciudades a lo que nos ofrece la muerte del Salvador y sus consecuencias para Israel en particular, y para el mundo. El primero ocupa un lugar importante, en su tierra murió un hombre: Jesús, su propio Mesías; Israel fue el homicida, su responsabilidad debía estar claramente establecida:

Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen



(Lucas 23:34).

Hasta ese momento Israel era considerado como homicida involuntario; Jerusalén no había conocido el tiempo de su visitación; el testimonio del Espíritu Santo a través de Pedro atribuye el homicidio a la ignorancia: “Mas ahora, hermanos, sé que por ignorancia lo habéis hecho, como también vuestros gobernantes” (Hechos 3:17). En su gracia Dios dispuso de todos los recursos necesarios para que Israel acudiera a la ciudad de refugio, es decir, a la gracia ofrecida: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados... Y con otras muchas palabras testificaba y les exhortaba, diciendo: Sed salvos de esta perversa generación”. “Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados” (Hechos 2:38-40; 3:19). Así eran arreglados los caminos que conducían a la ciudad de refugio, y ensanchados sus términos alrededor. ¡Ay del rezagado, el vengador de la sangre (la justicia de Dios en castigo sobre el pueblo) lo alcanzaba! En la primera predicación de Pedro, tres mil personas se convirtieron, huyeron de “la ira venidera”. “Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos” (Hechos 2:47). Un remanente, los residuos de Israel escogidos por gracia, franqueaban así la puerta de la salvación “para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros” (Romanos 11:5; Hebreos 6:18).

A medida que seguimos la historia de los Hechos de los Apóstoles, notamos un cambio en las expresiones de la gracia en la predicación de los discípulos, pues Israel había pasado de ser homicida involuntario a ser homicida consciente: ya no invocaban más la ignorancia a favor de los culpables; las amenazas, los azotes y la cárcel no pudieron hacer callar su voz. Siguieron acusando al pueblo homicida. Esteban, después de una larga requisitoria ante el concilio de Jerusalén, murió bajo una lluvia de piedras. Sin embargo, allí mismo donde derramaban la sangre inocente (Hechos 8:59-60), se hallaba uno que lo hacía por ignorancia, Saulo: “Fui recibido a misericor-

dia porque lo hice por ignorancia, en incredulidad” (1 Timoteo 1:13). Mas, la responsabilidad se agravó, y en vez de huir de la ira de Dios acudiendo a la gracia en arrepentimiento, el pueblo prefirió asumir la espantosa responsabilidad del crimen cometido contra Esteban. “¿Quién ha creído a nuestro anuncio?”, pregunta el profeta. “Extendí mis manos todo el día a pueblo rebelde”, dice el Señor (Isaías 53:1; 65:2). Y una vez agotados los recursos de la gracia, el apóstol repite las mismas palabras. “¿No ha conocido esto Israel?” (Romanos 10:16-21). Moisés había anunciado este endurecimiento, el salmista también lo hizo en sus poesías, Isaías lo recordó, pero el Señor lo sintió más que nadie. “Y cuando llegó cerca de la ciudad, al verla, lloró sobre ella, diciendo: ¡Oh, si también tú conocieses, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz! Mas ahora está encubierto de tus ojos”. “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados!” (Lucas 19:41; 13:34).

Si hasta la cruz y después de la resurrección del Salvador su homicidio no les había sido tomado en cuenta, cuando todos los recursos de la gracia a favor del pueblo culpable fueron agotados, entonces, no solo la sangre de Jesús (cuya eficacia rechazaron) les es demandada, sino también toda la sangre justa que ha sido derramada sobre la tierra, desde la sangre de Abel (Mateo 23:35). El homicida voluntario debía morir. Este juicio, como varias profecías relativas a los judíos, tuvo su cumplimiento parcial en la destrucción de Jerusalén. El rey “se enojó; y enviando sus ejércitos, destruyó a aquellos homicidas, y quemó su ciudad” (Mateo 22:7). Jerusalén fue destruida por los ejércitos romanos bajo el mando de Vespasiano y Tito, aniquilando a la vez al empedernido resto judío. “Vino sobre ellos la ira hasta el extremo” (1 Tesalonicenses 2:16).

Ahora bien, ¿cuál es la responsabilidad de los gentiles ante la muerte del Señor? Pilato

“ Tomó agua y se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: Inocente soy yo de la sangre de este justo; allá vosotros (Mateo 27:24).

Si Pilato no acudió a la “ciudad de refugio”, la gracia que hubiera podido aprovechar para lavar su pecado en la única sangre que lo podía limpiar, en vano se lavó las manos con agua. Pero, dejemos a los demás su propia responsabilidad con la cual aparecerán ante el tribunal de Dios, y hagamos una pregunta personal. ¿Cuál es su responsabilidad, querido lector? ¿Puede usted ser culpable de una muerte acaecida hace casi dos mil años? Y haciendo suyo el caso mencionado en Deuteronomio 21:1-9, donde leemos: “y medirán la distancia hasta las ciudades que están alrededor del muerto”, si se midiera la distancia desde el Gólgota hasta el lugar donde usted está, se sumarían miles de kilómetros. Sin embargo, pese a la distancia y a los años, su responsabilidad

frente a la muerte del Hijo de Dios se presenta con toda su gravedad. ¿Es un homicida involuntario?, tal vez hasta hoy ignoraba la muerte de Jesús; pero su incredulidad, el menosprecio que siente por la Palabra de Dios y su desinterés por Aquel a quien sus pecados obligaron a estar en la cruz, establecen claramente su responsabilidad. Llegará el día cuando Dios le pregunte: ¿Qué hiciste con mi Hijo, a quien te di como Salvador? Haga, pues, como aquellos gentiles tesalonicenses a quienes llegó el mensaje de la gracia. Se convirtieron “de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera” (1 Tesalonicenses 1:9-10). ¿Soy idólatra, acaso?, preguntará usted. No, tal vez no, por cierto; quizá nació en un país o en un hogar cristiano, pero esta posición agrava su responsabilidad; la distancia que se puede medir entre usted y el que murió en la cruz se resume en un paso: “No digas en tu corazón: ¿Quién subirá al cielo... o, ¿quién descenderá al abismo?... Cerca de ti está la Palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe que predicamos: que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo” (Romanos 10:6-9). Resaltemos aquí tanto las bendiciones como la seguridad que tenemos en nuestra ciudad de refugio: pecados perdonados, conciencia purificada, un fortísimo consuelo, una esperanza segura de la herencia celestial, un ancla firme por la que no hay temor de ir a la deriva de falsas doctrinas, un Precursor en el cielo, Jesús, hecho Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec, rey de paz y de justicia a cuyo trono de gracia se puede acudir siempre para el oportuno socorro.

Ahora bien, se supone un tercer caso, el de un homicida voluntario que hubiera aprovechado el amparo de la ciudad: “Pero si hubiere alguno que aborreciere a su prójimo y lo acechare, y se levantara contra él y lo hiriere de muerte, y muriere; si huyere a alguna de estas ciudades, entonces los ancianos de su ciudad enviarán y lo sacarán de allí, y lo entregarán en mano del vengador de la sangre para que muera” (Deuteronomio 19:11-12). Tristemente este es el caso de muchas almas; indebidamente han penetrado en la ciudad de refugio, por así decirlo; llevan el nombre de cristianos sin tener nada de Cristo; son como el que quiso gozar de las bodas sin tener el vestido adecuado. “Han entrado encubiertamente” (Judas 4). ¿Cuál será la suerte del culpable? “El rey dijo a los que servían: Atadle de pies y manos, y echadle en las tinieblas de afuera” (Mateo 22:13). La responsabilidad de los ancianos, de los levitas y del ayuntamiento de la ciudad de refugio era examinar cada caso y recibir solamente al que estuviera vestido con la justicia de Dios, la cual justifica al culpable “que es de la fe de Jesús” (Romanos 3:26).

Aparte de estas aplicaciones prácticas y actuales que ofrecen las ciudades de refugio, podemos encontrar en ellas un alcance futuro. Después de que la Iglesia se haya ido al cielo con su Señor, habrá en el actual pueblo de Israel, como entre las naciones, un remanente que la gracia de Dios considerará como homicida involuntario. Por su Espíritu y la predicación del Evangelio del reino le será ofrecido un medio de salvación, una “ciudad de refugio”. Escuchemos más bien las oraciones de este remanente consciente de su responsabilidad frente a la muerte del Mesías a quien la nación crucificó: “Líbrame de homicidios, oh Dios, Dios de mi salvación”. “Has sido mi amparo y refugio en el día de mi angustia” (Salmo 51:14; 59:16). El profeta, además, anuncia: “Anda, pueblo mío, entra en tus aposentos, cierra tras ti tus puertas; escóndete un poquito, por un momento, en tanto que pasa la indignación. Porque he aquí que Jehová sale de su lugar para castigar al morador de la tierra por su maldad contra él; y la tierra descubrirá la sangre derramada sobre ella, y no encubrirá ya más a sus muertos” (Isaías 26:20-21). Podríamos multiplicar los textos donde oímos al remanente judío cantar y celebrar lo que significa para él estar en la “ciudad de refugio” durante la gran tribulación. Pero, ¿cuál será la suerte del pueblo, el homicida caído bajo el poder del anticristo en quien ha puesto su confianza? “Mía es la venganza, yo daré el pago, dice el Señor. Y otra vez, el Señor juzgará a su pueblo. ¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!” (Hebreos 10:30-31), texto que también se aplica, y en primer lugar, a la cristianidad apóstata que caerá bajo el juicio del Señor (2 Tesalonicenses 2:11-12). Una vez pasada la gran tribulación y cuando el sacerdocio de Cristo tipificado en Aarón haya dado lugar al sacerdocio eterno de Cristo según el orden de Melquisedec, entonces el “homicida involuntario”, el remanente judío que haya acogido la gracia ofrecida por el Evangelio del reino, podrá volver a gozar de su heredad terrenal (Josué 20:6; Números 35:28).

Para terminar, notemos cuán maravillosos eran los recursos que la gracia ofrecía al judío que se acogía a ella: huía de delante del juicio listo para caer sobre su pueblo apóstata, poseía una absoluta certeza de entrar en la “ciudad de refugio”, se encontraba a salvo del “vengador de la sangre”, recibía el perdón de sus pecados mediante la sangre de un sacrificio que hasta aquí ignoraba; en esta “ciudad” entraba a gozar de las arras de una patria celestial que también desconocía y que le hacía olvidar la terrenal, la cual se hallaba en aquel entonces bajo el dominio gentil. Además, se le revelaba un santuario en el cual podía entrar con plena libertad por un camino nuevo y vivo, a través de un velo roto para llegar hasta la presencia misma de Dios. ¡Cuán distinto era todo aquello de las cosas terrenales a las que estaba acostumbrado y apegado a la vez! Quizás, lo que le podía llenar de asombro era saber que sus pecados eran lavados, y que el mismo Dios los había olvidado para siempre; lo que nunca, ningún sacrificio ofrecido bajo la ley había logrado

hasta aquí. Además, al penetrar en ese santuario, donde tenía plena libertad para adorar (ya que este no hacía distinción de sectas entre los judíos), veía al Sumo Sacerdote y Rey, al Señor Jesús sentado a la diestra de Dios, habiendo sido él mismo el sacrificio por sus pecados. Desde allí podía entrever ya la Jerusalén celestial, la que sus antepasados habían esperado. Todas estas, y más excelentes a las antiguas, eran las bendiciones que la gracia en la epístola a los Hebreos ofrecía al feliz morador de la ciudad de refugio: “cosas mejores”, “mejor esperanza”, “mejor pacto”, “mejor ministerio”, “mejores promesas”, “mejores sacrificios”, “mejor y perdurable herencia” (Hebreos 6:9; 7:19, 22; 8:6; 9:23; 10:34). Y lo que asombraba aún más al cristiano con antecedente judío era que debía compartir todas estas bendiciones con paganos gentiles a quienes la gracia había dado lugar en la misma “ciudad de refugio”.

Capítulo 22

El altar de Ed

Volvemos a hallar aquí a las dos tribus y media –Rubén, Gad y Manasés– que habíamos dejado en el primer capítulo de nuestro libro. Mientras sus familias permanecían del otro lado del río, los hombres de estas tribus habían pasado armados delante de sus hermanos para combatir contra los enemigos de Dios y establecer a Israel en el país de la promesa. Después de seis años, Josué les ordenó volver a sus heredades al otro lado del Jordán. Habían sido fieles a las órdenes de Moisés y de Josué, guardando el mandamiento de Dios y no abandonando a sus hermanos. La obediencia a Dios y el amor fraternal los caracterizó durante ese largo tiempo de lucha, en el cual estuvieron separados de los suyos. Aparentemente no hay nada que censurar en su conducta; pero, como lo sabemos por el capítulo 1 de nuestro libro y el 32 de Números, el corazón de ellos no estaba en el país de la promesa, sino en sus bienes del otro lado del Jordán.

Su punto de partida fue su ganado; desde luego, era muy natural buscar pastos para alimentarlo. E inmediatamente, desde el comienzo de su historia, surgió un peligro provocado por su posición equívoca. Moisés se los señaló. La negativa a establecerse del otro lado del Jordán y proseguir su marcha hacia el país de la promesa podía influenciar al resto del pueblo y hacerle perder de vista la meta: “¿Irán vuestros hermanos a la guerra, y vosotros os quedaréis aquí? ¿Y por qué desanimáis a los hijos de Israel, para que no pasen a la tierra que les ha dado Jehová? Así hicieron vuestros padres... desalentaron a los hijos de Israel... y la ira de Jehová se encendió entonces” (Números 32:6-15). En esta estratagema de Satanás había caído Israel cuarenta años atrás, desalentado por los espías y sus informes. Sin embargo, la actuación de las dos tribus y media no tuvo las mismas consecuencias, y el pueblo prosiguió su marcha. Mas el peligro permaneció, la derrota frente a Hai lo comprueba: Josué lamentó no haberse quedado del otro lado del Jordán (Josué 7:7).

Otro peligro más real aún se presentó: la influencia que no pudo detener la marcha del pueblo manifestó un principio mundano en sus familias. Jair, hijo de Manasés, y Noba, pusieron sus propios nombres a las aldeas y ciudades que construyeron. No tememos afirmar que esto es un principio enteramente mundano que se remonta al origen del mundo de Caín: “Y edificó una ciudad, y llamó el nombre de la ciudad del nombre de su hijo, Enoc” (Números 32:41-42; Génesis 4:17). ¡Cuán distinto es el principio divino enunciado por el Señor Jesús mismo:

Regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos



(Lucas 10:20).

Con el peligro de hacer tropezar a los hombres de fe en su andar hacia Canaán, manifestaron una influencia mundana sobre sus familias, la que caracterizó su posición. Además, surgió otra consecuencia de esta situación: las dos tribus y media prefirieron una vida complicada, pues se vieron obligadas a edificar majadas para sus ganados, a establecer sus familias en ciudades amuralladas y a abandonarlas durante seis largos años. Los que se quedaron allí no pudieron dar testimonio ni experimentar las maravillas que Dios hiciera en Canaán; no supieron lo que era Gilgal, no vieron el milagro frente a Jericó, ni las luchas de Hai, de Hazor. Así sucede con el cristiano; cuando este, en lugar de vivir por la fe prefiere en alguna medida los principios del mundo, su posición llega a complicarse bastante; mientras que nada es tan simple como andar por fe. Comparemos a Abraham y Lot. La vida del primero fue simple, la del segundo estuvo llena de inextricables complicaciones. ¿Y Jacob? Qué serie de aventuras sin salida en una existencia atormentada, mientras que su padre Isaac vivía simplemente con Dios.

La exhortación de Josué (cap. 22:5) nos muestra aún claramente el peligro de un cristianismo rebajado. El verdadero nervio de toda la conducta del creyente les faltaba. La obediencia a los mandamientos de Dios conocidos y el amor fraternal no son suficientes para mantenernos firmes por mucho tiempo. La marcha, la obediencia, la entrega y el servicio deben brotar del amor, y sin la acción directa de este, seremos como aros que el primer golpe de vara de un niño hace marchar, pero pronto se tambalea y cae, si el impulso no se renueva. Eso fue lo que sucedió aquí. Las tropas volvieron a sus hogares; Josué las despidió bendiciéndolas y exhortándolas a que guardaran los mandamientos de Moisés, a que amaran y sirvieran a su Dios, y sobre todo, a que con diligencia cumplieran el mandamiento y la ley que Moisés siervo del Señor les había ordenado. Pero, cosa notable, cuando llegaron advirtieron una nueva complicación. El Jordán los separaba del resto de las tribus. Tuvieron que desandar el camino que habían recorrido con Dios. Se inquietaron y temieron que el vínculo que los unía a sus hermanos no fuera suficientemente estrecho y que el río lo pudiera cortar. Su posición los exponía a una división; vieron con inquietud que podía llegar el momento en que sus hermanos los trataran como extranjeros. Este peligro los obligó, por así decirlo, a establecer un testimonio mediante el cual proclamaban que eran israelitas y servían a Jehová su Dios. Esta posición dudosa también los motivó a construir un altar:

“ Y llegando a los términos del Jordán que está en la tierra de Canaán, los hijos de Rubén y los hijos de Gad y la media tribu de Manasés edificaron allí un altar junto al Jordán, un altar de grande apariencia... pusieron por nombre al altar Ed; porque testimonio es entre nosotros que Jehová es Dios (v. 10, 34).

Establecieron este testimonio según su propia sabiduría; no consultaron a Dios para esta empresa. En términos cristianos, osaríamos llamar a este altar «una confesión de fe», cosa en sí misma tal vez perfectamente correcta, como el altar de Ed, y a la cual por el momento no había nada que reprochar, pero que le daba la apariencia de establecer otro centro de reunión. Este altar, destinado según ellos a unir las partes separadas de Israel, podía ser erigido en oposición al del tabernáculo de Silo. Su profesión de fe podía convertirse en un nuevo centro y reemplazar el único y verdadero centro de unidad, Cristo, y deshonrarlo. Este acto, realizado con buena intención, fue un acto meramente humano. Su intención de mantener la unidad daba la apariencia de negarla. Además, surgió una nueva complicación: se expusieron a ser mal comprendidos, a sublevar las otras tribus contra ellos y a ser exterminados. Este altar podría aparentar ser el resultado de un supuesto mal, más oculto aún: podría esconder los principios de independencia, pues lo que se temía sucedió: las diez tribus y media oyeron decir cómo los hijos de Rubén, Gad y Manasés habían edificado un altar junto al río, y se juntó toda la congregación en Silo para subir a pelear contra los supuestos rebeldes. Estos cosecharon los amargos frutos de sus errores. La unidad parecía peligrar, y Finees, ejemplo de celo por Cristo, fue elegido con los principales del pueblo para tomar conocimiento de lo que acontecía en las riberas de Jordán y hablar a las dos tribus y media.

Amado lector, la cristiandad, poco después de su comienzo, no actuó de otra manera; solamente que ha ido mucho más lejos aún que las dos tribus y media. Los cristianos se han reunido alrededor de un gran número de confesiones de fe, más o menos correctas, que no son Cristo, luego, viendo que la unidad se les escapaba, hicieron confesiones mucho más elásticas para abarcar mayor número, y así, en lugar de realizar la unidad, solo lograron introducir la incredulidad abierta en medio de la iglesia.

¿Dónde se hallaba el tabernáculo de Jehová el Dios de Israel, y el altar de los sacrificios, centro de los cultos? En Silo: “Toda la congregación de los hijos de Israel se reunió en Silo, y erigieron allí el tabernáculo de reunión” (Josué 18:1). Desde este lugar las dos tribus y media se despidieron de sus hermanos (v. 9); el centro de reunión ya había desaparecido de su vista; no recordaban el

monumento de Gilgal construido con doce piedras, expresión de su unidad y, llegados frente al Jordán que debían atravesar, advirtieron la división. Tal será siempre la experiencia de un cristiano cuando da la espalda al verdadero centro de reunión.

¡Qué peligro corría la unidad y la comunión de Israel! La paz entre hermanos, la verdad y el testimonio estaban comprometidos; la guerra civil estaba a punto de estallar. Llegados a esos límites, Finees les presentó tres casos unidos entre sí que establecían la responsabilidad de todo Israel. El primero fue la maldad cometida por el pueblo en Baal-peor (Números 25:1-3), la que en su conjunto significaba la alianza adúltera con el mundo religioso e idólatra de aquel entonces; alianza que la Iglesia también ha mantenido con el mundo idólatra en el curso de su historia (Apocalipsis 2:14). Y en materia espiritual, los cristianos la comprenden y la odian muy poco, haciendo caso omiso de los derechos divinos, no teniendo en cuenta la santidad de Dios. El segundo fue el pecado de Acán, es decir, la codicia que introdujo el anatema en la asamblea de Dios. Y el tercero, ese altar de Ed, símbolo de la independencia religiosa.

¡Ah!, lector cristiano, ¿no reconocemos en todos estos detalles la historia de la Iglesia responsable? La alianza con el mundo religioso, las riquezas mundanas y la independencia son los principios de la situación actual de la Iglesia. Pero la astucia satánica de Baal-peor es más terrible todavía que el anatema de Acán. Cuando Balaam, después de haber tratado de separar a Dios de su pueblo mediante una maldición vio que no podía lograrlo, usó otra artimaña intentando el inverso, es decir, separar a Israel del Señor su Dios mediante una alianza con las hijas de Moab y la participación a los sacrificios idólatras, y triunfó. Entonces el furor del Señor se encendió contra Israel. Tratándose de los afectos de Dios hacia su pueblo, el adversario tuvo que proclamar que Dios no había percibido iniquidad en él. Sin embargo, en el caso contrario, tratándose de los afectos de Israel hacia su Dios, Satanás logró su propósito: el corazón del pueblo se apegó a un objeto idólatra que lo hizo caer bajo el juicio de Dios. Así sucedía entre los corintios a quienes el apóstol escribe:

“ No podéis beber la copa del Señor, y la copa de los demonios; no podéis participar de la mesa del Señor, y de la mesa de los demonios (1 Corintios 10:21).

El mismo mal se advierte en la iglesia de Pérgamo, donde era tolerada la doctrina de Balaam, que enseñaba a comer de cosas sacrificadas a los ídolos; por esta razón el Señor se presenta a esta iglesia como Aquel que tiene la espada aguda de dos filos para juzgar el mal (Apocalipsis 2:14).

El peligro en el cual a menudo caen los creyentes es el de pensar que el culto de Dios puede unirse con la religión del mundo. Fue en esta ocasión que se manifestó el celo de Finees; tomando a pecho la deshonra contra Dios, purificó la asamblea de su mancilla (Números 25:7-8). En el asunto del altar de Ed, su celo lo impulsó a ponerse nuevamente manos a la obra: los sentidos ejercitados por la costumbre en el discernimiento del bien y del mal le capacitaron para descubrir el peligro; discernió ese tercer principio malo: la independencia que significa la ruina del testimonio colectivo. Descubrió que el establecimiento de un nuevo altar, otro centro de culto, no era otra cosa que la rebelión contra Dios y el testimonio: “¿Qué transgresión es esta con que prevaricáis contra el Dios de Israel para apartaros hoy de seguir a Jehová, edificándoos altar para ser rebeldes contra Jehová?... No os rebeléis contra Jehová, ni os rebeléis contra nosotros, edificándoos altar además del altar de Jehová nuestro Dios” (v. 16-19). El santo empeño de Finees previno el peligro; pero como las intenciones del corazón de las dos tribus y media eran rectas, no hubo consecuencias: los hijos de Israel “no hablaron más de subir contra ellos en guerra, para destruir la tierra en que habitaban los hijos de Rubén”, Gad y Manasés (v. 33). Sin embargo, los principios revelados en esta circunstancia permanecen.

¿En qué situación estamos nosotros los cristianos, frente a una lección tan solemne como la que estos hermanos israelitas nos enseñan aquí? La alianza religiosa con el mundo (doctrina de Balaam), la mundanalidad (la codicia de Acán), la independencia, es decir, otro centro de culto que no es la mesa del Señor (el altar de Ed). ¿No son estos los males que azotan a la Iglesia? La independencia religiosa, principio mismo de pecado, esa tendencia natural de nuestros corazones, es altamente exhibida como una cualidad y un deber. Ella, no queriendo reconocer que solo hay un altar, una mesa, establece nuevas denominaciones cada día. Se rebela contra el Señor, y en su ceguera menosprecia no solamente la unidad del pueblo de Dios, sino el único centro de su unidad, el Señor Jesús (Mateo 18:20). Dios nos guarde, amados lectores, de estos tres principios malos que atraen el juicio de Dios sobre su casa: la alianza con el mundo religioso, la mundanalidad y la independencia; esta última, la más sutil, es también la más peligrosa porque, como principio mismo del pecado, está en la base de todos los otros males.

Recordémonos los caracteres de Cristo manifestados en lo que el Espíritu escribe a Filadelfia: la santidad y la verdad, expresadas en sus dos nombres:

Esto dice el Santo, el Verdadero

(Apocalipsis 3:7).



Esta iglesia es aprobada por ensalzar estos dos nombres mediante su dependencia de la Palabra de Dios. No guardemos nada en nuestros corazones, pensamientos, conducta y andar individual o colectivo, que no sea según estos caracteres de Cristo. Vivamos en la santidad y en la dependencia de la verdad, sin las cuales no hay comunión con Dios.

Capítulo 23

Últimas instrucciones de Josué

Israel ya se hallaba en posesión de su heredad. Por su parte el conductor Josué, viejo y avanzado en años, estaba listo para terminar su carrera. Ahora bien, cuando el sostén visible del orden divino en la congregación falta, y los que estaban al frente en el combate no están más, todo falta en apariencia. Pero si los ojos de los que siguen están realmente fijos en el Señor, si hay fe, nada falta en realidad. Él está siempre presente: “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (Hebreos 13:8). “Jehová vuestro Dios es quien ha peleado por vosotros” (v. 3). Los conductores pueden desaparecer, el éxito de su conducta es una cosa preciosa a considerar, hemos de imitar su fe; pero Jesucristo es el mismo hoy, ayer y por los siglos, es el mismo para salvar, para conquistar y para alcanzar la meta de la carrera. Él no cambia, no se va, permanece con nosotros todos los días; además tenemos su Palabra, y es a ella, como lo hiciera Pablo con los ancianos de Efeso (Hechos 20:32), que Josué encomendó al pueblo:

“ Esforzaos, pues, mucho en guardar y hacer todo lo que está escrito en el libro de la ley de Moisés, sin apartaros de ello ni a diestra ni a siniestra (v. 6).

Nada falta si hay fe en el Señor y obediencia a su Palabra. Pero si esto no existe, todo se desploma, como sucedió con Israel y la iglesia.

Para que en lo sucesivo Israel se mantuviera a la altura de sus privilegios, era imprescindible que el poder del Espíritu de Dios, quien en la persona de Josué los había conducido a la victoria, obrara eficazmente en sus almas y en su conducta. “Esfuérzate y sé valiente”, había dicho Dios a Josué antes de comenzar la lucha, porque tú harás que este pueblo herede la tierra que juré a sus padres que les daría. He aquí, pues, el poder para obtener la victoria; a su vez, después de haber probado cuán acertada fue la orden divina, Josué ordenó al pueblo: “Esforzaos, pues, mucho”. Esta fuerza debía realizarse en ellos. Pero, ¿en qué forma podía evidenciarse ese poder espiritual en el pueblo? En la misma forma que lo había sido para el conductor: en la obediencia a la Palabra escrita, “en guardar y hacer todo lo que está escrito en el libro” (v. 6).

Para obedecer así, el pueblo poseía el poder del Espíritu de Dios, pero también había tenido un modelo, un hombre, Josué, en quien la Palabra de Dios había obrado hasta el fin del camino de la obediencia. Nosotros somos más privilegiados, ¡tenemos al verdadero Josué, al Modelo perfecto, al Autor y Consumador de la fe! Pero notemos, además, que Josué como el apóstol Pablo tenía

pleno conocimiento de los cambios que se producirían en el pueblo de Dios; algunos síntomas se advertían. Después de las primeras victorias, Israel había demostrado poco entusiasmo para terminar la conquista del país. Una vez pasado lo que podríamos llamar “el primer amor”, Josué tuvo que decirles: “Hasta cuándo seréis negligentes para venir a poseer la tierra que os ha dado Jehová el Dios de vuestros padres?” (cap. 18:3). En los tiempos de Pablo, los cristianos precisaban amonestaciones para que retuviesen hasta el fin el principio de su esperanza; al mismo Timoteo el apóstol escribe: “Por lo cual te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti... Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio” (2 Timoteo 1:6-7). Pero el mismo Señor Jesús reveló claramente todo lo que iba a suceder en la iglesia como expresión del reino de Dios manifestado en la tierra: “El reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo. Cinco de ellas eran prudentes y cinco insensatas... Y tardándose el esposo, cabecearon todas y se durmieron”. “Pero mientras dormían los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo, y se fue” (Mateo 25:1-5; 13:25).

Estos dos hombres, Josué y Pablo, con una lucha distinta pero parecida en su aplicación espiritual, discernían ciertos síntomas de la decadencia de su obra; sin embargo, tanto para Israel como para la Iglesia, el poder preservativo y el guía infalible es el mismo: la Palabra de Dios. Josué exhortó a los ejércitos israelitas a permanecer fieles a esa Palabra; Pablo encomendó a los ancianos de Efeso

“ A Dios, y a la palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados (Hechos 20:32).

Edificar, dar una herencia a los santificados y guardarlos de la influencia mundana es lo que la Palabra de Dios puede hacer tanto por los cristianos como por Israel. Este podía gozar de su heredad en Canaán, pero, y sobre todo, ser guardado de la influencia idólatra de sus poderosos vecinos. “No os mezcléis con estas naciones que han quedado con vosotros, ni hagáis mención ni juréis por el nombre de sus dioses” (v. 7). Por haber olvidado esta exhortación, Israel fue cayendo gradualmente al nivel de las naciones idólatras. Veamos cómo la pendiente es a la vez insensible y resbaladiza: tomamos lugar con los inconversos, luego olvidamos la separación con el mundo, hacemos mención de sus dioses, los principios que rigen al mundo primero se nos hacen fami-

liares, luego nos dirigen, les servimos y al fin nos postramos ante ellos. Llegamos a ser unos miserables esclavos del mundo y de su príncipe: “Hijitos, guardaos de los ídolos”, último versículo de la primera epístola de Juan.

La energía que debían demostrar para conquistar a Canaán y marchar hacia delante no estaba fundada solamente en exhortaciones y advertencias; ¿qué hubiera habido entonces para el corazón? Escuchemos más bien: “Mas a Jehová vuestro Dios seguiréis, como habéis hecho hasta hoy”. “Guardad, pues, con diligencia vuestras almas, para que améis a Jehová vuestro Dios” (v. 8,11). Si el primer medio para guardar el corazón es la obediencia, el segundo es el apego al Señor; es necesario que el corazón y los afectos estén unidos a la persona de Cristo. Después de la obediencia viene la comunión. ¿Piensan a menudo, amados lectores, en este texto del Salmo 63, que debería estar subrayado en nuestras Biblias:

Está mi alma apegada a ti; tu diestra me ha sostenido?



(Salmo 63:8).

Sentimos allí un corazón enteramente entregado al Señor, conversando con él, un alma embelesada, llena de la hermosura de su objeto; descubre en Cristo una fuerza que la eleva por encima de toda dificultad y la preserva a la vez de todo peligro: “tu diestra me ha sostenido”. “Atráeme; en pos de ti correremos” (Cantares 1:4), puede exclamar. En tal comunión y con semejante poder del primer amor, ¿qué eran las imágenes y los falsos dioses de los cuales Israel debía huir? Elementos para el fuego. ¿Qué son todos estos errores, falsas doctrinas y codicias mundanas cuando se goza de la persona de Cristo? ¡Oh, que podamos hallar, en estos días de tanta confusión, este apego íntimo que siente el alma con su Señor! Es el estado de un corazón que no hace alarde de sus sentimientos o de su consagración a Dios, un corazón que no dice: “Yo soy rico, y me he enriquecido” (Apocalipsis 3:17), sino que en el silencio, cuando solamente su oído puede oír el susurro, dice al Señor: Te amo, porque tú me amaste primero, pero también te amo por tu incomparable belleza. ¡Oh Modelo inimitable del cual quisiera reproducir algunos rasgos, mi alma está apegada a ti para seguirte!

Si la obediencia y el apego a Dios son los dos primeros medios para seguir hacia delante, el tercero es la vigilancia: “Guardad, pues, con diligencia vuestras almas” (v. 11). “Mirad por vosotros” (Hechos 20:28). La entrada a nuestro corazón es de fácil acceso: codicias de toda clase están sembradas en el camino, siempre sutiles, las cuales debilitan nuestros afectos hacia el Señor, nos alejan de su Palabra, nos hacen perder el tiempo precioso y crean un algo que estorba el corazón

en su presencia. Entonces la disciplina es necesaria: “Porque si os apartareis, y os uniereis a lo que resta de estas naciones que han quedado con vosotros, y si concertareis con ellas matrimonios, mezclándoos con ellas, y ellas con vosotros... os serán por lazo, por tropiezo, por azote para vuestros costados y por espinas para vuestros ojos” (v. 12-13). Querido lector cristiano, ¿cuál es el estorbo que le impide gozar del Señor?

Capítulo 24

La gracia opuesta a la ley

En este capítulo, a través de su siervo Josué, Dios recapitula todas sus vías de gracia para con Israel, desde el llamamiento de Abraham hasta la plena posesión de Canaán. “Reunió Josué a todas las tribus de Israel en Siquem –una ciudad de refugio– y llamó a los ancianos de Israel, sus príncipes, sus jueces y sus oficiales; y se presentaron delante de Dios” (v. 1). Era un momento solemne; Dios, en cuya presencia estaban, les iba a resumir la historia de su gracia para con ellos. Empezó con los patriarcas: “Vuestros padres habitaron antiguamente al otro lado del río (el Eufrates), esto es, Taré, padre de Abraham y de Nacor; y servían a dioses extraños. Y yo tomé a vuestro padre Abraham del otro lado del río, y lo traje por toda la tierra de Canaán, y aumenté su descendencia, y le di Isaac. A Isaac di Jacob y Esaú. Y a Esaú di el monte de Seir, para que lo poseyese; pero Jacob y sus hijos descendieron a Egipto. Y yo envié a Moisés y a Aarón, y herí a Egipto, conforme a lo que hice en medio de él, y después os saqué. Saqué a vuestros padres de Egipto... Después estuvisteis muchos días en el desierto. Yo os introduje en la tierra de los amorreos, que habitaban al otro lado del Jordán, los cuales pelearon contra vosotros; mas yo los entregué en vuestras manos... Después se levantó Balac hijo de Zipor... y envió a llamar a Balaam hijo de Beor, para que os maldijese... y os libré de sus manos. Pasasteis el Jordán, y vinisteis a Jericó, y los moradores de Jericó pelearon contra vosotros... y yo los entregué en vuestras manos... Y os di la tierra por la cual nada trabajasteis, y las ciudades que no edificasteis, en las cuales moráis; y de las viñas y olivares que no plantasteis, coméis” (v. 2-13).

La recapitulación comienza con el llamamiento de Abraham. Dios subraya que el patriarca, como sus antepasados, eran idólatras; no era, pues, nada glorioso para el pueblo oír de quién eran descendientes:

“ Mirad a la piedra de donde fuisteis cortados, y al hueco de la cantera de donde fuisteis arrancados. Mirad a Abraham vuestro padre (Isaías 51:1-2).

Para poder apreciar la gracia de la cual hemos sido los objetos, es menester recordar el lugar de donde fuimos sacados. “Él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo”. “Sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo” (Efe-

sios 2:1-2; 1 Pedro 1:18-19). Judíos y gentiles debían recordar que la obra de la gracia fue la que los sacó de sus pecados y del mundo en el cual estaban, para llevarlos al cielo. Introducidos en las bendiciones de Dios para gozarlas, él nos quiere hablar de su gracia y por ella afianzar nuestros corazones; pero para comprenderla bien, es necesario que nuestro estado se halle plenamente revelado. Así sucedió con Israel en los caminos de Dios; por esa gracia llegó a Canaán y allí se enteró, quizá por primera vez, de la idolatría de sus padres y de la ruina total del tronco de donde había salido.

El cristiano hace idéntica experiencia: la ruina total del viejo hombre que abrigamos no se nos manifiesta en su plena realidad sino después de nuestra conversión y numerosas experiencias. ¿Cuándo supo Pablo que era el primero de los pecadores, y que en él no moraba el bien? Solamente cuando la plena luz de Dios alumbró su estado moral; así la ruina del hombre en Adán no nos aparece en su entera realidad sino cuando estamos plenamente librados de él. Pocos cristianos comprenden esta verdad, porque tristemente son pocos los que en realidad gozan de las bendiciones en Cristo. El pródigo sabía y sentía muchas cosas en cuanto a su estado miserable mientras iba de regreso a su casa: el hambre, sus harapos, su pecado, su culpabilidad; pero cuando fue introducido en la casa del padre, oyó por primera vez estas palabras:

Porque este mi hijo muerto era, y ha revivido



(Lucas 15:24).

¡Muerto! Sí, tal era su estado según la apreciación de su padre; así también es la nuestra después de haber sido introducidos en las bendiciones celestiales. ¡Cuán lejos estaba el hijo mayor de realizar esta condición para sí mismo!

Los trece primeros versículos de nuestro capítulo marcan indelebles huellas de la gracia divina desplegada a favor de su pueblo. Después de haber recordado la servidumbre idólatra de Abraham en Ur de los caldeos, señalan la elección de Dios en el patriarca, el llamamiento, la fe y las promesas que se concentran sobre su hijo. En Isaac la gracia recuerda el don del propio Hijo de Dios; en Jacob y Esaú (v. 4) hallamos la libre elección de la gracia, eligiendo a quien quiere, y casi siempre al peor. Seguidamente es mencionado Egipto, nombre que recordaba a Israel su redención; la gracia menciona a Moisés y a Aarón, quienes los sacaron de allí. El mar Rojo es recordado aquí como el lugar donde la gracia se glorificó aniquilando al enemigo; el desierto está mencionado para recordar la gracia siempre activa a favor de un pueblo rebelde y contradictor. La presencia de los enemigos resalta la poderosa gracia de Dios: el egipcio que lo retenía bajo

el yugo estaba destruido; el amorreo que se oponía a su marcha estaba desbaratado; Balaam, el enemigo sutil, fue avergonzado. En fin, todas las naciones cananeas huyeron delante de Israel como perseguidas por tábanos. “Los cuales los arrojaron de delante de vosotros”; y la gracia se complace en repetir al pueblo: no es con tu espada ni con tu arco que poseíste esta tierra (v. 12). “Y os di la tierra por la cual nada trabajasteis, y las ciudades que no edificasteis” (v. 13). Una gracia tan maravillosa, ¿no hubiera debido empeñar a la nación a seguir al Señor?

Si Israel hubiera sido conmovido por tan inagotable misericordia, si sus experiencias pasadas hubieran abierto sus ojos sobre el valor de la gracia de Dios, y a la vez sobre su propia indignidad, habría respondido a Dios más o menos en estos términos: Que tu gracia, y solo tu gracia, siga guardándonos y conduciéndonos siempre. Pero su desatino le hizo hablar en esta ocasión como lo hiciera al pie del monte Sinaí.

Allí Dios había recordado también a su pueblo toda la obra misericordiosa realizada a su favor: “Vosotros visteis lo que hice a los egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águilas, y os he traído a mí. Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro” (Éxodo 19:4-5). Pero Israel no había comprendido la gracia que lo había llevado hasta allí; confiado en sí mismo, se colocó sobre el terreno de su responsabilidad legal, y respondió: “Todo lo que Jehová ha dicho, haremos” (v. 8), reiterándolo dos veces más (Éxodo 24:3, 7). ¿Estaba mal contestar así? No precisamente; el error consistía en confiar en sí mismos, en el hombre en la carne y sus capacidades, para cumplirle a Dios.

Después de esta primera ocasión en que Israel se confía en sí mismo, una segunda le fue presentada cuarenta años después de su salida de Egipto, cuando terminaron las experiencias del desierto. Dios hizo recordar a su pueblo, a través de Moisés, su tierna misericordia: “Le halló en tierra de desierto, y en yermo de horrible soledad; lo trajo alrededor, lo instruyó, lo guardó como a la niña de su ojo. Como el águila que excita su nidada, revolotea sobre sus pollos, extiende sus alas, los toma, los lleva sobre sus plumas, Jehová solo le guio, y con él no hubo dios extraño. Lo hizo subir sobre las alturas de la tierra, y comió los frutos del campo, e hizo que chupase miel de la peña, y aceite del duro pedernal” (Deuteronomio 32:10-13). ¿En qué forma respondió Israel a tan tierna bondad manifestada a su favor en el desierto? Los mismos versículos lo dicen a continuación; y además el Espíritu de Dios lo recuerda por el profeta: “¿Me ofrecisteis sacrificios y ofrendas en el desierto en cuarenta años, oh casa de Israel? Antes bien, llevabais el tabernáculo de vuestro Moloc y Quiún, ídolos vuestros, la estrella de vuestros dioses que os hicisteis” (Amós 5:25-26).

En estas tres circunstancias: al pie del monte Sinaí, después de las experiencias del desierto antes de cruzar el Jordán, y en la misma tierra de la promesa que ya poseían, Israel confió en sus propias fuerzas en vez de apoyarse solamente en Dios. Todavía ignoraba que la carne no se sujeta a la ley de Dios, y tampoco puede: “Serviremos a Jehová”, contestaron. Sin embargo, acababan de oír su historia sin prestar la atención debida: “Nunca tal acontezca, que dejemos a Jehová para servir a otros dioses; porque Jehová nuestro Dios es el que nos sacó a nosotros y a nuestros padres de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre; el que ha hecho estas grandes señales, y nos ha guardado por todo el camino por donde hemos andado... Nosotros, pues, también serviremos a Jehová, porque él es nuestro Dios” (v. 16-18). ¡Hermosas palabras, expresiones perfectas de hombres de buena voluntad, pero de hombres en la carne!

¿Cuál fue la respuesta de Josué? ¿Se mostró satisfecho? En ninguna manera: sabía que había un mal escondido en el pueblo, una raíz que no había sido extirpada: “No podréis servir a Jehová, porque él es Dios santo, y Dios celoso; no sufrirá vuestras rebeliones y vuestros pecados” (v. 19). Josué sabía que las palabras de Israel no provenían de un corazón sincero. La idolatría tenía raíces demasiado profundas en el pueblo. ¿Cómo podían declarar servir al Señor y proclamar que solo él era su Dios, teniendo consigo ídolos escondidos! Israel desconocía la verdadera santificación que no puede mezclar a Dios con los ídolos:

“ Quitad de entre vosotros los dioses a los cuales sirvieron vuestros padres al otro lado del río, y en Egipto (v. 14).

¿Estaban estos dioses entre ellos todavía? Jamás los quitaron; la idolatría ha llenado toda su historia. “Ningún siervo puede servir a dos señores” (Lucas 16:13). “Escogeos hoy a quien sirváis... Entonces el pueblo respondió y dijo: Nunca tal acontezca, que dejemos a Jehová para servir a otros dioses” (v. 15-16). Nunca se limpiaron de su idolatría. Dios tuvo que dejarlos seguir el camino de su instinto, y su ruina ha sido total.

Sin embargo, los oímos decir por tercera vez estas palabras: “A Jehová nuestro Dios serviremos, –como lo dijeron otrora en Sinaí– y a su voz obedeceremos” (v. 18, 21, 24). En lugar de la gracia que desecharon, una alianza está concluida aquí; estas palabras fueron escritas en un libro, tanto las que el pueblo acababa de pronunciar como también las de Dios. Afuera, junto al santuario de Jehová, debajo de una encina, Josué levantó una piedra, y agregó: “He aquí esta piedra nos servirá de testigo, porque ella ha oído todas las palabras que Jehová nos ha hablado; será, pues, testigo contra vosotros, para que no mintáis contra vuestro Dios” (v. 26-27).

Esta gran piedra, imagen de la ley, quedó moralmente levantada como testimonio y juicio contra Israel hasta hoy, quien es objeto de un castigo inexorable; sin embargo, aquí no termina Dios sus propósitos: la ley que vino cuatrocientos treinta años después no abroga las promesas de la gracia: “Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios” (Romanos 11:29). ¿Por qué, pues, fue dada la ley?, preguntará alguien. “Fue añadida a causa de las transgresiones”, para que el hombre en la carne sea demostrado enteramente pecador; “el pecado, para mostrarse pecado, produjo en mí la muerte por medio de lo que es bueno, a fin de que por el mandamiento el pecado llegase a ser sobremanera pecaminoso”. ¿Qué queda, pues, a favor de seres en tales condiciones? “Mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia; para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro” (Gálatas 3:19; Romanos 7:13; 5:20-21).

El hecho de que Dios hiciera recordar a Israel sus caminos de gracia a su favor, como por otra parte la ruta opuesta seguida por el mismo pueblo, demuestra que la última palabra divina no es la ley ni el castigo, sino la gracia. Este hecho es de singular importancia, no solamente para este pueblo, sino también para nosotros los cristianos. Introducidos en lugares celestiales, en nuestra verdadera Canaán, y gozando la plena salvación por el Señor Jesucristo, nuestra historia, la de la Iglesia responsable, ¿sería mejor que la de Israel? Para contestar y haciendo justicia a la verdad, sería indispensable recordar lo que ha sucedido en la cristiandad durante los tiempos transcurridos después de los apóstoles hasta hoy. Los capítulos 2 y 3 del Apocalipsis y muchos otros pasajes del Nuevo Testamento revelan la historia pasada y actual de la Iglesia. A la luz de la Palabra de Dios y con el testimonio de la historia, sin temor a equivocarnos, debemos confesar que somos infinitamente más culpables que Israel. ¿Qué nos queda? Como a Israel, solamente la gracia.

En efecto, Dios no concluye sus caminos con el fracaso humano: sus juicios retributivos ejerciendo el castigo tendrán lugar tanto para Israel como para la cristiandad; pero pasarán con la historia de la tierra. Una cosa permanecerá eternamente: el decreto de Dios a favor de los redimidos tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento:

“ A los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó (Romanos 8:30).

Lo que su boca pronunció, su mano lo cumplirá con base en la obra redentora hecha una vez para siempre en la cruz, y sobre el fundamento de un nuevo pacto hecho a favor de Israel (Jeremías 31:31-34). La sangre bendita de nuestro Señor ya fue derramada, y “todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén, por medio de nosotros, para la gloria de Dios” (2 Corintios 1:20). Y si tal era la seguridad del apóstol en cuanto a los propósitos divinos a favor de pobres paganos convertidos, tal era también su seguridad para su amado pueblo en la carne, por lo que reveló un misterio a los cristianos romanos: “Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sión el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad... Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios” (Romanos 11:25-36). Esto hace prorrumpir al apóstol, embelesado: “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!... Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén.”